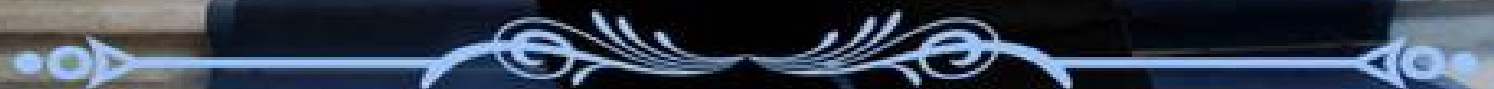




La Tentación del Capitán Jones

CORAZONES SOLITARIOS LIBRO 3



AUDREY HARRISON

La Tentación del Capitán Jones

por
Audrey Harrison

Contenido

[La Tentación del Capitán Jones](#)

[Copyright](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la Autora](#)

Copyright

© Copyright 2020 Audrey Harrison

Audrey Harrison afirma el derecho moral de ser identificada como la autora de esta obra.

Esta novela es completamente una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes retratados en ella son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, eventos o localidades es pura coincidencia.

Este eBook está licenciado para su disfrute personal únicamente. Este eBook no puede ser revendido, reproducido en ningún formato ni regalado a otras personas sin el consentimiento del autor.

Gracias por respetar el arduo trabajo de esta autora.

Encuentra más sobre la autora y detalles de contacto al final de este libro y la oportunidad de obtener una copia gratuita de "El Conde Desmotivado".

Corregido y editado por Kia Thomas

Portada por Historical Editorial

Capítulo 1

"¿Tenemos que hacerlo? ¿Ha seguido los pasos de su padre y se ha vuelto loco? ¡Debe de haber algún error! Dime que es una broma de mal gusto", dijo incrédulo el habitualmente lacónico Capitán Samuel Jones.

El Capitán Matthew Dunn sonrió a su amigo de toda la vida. "Ciertamente es un cambio respecto a nuestras tareas habituales."

"El eufemismo del año."

"Será una aventura de otro tipo."

Samuel resopló. "No soy niño de un bastardo."

"Vamos, vamos. Debemos hacer lo que dice el Regente", calmó Matthew. Era el pacificador del dúo. Habían servido en la caballería durante todo el reinado de terror de Napoleón e incluso en América. Habían sido tres, incluyendo a su amigo Miles Longdon, pero él había dejado la caballería después de Waterloo, cuando las muertes de sus hermanos mayores resultaron en que heredara el título familiar. Ya no se sentía capaz de quedarse en la caballería, teniendo en cuenta a su hermana y madre, así como una gran finca en Hampshire.

Había sido un momento de tristeza cuando los tres se convirtieron en dos, pero habían tenido algunas aventuras con Miles en los últimos meses, cuando su ahora esposa estuvo en peligro debido a un complot de secuestro.

Parecía que iban a tener otra aventura fuera de sus deberes normales. Una que a Samuel no le hacía feliz.

"Somos Mensajeros del Rey", persistió Samuel. "Entregamos correspondencia importante, muchas veces en condiciones peligrosas. No somos niñas sobrepagadas para el presunto hijo ilegítimo de su hermano."

"Es algo fuera de lo común, lo admito, pero es algo diferente. Tienes que reconocer que la vida ha sido un poco tediosa últimamente."

"No lo suficiente como para darle la bienvenida a esto. Es una degradación de nuestro papel."

"No es para tanto", dijo Matthew. "Seguimos siendo los Mensajeros del Rey. Seguiremos llevando la insignia de oficio."

Los jinetes de élite llevaban el escudo real, debajo del cual colgaba un galgo gris plateado. Los hombres se usaban para deberes diplomáticos y para llevar mensajes hacia y desde la casa real, especialmente en tiempos de agitación. Su historia se remontaba a cientos de años, y la insignia era usada con orgullo por los pocos que tenían la suerte de ser elegibles para usarla.

Samuel caminó hacia el fuego, cogiendo una vara y removiendo las brasas. "Esta tarea es denigrante. Están socavando las posiciones que tenemos. ¿Qué están pensando los consejeros reales al aceptar esta idea absurda?"

"Es una niña y hay alguna amenaza para su seguridad. Están respondiendo lo mejor que pueden en una situación difícil."

"Llévenla a uno de los muchos palacios, entonces. Estará segura con su familia. Oh, olvidé decirlo, no son reconocidos oficialmente. Está bien poblar la mitad de Londres con los resultados de sus relaciones, pero a los hijos ilegítimos se les condena a una vida fuera de la esfera a la que pertenecen. Hipócritas. Todos ellos. Si tienes hijos, ¡deberías cuidarlos!"

Matthew estaba sorprendido por el estallido acalorado de Samuel. Su amigo se preocupaba por pocas personas, y aunque era rápido con una réplica si veía alguna prenda ridícula o

comportamiento tonto, no expresaba opiniones firmes sobre la mayoría de las cosas. Estaba claro que su amigo estaba furioso con respecto a esta nueva asignación.

"Una niña es una niña", dijo Matthew. "Es nuestro deber protegerla."

"¿Para qué están los de Bow Street si no es para llevar a cabo tales funciones?"

"Es una situación delicada. Debemos quedarnos donde está siendo criada la niña."

"¿Y dónde está eso?"

"En la Escuela de Señoritas de Miss Hardy."

"Maldita sea."

*

Esther Hardy podría haber arrugado la carta antes de pisotearla y luego arrojarla al fuego para convertirla en cenizas, estaba tan enojada. Cualquiera que conociera a la señorita Hardy se habría sorprendido al descubrir que corrían emociones tan intensas bajo su exterior tranquilo y apacible. Era el epítome de la respetabilidad bien educada, esencial en la solterona propietaria de una escuela para jóvenes damas distinguidas.

Había tomado cuatro años de arduo trabajo construir una buena reputación desde la nada, y ahora, con toda probabilidad, su posición en la ciudad de Sidmouth se vería socavada si la verdad sobre aceptar a una niña ilegítima llegara a saberse.

Había pensado que acoger a Isabella era lo correcto. Le había dado pena la niña. Tenía que admitir, llegó con una contribución saludable para la escuela, así como el pago por la pensión durante el período escolar y las vacaciones. Pero eso no había sido lo principal en la decisión de Esther de aceptarla. La pobre niña no tenía un hogar más que el que Esther había creado. Muchas escuelas habrían tomado el dinero y descuidado a una bastarda, incluso una cuyos padres tenían tan alto rango, a juzgar por la pista que le dieron cuando le explicaron los términos de la estadía de Isabella, pero Esther no podía imponer censura alguna sobre la joven. Isabella no sufriría por las acciones de sus padres. Ahora, la respetabilidad y el buen nombre de Esther estarían en riesgo por su decisión.

Normalmente, nadie cuestionaba de dónde venían las jóvenes que asistían a la escuela. Se sabía que eran chicas distinguidas de familias de granjeros caballeros, clérigos y doctores, por lo que todos presumían que todas las chicas eran respetables.

No la supuesta hija ilegítima de un hermano del Príncipe Regente y futuro rey.

Ella apretó los dientes. Estaba a punto de ser invadida, y no había maldita cosa que pudiera hacer al respecto. La seguridad de Isabella estaba en riesgo, y aunque Esther estaba enojada, no podía ignorar la amenaza y poner en peligro a alguna de sus chicas o personal.

Un suave golpe en la puerta de su estudio trajo a su buena amiga y colega, la señorita Lydia Bolton, a la habitación. Habían trabajado juntas casi desde el primer momento en que Esther había fundado la escuela.

"¿Has aceptado la incursión ya?" Lydia sonrió al entrar, cuidando de cerrar la puerta detrás de ella. Ninguna de las dos deseaba que los otros miembros del personal escucharan su conversación.

"No estoy segura de que alguna vez estaré contenta con ello, pero dicen que llevarse a Isabella la pondría en más peligro además de perturbarla en el proceso. Sabemos que no lidiaría bien con el cambio."

"Es una pequeña tan gentil; se sentiría desestabilizada si la sacaran de aquí. Ella ve esto como su hogar ahora", coincidió Lydia. "Todavía no puedo creerlo. ¿Quién podría desear hacer daño a una niña?"

"Alguien sin brújula moral. Aunque probablemente ellos acusarían a la madre y al padre de Isabella de eso. Como si no tuviera suficiente con qué lidiar. La gente está dispuesta a atacar a un niño para causar daño a la monarquía. Es indignante."

"¿Tendremos guardia día y noche?"

"Sí. Vivirán con nosotras. Lo cual causará al menos algunas cejas levantadas."

"Oh, querida. ¿Qué historia contaremos para explicar su repentina aparición?"

"Mi hermano y su amigo están aquí para recuperarse junto al mar", dijo Esther con desdén.

"¡Como si dos oficiales de caballería de moda viajaran hasta Sidmouth cuando Brighton está prácticamente en su puerta!"

"Aunque eres la mejor de las hermanas", respondió Lydia con una sonrisa.

"No lo seré después de que hayan estado aquí cinco minutos. No tendrán ninguna duda sobre mis sentimientos."

"Se amable, Esther. Nunca se sabe lo que se informará a quienes controlan el bienestar de Isabella. No puedes desear que se la lleven a largo plazo, ¿verdad?"

Esther dobló la carta, pasando la mano por los pliegues, antes de colocarla en un cajón. Que cerrara el cajón firmemente insinuaba los sentimientos turbulentos que estaba tratando de contener. "No, en absoluto. Y no por el aspecto financiero de que ella esté aquí. Me importa esa niña, y ha prosperado desde su llegada. Espero producir una joven confiada para cuando se vaya."

Lydia se rio. "Como es una de las criaturas más tímidas que puedas encontrar, creo que quizás estés apuntando un poco alto."

"Tengo toda la fe en nuestras habilidades de crianza, amiga mía. Eso, y solo tiene diez años. Nos quedan años para animarla a ser más extrovertida."

"¿Cuándo llegan nuestros visitantes? O, debería decir, ¿tu frágil hermano?" preguntó Lydia con diversión en su voz.

"Mañana. Isabella seguirá durmiendo en una cama baja con mi doncella en mi vestidor. He puesto a los oficiales en las dos habitaciones de invitados a ambos lados de mi dormitorio. Sé sin duda que necesitarán estar cerca de ella, y pueden sentarse en la sala contigua a mi vestidor si necesitan estar de guardia durante la noche. No tengo idea de cómo piensan protegerla. Espero que la vida pueda continuar con relativa regularidad."

"Estoy segura de que enfrentaremos lo que tengamos que enfrentar."

"Eso espero."

*

"Este camino lleva fuera de la ciudad", señaló Samuel innecesariamente mientras los dos caballeros cabalgaban lado a lado. Habían llegado a la ciudad por el lado norte de Sidmouth y, después de recorrer toda la pequeña ciudad costera, ahora se dirigían hacia el sur.

"Al parecer, está un poco en las afueras", explicó Matthew. "Es una suerte para nosotros si se puede patrullar fácilmente".

"Te das cuenta de que el lugar civilizado más cercano es Bath, ¿no? Si eso es lo mejor que hay, será un tiempo tedioso", dijo Samuel con un suspiro.

Matthew se encogió de hombros. "Como no aceptaremos ninguna invitación que nos aleje de la niña, no importa dónde estemos."

"Maravilloso. Estamos reclusos con una escuela llena de chicas, sin ningún alivio."

"Piensa en ello como un período forzado de tranquilidad. Estoy seguro de que ambos nos beneficiaremos del plan."

"Si hay tranquilidad, podría inclinarme a pensar. Esa es una perspectiva que me hace estremecer", dijo Samuel.

Matthew lanzó a su amigo una mirada comprensiva. Ambos habían visto cosas imposibles de olvidar, y aunque exteriormente sonaban igual que antes de haber experimentado la realidad de la guerra, cada uno todavía sufría por sus experiencias en los campos de batalla en los que habían luchado.

"Tal vez ayude a aliviar nuestras mentes", ofreció.

"Lo dudo, pero parece que tenemos poca elección en el asunto", respondió Samuel.

"No. Especialmente porque visitaré a mi hermana mayor, para recuperarme de mis pruebas y tribulaciones. Nuestras historias seguramente serán cuestionadas y comentadas."

Samuel detuvo su caballo repentinamente. "Esto sí que es una sorpresa."

Se habían detenido en la caseta de entrada de una gran mansión. La casa se podía ver a lo lejos, a través de un bosquecillo de árboles separados por un camino. Sabían que estaban en el lugar correcto ya que el nombre, Corless House, estaba grabado en la piedra de los postes de la entrada.

"Es un edificio grande para una escuela de señoritas", señaló Samuel mientras el portero salía a recibirlos.

"Ah, debe ser el hermano de la señorita Esther", dijo el portero, dirigiéndose a Matthew. Era una suposición razonable para el hombre, ya que la herida de Matthew era muy visible para todos los que lo veían. Tenía una gran cicatriz en la mejilla izquierda, resultado de una cuchillada de bayoneta. Era una cicatriz fea y había alterado los rasgos angelicales de un hombre apuesto. Había tenido suerte de sobrevivir al ataque, que afortunadamente para él había sido más un golpe de refilón que una estocada bien dirigida. No habría sobrevivido a ese tipo de golpe.

Su amigo Miles Longdon había llamado a Dunn y Jones sus ángeles guardianes, ya que ambos eran igualmente rubios y de ojos azules, en contraste con su propia coloración más oscura. Sus apariencias les habían dado la bienvenida dondequiera que fueran, pero ahora, Matthew era muy a menudo recibido con una expresión de sorpresa por su nueva característica facial. Era un recordatorio constante y contundente de su pasado.

"Así es", respondió Matthew con facilidad. "Este es mi buen amigo y compañero oficial, el Capitán Jones."

"Ambos son muy bienvenidos aquí", dijo el portero, abriendo las puertas para los dos caballeros.

"Es bueno que la señorita Esther haya encontrado a algunos de sus familiares. El viejo caballero estaría contento de que ya no estuviera sola en el mundo. Que fuera la última de su familia era su mayor preocupación, que Dios lo tenga en su gloria."

Samuel y Matthew intercambiaron una mirada, pero no respondieron al comentario. Agradeciendo al portero por su servicio, impulsaron sus caballos por el camino que llevaba a la casa.

"Parece que nuestra anfitriona tiene una historia a su espalda", dijo Samuel.

"Debe ser respetable, o la niña no habría sido enviada aquí en primer lugar", respondió Matthew.

"Admito que esperaba un establecimiento más modesto. Este edificio parece fuera de lo común."

"Sí, estoy de acuerdo. No creo haber visto nunca una casa tan grande siendo usada como escuela. Esto es muy inusual."

Era cierto. La mayoría de las escuelas eran de tamaño razonable pero modesto, ya que los propietarios se ganaban una vida cómoda pero pequeña con su empresa. Esta casa, sin embargo, sería adecuada para cualquier baronet o conde. Estaba hecha de piedra de Bath, dorada en color. Un gran porticón flanqueaba la magnífica puerta de madera. Cinco ventanas a cada lado de la

gran entrada sugerían que un generoso número de habitaciones llenaban el suelo y los dos pisos siguientes, con una gama de cuartos para los sirvientes entre los aleros del techo.

"Esto se pone más interesante por segundo", dijo Matthew, bajándose del caballo.

"Tú, amigo mío, eres fácil de complacer. Nunca me han atraído los misterios. Son un poco demasiado góticos para mis gustos", dijo Samuel, bajándose de su manera habitual y lánguida.

La puerta fue abierta por un mayordomo, que llevó a la pareja a un pequeño salón.

"La señorita Hardy estará con ustedes en un momento, caballeros. Mientras tanto, me he tomado la libertad de pedir refrescos para ustedes", explicó antes de salir de la habitación.

Pronto entró una doncella con una bandeja cargada de té, pasteles y galletas. Cada vez que se abría la puerta, se oían murmullos de voces jóvenes a lo lejos, pero por lo demás el edificio era tranquilo y pacífico.

Matthew se acercó a la mesa donde se habían colocado los refrescos y sonrió a Samuel.

"¿Me dejas hacer los honores y servir?", preguntó.

Samuel rodó los ojos ante su amigo, pero se abstuvo de hacer un comentario cuando la puerta se abrió de nuevo y entró Esther.

"Ah, se están sirviendo. Bien", dijo bruscamente. "Caballeros, me gustaría poder decir que es bueno verlos, pero como dueña de este establecimiento debo admitir que desearía tenerlos de vuelta en Londres."

"A nosotros también", dijo Samuel. Un destello de curiosidad pasó entre los dos hombres. No era una mujer mayor como ambos esperaban, sino una mujer que probablemente tenía menos de treinta años. Era alta y regia, con rasgos agradables, una melena de cabello castaño rojizo y ojos verdes, era todo un espectáculo.

"Estamos de acuerdo, entonces", dijo Esther, su tono no exactamente poco acogedor, pero formal.

"Señorita Hardy, ignore a mi amigo. Permítame presentarnos. Soy el capitán Matthew Dunn, y aunque no estoy del todo seguro de cómo vamos a superar la diferencia de nombre, o de miradas tan diferentes, aparentemente soy su hermano. Su portero pareció aceptar mi llegada con ecuanimidad. Este es mi querido amigo, el capitán Samuel Jones. Le cuesta un poco acostumbrarse, pero si persevera quizás pueda soportarlo. Nos alegra conocerla y esperamos no causar demasiada perturbación mientras estemos aquí", dijo Matthew con una reverencia.

Esther respondió a sus palabras con una sonrisa, que suavizó sus rasgos y la expresión rígida en sus ojos.

"Gracias. Aprecio su sentimiento y espero que podamos llevarnos lo suficientemente bien. He dicho a mi personal que tenemos diferentes padres. Facilita explicar por qué mi tío no sabía nada de usted, ya que mi madre era la que estaba relacionada con él, aunque estuvieron separados durante muchos años. Los pocos que conocen poco de mi pasado complicado han aceptado completamente mi historia. Solo yo y otra persona sabemos la verdadera razón de su visita."

"Eso es una persona más de la que debería saberlo", interrumpió Samuel. "Cuántas más personas estén al tanto, menos posibilidades hay de mantener en secreto la verdadera razón por la que estamos aquí."

"Como imagino que no tiene idea de cómo se maneja mi escuela, permítame tomar decisiones según lo vea conveniente. Está aquí para proteger a Isabella; alrededor de eso, depende de mí cómo organice a mi personal y a mis alumnas", respondió Esther.

Samuel se crispó, mirando a Esther por debajo de párpados pesados, pero no dijo nada en

respuesta.

Esther había estado lista para desafiar a Samuel, pero ante su silencio volvió su atención a Matthew.

"He tenido a Isabella durmiendo en mi vestidor con mi doncella. Tengo sueño ligero y no he oído nada de lo que preocuparme durante la noche. Hay un salón contiguo al vestidor que puede usar si deseas permanecer despierto durante la noche. Sus cámaras están a ambos lados de la mía. Estarás lo más cerca posible de Isabella sin estar en la misma habitación."

"Bien. ¿Y durante el día?"

"La señorita Bolton, la miembro del personal en quien confío, es la maestra de Isabella. Debe entender algo sobre Isabella: es una niña tímida y callada. Está extremadamente unida a la señorita Bolton y a mí, pero tiene poca interacción con las otras niñas."

"Eso podría ser beneficioso para nosotros", dijo Matthew.

"Deben avanzar con delicadeza, caballeros", advirtió Esther. "Será difícil ganarse la confianza de Isabella."

"Estamos aquí para protegerla, señorita Hardy, no para complacerla", dijo Samuel.

Esther se volvió hacia Samuel, chispas volando de sus ojos.

"No estoy en el negocio de complacer a nadie, ya sea a una niña mimada o a un caballero impertinente. Mi función es nutrir y enseñar, para que mis alumnas sean mujeres jóvenes educadas y capaces cuando salgan de mi cuidado. No todas mis niñas han tenido un comienzo seguro en la vida, y atiendo a sus necesidades específicas para que no estén en desventaja a largo plazo. No espero que consientan a Isabella, pero sí espero que la respeten."

Matthew había observado la interacción con interés y diversión, pero controló sus rasgos en una expresión neutra cuando habló.

"Haremos lo que sea mejor para la niña. Esa es la razón por la que estamos aquí", dijo Matthew.

"Hemos trasladado el aula de la señorita Bolton a una habitación con una pequeña antecámara junto a ella. Pensé que podríamos dar la impresión de que es tu estudio, entonces nadie se sorprenderá al verlo sentado allí durante el día. No habrá objeción si desea que la puerta se mantenga abierta entre las dos habitaciones", explicó Esther.

Matthew sonrió a Samuel.

"Parece que sus deberes estarán en el exterior."

"Mejor", dijo Samuel. Cruzó los tobillos en un acto exagerado de aburrimiento.

"Parece que se ha preparado bien para nosotros. Ha facilitado nuestro trabajo. Gracias, señorita Hardy", dijo Matthew.

Esther se puso de pie.

"Es reconfortante escuchar eso. Por supuesto, haré cambios por cualquier cosa que surja, pero me alegra que por ahora podamos continuar como lo hemos estado haciendo. Causará menos sospechas y especulaciones. Los dejaré ahora; Dawson, mi mayordomo, los atenderá. Instálense, y arreglaré que la señorita Bolton traiga a Isabella esta tarde. Nos vemos más tarde, sin duda. Cenamos a las seis. Disculpen, caballeros", dijo. "Tengo una escuela que dirigir."

Los labios de Matthew se crisparon hacia su amigo cuando Esther había dejado la habitación vacía.

"Pondría con gusto un franco en una apuesta que ni siquiera los más valientes de tus tutores te llevaron a tareas como lo formidable Miss Hardy ha hecho."

"La insolente mocosa. ¿Quién demonios se cree que es?", dijo Samuel con la mandíbula apretada.

"Es la cabeza del hogar, te guste o no, amigo mío. Mejor acostúmbrate a que ella esté a cargo."

"Ella debería entender bien que nosotros estamos a cargo del cuidado de la niña. No una solterona agotada con ideas por encima de su capacidad", dijo Samuel, encendido de furia, lo que era inusual en él. Normalmente no se permitía molestarse por nada. Eso provocaría que él se preocupara, y quería evitar eso a toda costa. Preocuparse causaba dolor. "No digo que esperaba ser recibido con los brazos abiertos, pero no esperaba groserías de una mocosa."

"Y no esperaba insultos ni críticas abrasadoras por las decisiones que he tomado sobre los niños bajo mi cuidado," se escuchó decir a la voz fría de Esther desde la puerta. "Desde casi el primer momento en que entraron en mi establecimiento, han hecho suposiciones basadas en poca o ninguna evidencia. Es mal hecho en el mejor de los casos y completamente arrogante de su parte, señor."

Ambos hombres se giraron para ver a una mujer de quien, si fueran de inclinación poética, habrían dicho que irradiaba llamas de ira desde su ser.

"Señorita Hardy...", comenzó Matthew.

"Regresaba para decirles que he pensado que la forma de llegar a Isabella podría ser a través de sus caballos. Ella los ama y es una natural montando. Soy una soltera por elección, Capitán Jones", replicó Esther con brusquedad. "Tengo veintiocho años, así que difícilmente soy una niña, y ustedes están aquí bajo el entendimiento de que el cuidado de Isabella sigue bajo mi control. Ustedes deben protegerla. Yo proporcionaré la educación. No interfieran en lo que no les concierne, o se encontrarán de regreso en Londres en menos de una semana."

No esperó respuesta, girándose sobre sus talones y dejándolos solos una vez más. Matthew miró la mirada furiosa de Samuel y empezó a reírse en voz baja.

"No te atrevas a hacer comentarios, o me daré el gusto de darte una buena paliza", amenazó Samuel.

"No lo haría ni en sueños, amigo mío, pues sé lo eficientes que son esos puños tuyos."

"Así me gusta."

Samuel miró de reojo la puerta vacía. Nunca le habían hablado con tanto desdén. Nunca se consideraría alguien que deseara ser acariciado por otros en la sociedad, pero su manera indiferente y distante tendía a atraer a aquellos que podrían tomarse un poco más de trabajo que con otros. Su buena apariencia, su encantadora manera cuando el humor lo permitía y su posición como mensajero del rey aseguraban que fuera bienvenido en todas partes. Recibir una bienvenida fría en una situación de la que deseaba estar a millas de distancia era suficiente, pero ser desafiado y reprendido de esa manera ¡eso le había dolido mucho más de lo que estaba acostumbrado, y le molestaba! El hecho de que él había estado principalmente equivocado no fue reconocido. En cambio, se concentró en cómo había sido agraviado.

Una mocosa lo había vencido. Bonita o no, era impertinente, y si pensaba que podía hablarle como a un colegial errante y salirse con la suya, había subestimado a Samuel.

Una cosa era segura: nadie había sido lo suficientemente valiente como para enfrentarse al formidable Capitán Jones en un combate. Uno que ella había ganado. Él se había comportado como un patán, y aunque no podía reconocerlo aún, su propio comportamiento en la situación le molestaba más que cualquier otra cosa.

Capítulo 2

Esther entró en la cocina con el pretexto de verificar que la cocinera supiera que los invitados habían llegado y necesitarían ser atendidos, pero incluso a sus propios oídos sonaba como una excusa débil. Observó la cocina bulliciosa con anhelo y solo se detuvo cuando captó la mirada de la cocinera, que la observaba con expresión conocedora.

"Siéntate y te traeré algo", fue la acogedora instrucción.

"Estás muy ocupada", dijo Esther, sintiéndose un poco culpable.

"Nunca estoy demasiado ocupada para ti."

Esther sonrió y se sentó en la pequeña mesa redonda que estaba en un rincón de la cocina. La cocinera la usaba para descansar, lo que le permitía separarse un poco del ajetreo de una cocina ocupada mientras vigilaba a los sirvientes.

Observó cómo iba y venía. Desde que se conocieron, se habían tomado afecto inmediatamente. La joven asustada y la cocinera materna. Esther había sido envuelta muchas veces en el cálido abrazo de esta mujer robusta y siempre se había sentido mimada y cuidada en esos momentos en que más lo necesitaba, especialmente durante los primeros días de su llegada a Corless House.

La cocinera trajo una tetera fresca y un plato de bollos, mermelada y crema espesa.

"Recién salidos del horno, cariño", dijo Cook antes de sentarse con Esther en la mesa. "Ahora, vamos, ¿qué te pasa?"

Esther se tomó su tiempo para dividir el bollo aún caliente en dos y cubrirlo con mermelada y crema. Dio el primer bocado, cerrando los ojos apreciando el momento en que se derretía en la boca, antes de masticar. Después de dar un sorbo refrescante a su té, le sonrió.

"Ahora no hay absolutamente nada malo", dijo.

"Siempre ha sido lo mismo. Te doy algo dulce y el mundo vuelve a estar en orden", dijo la cocinera sonriendo a la mujer a la que había conocido durante casi quince años. Para ella, Esther era como la hija que una mujer soltera en servicio nunca podría tener, y siempre estaba muy en sintonía con lo que le preocupaba. "Es bueno que esos niños te mantengan alerta, o serías de mi tamaño", dijo, palmeando su abultado estómago.

"Siempre me dijiste que nunca confiara en una cocinera delgada."

"Es completamente cierto."

"Espero que te des cuenta de que nunca puedes jubilarte", dijo Esther. "Me marchitaría si lo hicieras."

"Si simplificaras tu vida, tendrías menos necesidad de escaparte hasta aquí."

Esther le hizo una mueca pero se metió el último bocado de uno de los bollos en la boca. Ya se sentía más animada.

"No creas que no me doy cuenta de lo que está pasando, joven. Puedes engañar a todos los demás, pero yo sé lo que sé. Tu mamá no estuvo embarazada antes de tenerte, chica mía, así que no vendas con todo este cuento de tener un hermano perdido hace mucho tiempo."

Esther lanzó una mirada en dirección a los otros sirvientes, pero nadie prestaba atención a lo que se decía en el rincón. No era raro ver a Esther pasar el rato con la cocinera, así que nadie pensó en escuchar.

"Nadie debe saber que no lo es", dijo rápidamente Esther.

"Sabes mi opinión sobre contar cuentos. No chismeo con nadie."

“Lo sé, pero ni siquiera se debe insinuar. Para todos los efectos, el Capitán Dunn está aquí para un descanso recuperativo y para que podamos conocernos como hermanos. Mi tío no sabía de su existencia antes de morir.”

“Pero en realidad tiene que ver con esa niña que has tenido durmiendo contigo.”

Esther gemía en voz alta. “No deberías saber nada de esto. ¡Rara vez sales de la cocina!”

“No hay nada en esta casa que se me escape, y te he visto fruncir el ceño más en estos últimos días de lo que nunca lo he hecho.”

Aceptando que no podía tratar a la Cocinera como una tonta o emitir negaciones que la astuta mujer vería inmediatamente como falsedades, Esther sabía que tendría que ser honesta. Su único momento de ligera diversión fue cuando se dio cuenta de lo molesto que estaría el Capitán Jones al descubrir que otra persona más sabía de su predicamento.

“Ha habido amenazas a la seguridad de Isabella,” confió Esther. “Los dos capitanes están aquí para protegerla.”

“Bueno, vaya,” dijo la Cocinera. “No preguntaré quién es ni a quién pertenece, porque no creo que quiera saberlo.”

“Cuantas menos personas lo sepan, mejor para todos,” dijo Esther.

“¿Y qué, aparte de lo obvio, te ha puesto en este estado esta mañana?”

“¿No hay más divisiones?” preguntó Esther, tratando de cambiar de tema.

“No para ti, o te encontraremos acurrucada en algún lugar, demasiado llena para hacer algo útil. ¿Vas a ser honesta o seguirás con este juego del gato y el ratón? Porque si es así, te desterraré de mi cocina para siempre.”

“¡No!” Esther estaba genuinamente horrorizada. Tenía pocos lugares o personas con las que podía ser ella misma, y la Cocinera era solo una de tres personas, las otras siendo Dawson el mayordomo y Lydia.

“Sabes que no hago amenazas vacías.”

“Oí algo que, aunque cierto, no me gustó escuchar,” admitió Esther. Las palabras habían dolido, pero no podía negar su verdad. Era una solterona, y la mayoría de las personas en algún momento habían intentado tratarla como una chica inexperta. Esa era parte de la razón por la que estaba tan enojada al ver su reputación en riesgo. Había trabajado tan duro para llegar a donde estaba. Aprendiendo por las malas que muy pocas personas en la vida eran de fiar.

“¿Te insultaron, verdad?” preguntó la Cocinera, inmediatamente erizándose.

“Uno de ellos lo hizo. Los comentarios habituales de menosprecio.”

“Lo instruiré a Dawson que le sirva los peores cortes de carne y la comida que se ha enfriado. El granuja pronto lamentará haberte molestado.”

“¡No!” Esther rio. “No quiero que su mala opinión de mí se confirme por llevar una casa descuidada. Encontrará todo perfecto aquí, excepto quizás mi bienvenida. No fui muy amable al recibirlos.”

“¿Merecen una bienvenida civilizada?”

“Sí.”

“Entonces tienes terreno que recuperar. No hay excusa para el mal comportamiento.”

Esther se levantó y besó la mejilla de la Cocinera. “Tienes toda la razón, como siempre, e iré a hacer las paces. Quizás cuando termine mi trabajo del día.”

“Esther,” reprendió la Cocinera en voz baja. Nadie se daba cuenta de que ella a menudo usaba el nombre de pila de Esther. Era un signo de la familiaridad y la estrecha relación entre ambas. No una relación usual, sin duda, pero una de la cual ambas recibían mucho beneficio.

“Lo sé, lo sé. Lo haré ahora.” Esther sonrió mientras se alejaba. “Gracias por mi golosina.”

Maravillosa como siempre.”

La Cocinera sacudió la cabeza antes de eliminar la evidencia de su interludio y regresar al trabajo. Se preocupaba por la joven y deseaba que Esther no hubiera elegido el camino que había tomado. Era demasiado solitario para una mujer que debería estar estableciendo un hogar con su propia familia. La Cocinera estaba agradecida de que su antiguo amo ya no estuviera vivo para verlo. Estaba segura de que no habría adivinado la ruta que Esther había tomado desde su muerte. El pobre hombre había querido verla feliz y segura. La Cocinera no estaba segura de que Esther fuera ninguna de las dos cosas.

*

Lydia Bolton entró en el salón con Isabella a su lado. La niña había estado caminando felizmente a su lado, pero en el momento en que vio a los dos caballeros mirándola expectantemente, se escondió detrás de los pliegues de la falda de Lydia.

Para su crédito, Lydia continuó hacia la habitación como si no tuviera una niña aferrada a sus piernas. Incluso logró hacer una reverencia de algún tipo. Esther se había unido a ellos y ya estaba sentada en la habitación. Sonrió a Lydia.

“Estos son el Capitán Dunn y el Capitán Jones,” dijo Esther. “Esta es mi colega y amiga, la señorita Lydia Bolton. El Capitán Dunn es el hermano del que te he hablado, Lydia.”

Ambos caballeros se habían puesto de pie a la entrada de Lydia, cada uno ofreciendo una reverencia. Lydia provenía de una familia pobre pero respetable con muchas hijas y solo un hijo. Vivía en Sidmouth y había hecho amistad con Esther a la llegada de esta última a la zona. Al establecer la escuela, era natural que Esther recurriera a una amiga en busca de ayuda. Trabajando juntas, se habían vuelto tan cercanas como hermanas, a pesar de que cuatro años las separaban en edad.

“Y esta,” dijo Lydia, “es la señorita Isabella.” Lydia había notado la herida en la cara de Matthew y, aunque no había reaccionado abiertamente, sus ojos se llenaron de lágrimas al ver la cicatriz que estropeaba un rostro por lo demás perfecto. Parpadeó para alejar su tonta respuesta. Él pensaría que era una tonta o una mojigata. No podía saber por qué la evidencia visible de la guerra la afectaba tanto. Sonrió para tratar de cubrir su reacción.

Matthew podría haber hervido de molestia. Siempre era lo mismo. Veían la cicatriz y se alejaban de él. Incluso una solterona maestra en una escuela en el fin del mundo tenía la osadía de mostrar sus sentimientos. Mientras suspiraba en silencio, sus hombros se hundieron. Al menos no había retrocedido, que era la reacción habitual cuando se notaba su herida. Las exclamaciones de sorpresa u horror eran las más difíciles de disimular. Frunció el ceño al ver las lágrimas en sus ojos: ¿sentía lástima? Eso era casi tan malo como el horror. No quería ser compadecido.

Cuando ella sonrió, se preguntó por qué había elegido la vida que tenía, porque era muy bonita. Cabellos oscuros y desordenados y ojos marrones chocolate en un rostro claro y abierto siempre atraerían a un apuesto oficial de caballería. Una vez apuesto, pensó con amargura, profundizando su ceño y no respondiendo a su sonrisa como normalmente lo haría su yo abierto por naturaleza.

Lydia vio el ceño y se entristeció al ver que sus inoportunos ojos llenos de lágrimas lo habían ofendido. Desearía poder explicar por qué había reaccionado de esa manera, pero eso potencialmente causaría la liberación de las lágrimas. La mayoría de los días podía hablar de ello sin convertirse en una llorona, pero al parecer no hoy, dado un recordatorio tan claro. Sacudiéndose mentalmente, se centró en Isabella. Tenía graves preocupaciones sobre cómo la niña afrontaría una herida tan desagradable. Lydia sintió lástima por el pobre hombre. Era endiabladamente atractivo; debía haber sido especialmente difícil para él aceptarlo.

Samuel se sentó de nuevo, observando a la niña con una mirada que no mostraba más que aburrimiento. No hizo ningún esfuerzo por sonreírle o animarla. Esther notó su indiferencia con un disgusto hirviente, pero su expresión permaneció en blanco.

Para romper el silencio que había descendido, Matthew se agachó al nivel de Isabella. “¿Es esta la señorita Isabella que es mejor montando a caballo que mi amigo el Capitán Jones?” dijo, lanzando una mirada burlona en dirección a Samuel.

Isabella miró entre los dos, y para consternación de sus dos maestras, en realidad habló. “¿Qué le pasó a tu cara?”

Sí, la niña todavía espiaba desde detrás de Lydia, pero sus palabras fueron tan claras como cualquiera que hubiera pronunciado. Se había ido la voz susurrante y la reticencia con la que normalmente hablaba. Esther y Lydia se miraron entre sí con horror mezclado con asombro. Lydia estaba a punto de emitir una reprimenda cuando Matthew soltó una carcajada.

“Me dijeron que eras tímida. Creo que los estás engañando, ¿verdad, señorita Isabella?” dijo, todavía riendo.

La niña de diez años le sonrió y se movió detrás de las faldas de Lydia. “¿Te dolió?” preguntó. No se acercó a Matthew, pero había respondido a él más de lo que había respondido a nadie más desde que había sido colocada en la escuela.

“Oh, sí. Claro que sí,” dijo Matthew, tocando su mejilla con cuidado. “Estaba en una gran batalla y tuve mucha suerte de escapar con vida. El Capitán Jones aquí me arrastró a un lugar seguro, o no lo habría logrado.”

Isabella lanzó una mirada de admiración a Samuel. “¿Tú no te lastimaste?”

Samuel parecía que no respondería, pero luego sacudió la cabeza. “No. Al menos no externamente.”

La curiosa respuesta fue notada por los tres adultos en la habitación, pero nadie reaccionó a ella. En cambio, todos observaron a Isabella con interés.

“Lamento que te lastimaran. Tía Sarah dijo que mi papá era un soldado valiente antes de morir. ¿Lo conocías?”

“No lo creo,” respondió Matthew, mirando curiosamente a Esther.

“Es una lástima. Me gustaría conocer a alguien que lo conociera. Desearía poder recordarlo.”

Isabella parecía querer retirarse detrás de Lydia una vez más.

“¿Es cierto que eres una excelente amazona? Quizás heredaste eso de tu padre,” dijo Matthew.

“¿De verdad lo crees? Me gustan los caballos, y la señorita Esther me permite montar todos los días normalmente, pero los caballos no han estado bien recientemente, así que no he podido ir.”

“No creímos prudente en las circunstancias,” dijo Esther.

Matthew sonrió comprensivamente. “Afortunadamente para ti, revisamos en los establos y nos dijeron que los caballos están bien ahora. ¿Te gustaría salir a montar con nosotros mañana? ¿Si está permitido?”

Esther asintió en señal de aprobación.

“¡Sí, por favor!” dijo Isabella.

“Pasaremos bastante tiempo juntos, Isabella. Espero conocerte mejor,” dijo Matthew.

Isabella frunció ligeramente el ceño, pero no cuestionó las palabras de Matthew, y Lydia pronto la llevó de regreso a las lecciones, dejando a los tres adultos atrás.

“Podría considerar el asunto de manera diferente,” dijo Esther. “Pero creo que el peligro será bajo mientras esté en las lecciones.”

“Es cierto. Nadie será tan imprudente como para intentar secuestrarla cuando está rodeada de testigos,” coincidió Matthew. “Pero es útil tener un estudio desde el cual pueda vigilarla.”

Supongo que leeré muchos libros mientras duren las lecciones.”

“Será inconveniente para usted pasar tanto tiempo con una niña.”

Matthew se había sentado en un sofá cuando Isabella dejó la habitación. “Como es nuestro deber, nos las arreglaremos.”

“¿Quién le ha contado el cuento de Banbury sobre su padre?” preguntó Samuel.

“No tengo idea. Es la primera vez que lo menciona. Llegó a nosotros hace tres años, a los siete. No sé dónde pasó los primeros años de su vida, excepto que ha mencionado a una tía Sarah ocasionalmente. Nunca da información cuando hemos tratado de interrogarla; simplemente cierra la boca o pide salir de la habitación. Llegué a la conclusión de que su inicio en la vida no debió ser feliz,” explicó Esther. Notó que la mandíbula de Samuel se tensaba y esperaba una réplica, pero nunca llegó.

“La pobre niña,” dijo Matthew.

Esther sonrió a Matthew; realmente era una buena persona. Los caballeros se pusieron de pie como si fueran a irse. Esther sabía que era el momento de hacer las paces por su comportamiento anterior. “Capitán Jones, ¿podría hablar con usted, por favor?”

Samuel se giró algo sorprendido, pero permaneció en la habitación cuando Matthew se fue.

“Comenzamos con mal pie,” comenzó Esther.

“¿De verdad?”

Rechinando los dientes, continuó. “Sí. Creo que sí. No le di la bienvenida como se merecía ser recibido. No soy usualmente tan grosera. Es esta maldita situación.”

Samuel levantó las cejas ante su elección de lenguaje. “No puedo discrepar con usted en ese aspecto.” Hizo una pausa, pareciendo reconsiderar lo que iba a decir. “Todos estamos forzados a esta posición por personas que serían expulsadas de la sociedad si no fuera por su rango. Pido disculpas por mi propio comportamiento bruto, y aunque no puedo garantizar que nos hagamos amigos, puedo prometer que no habrá más malos modales de mi parte.”

La curiosidad inquietaba a Esther por su comentario. Había esperado que él apoyara completamente a la familia real, sin embargo, parecía que no. Era una opinión expresada con rudeza, como si realmente lo molestara. Lo había considerado un dandy superficial. Quizás había estado equivocada. “Bien. Entonces nos llevaremos bien juntos para proteger a Isabella. Me alegra que podamos asegurar los terrenos en cierta medida. No he explicado por qué, pero he puesto en alerta a los jardineros, los mozos de cuadra y los jardineros.”

“Una sabia precaución. Los terrenos parecen extensos. Esta es una instalación excepcionalmente grande para una escuela,” no pudo evitar decir Samuel.

Esther sonrió. “Sí. Una afortunada herencia de un hombre muy encantador.”

“¿No era maestra antes?”

“¡No! Pero no quería desperdiciar mi dinero en tonterías, como muchos lo hacen, cuando hay niños que necesitan un hogar estable y una buena educación,” explicó Esther.

“Una forma única de usar una herencia,” dijo Samuel. Su tono era de interés, y observaba a Esther con curiosidad.

“Tal vez. O puede ser visto como la forma correcta de vivir, ayudando a otros que no son tan afortunados como nosotros.”

“Eso suena como si involucrara mucho esfuerzo. Estoy a favor de una vida fácil.”

Esther caminó hacia la puerta. “Justo cuando comenzaba a pensar que era un caballero razonable, vuelve a lo que he llegado a esperar, incluso en tan corto tiempo.”

“¿Y eso es?”

“Un tonto, señor. Un completo tonto. Nos vemos esta noche; por favor, discúlpeme.”

Samuel hizo una reverencia mientras Esther salía de la habitación, con una leve sonrisa en los labios. Parecía que la fogosa señorita Esther no era lo que había imaginado al principio. Ciertamente no tenía miedo de enfrentarse a él, un verdadero logro cuando uno la superaba en altura como él lo hacía, aunque ella era alta. En apariencia podía ser recatada, pero no tenía nada de tímida. Interesante.

Su enojo después de su primer intercambio comenzaba a convertirse en curiosidad.

Nunca había tenido curiosidad por nadie, pero parecía que la señorita Hardy era un enigma. Ciertamente era fuera de lo común.

Capítulo 3

Todas las puertas y ventanas habían sido cerradas con llave, y todas las niñas habían sido alimentados en lo que antes había sido el salón de baile de la casa. Actuaba como comedor y cualquier otro espacio que necesitara tener una gran área. La galería larga a menudo se utilizaba para juegos, si el clima era húmedo y los niños necesitaban algo de ejercicio. Esther había sonreído al decidir el uso de cada habitación. Dudaba que los ancestros cuyos semblantes colgaban de las paredes aprobaran cómo había empezado a usar la casa. El hecho de que esos cuadros ocasionalmente fueran desafortunados al ser un poco dañados por una pelota mal lanzada no preocupaba a Esther. No era deliberadamente descuidada hacia el contenido de la casa, pero quería un hogar, no un mausoleo, para sus niñas.

Después de las historias de la tarde y la rutina nocturna en las guarderías del segundo piso, Lydia llevó a Isabella al comedor. La niña parecía lo suficientemente feliz, sentada junto al fuego, jugando con sus dos muñequitas. Era una circunstancia inusual tener a la niña en el comedor con ellas, pero necesaria. Últimamente, habían acortado un poco su cena para poder acostarla a una hora adecuada. Esther esperaba que los caballeros no esperaran una comida de horas de duración, o Isabella probablemente se quedaría dormida en la alfombra.

El resto del grupo se reunió alrededor de la mesa. Matthew estaba sentado entre Esther y Lydia, y Samuel estaba al otro lado de Esther. Ella había pensado en poner a su "hermano" al frente de la mesa oblonga, pero decidió no hacerlo cuando solo estaban presentes los cuatro.

"¿Nos acompañará mañana en nuestro paseo?" preguntó Matthew, más que feliz de estar sentado entre dos atractivas compañeras. Lydia era tan oscura como él era rubio, sus ojos del color del chocolate y tan cálidos y acogedores como un hombre dañado podría desear, incluso después de su reacción inicial hacia él.

"No. Me temo que no tengo tiempo para un paseo. Los deberes escolares restringen nuestros movimientos durante el día", respondió Lydia.

"¿Usted enseña?" preguntó Matthew a Esther.

"A veces. Al principio, enseñaba muy a menudo, pero ahora generalmente estoy haciendo funcionar las cosas tras bastidores y apoyando a mis maestras según sea necesario."

"¿No todos los maestros viven aquí?" preguntó Matthew.

"Solo Lydia y yo en la casa principal. La casa de dote se utiliza como alojamiento para los otros maestros. Ellos viven y comen allí. Quería tener un poco de privacidad durante las noches cuando los niños están en la cama. Tenemos un par de niñeras, supongo que podría llamarlas así, que cuidan a las niñas una vez que terminan las lecciones. Quería que hubiera un cambio en quien las cuidaba, como si estuvieran en casa y se les enseñara allí", trató de explicar Esther.

"Obviamente ha pensado mucho en cómo desea que se administre su escuela", dijo Matthew.

"Sí. Miré muchas escuelas y también me basé en mi propia experiencia en las que asistí. Miré todas las partes peores y me aseguré de cambiar esos aspectos."

"Pero debe costarle más tener más personal", dijo Samuel, quien había estado escuchando atentamente la conversación y su interés se había despertado con sus palabras.

"Es cierto. Pero nunca comencé esta empresa para ganar dinero. Se trataba más de proporcionar un hogar además de una escuela para las niñas que podrían no tener la seguridad en casa que se merecen", dijo Esther.

"¿Tiene un criterio para quienes desean asistir?" preguntó Samuel.

"No exactamente."

"Sí lo tiene", dijo Lydia con una sonrisa a Esther. "Quería llamarla la escuela para los inamables". Mantuvo su voz baja para que Isabella no escuchara, aunque la niña parecía absorta en cualquier juego en el que estuviera involucrada.

"¡Lydia! Eso no es justo", reprendió Esther.

"No lo es, porque ambas sabemos que es cierto. No aceptas cada solicitud que recibes, y tratas de darles a las niñas admitidas lo que les falta en su vida en casa", respondió Lydia.

Esther se encogió de hombros. "¿Es eso tan malo?"

Samuel dio un bocado a su cordero con menta y observó a Esther con fascinación. A ella no le había gustado que Lydia revelara sus motivos. Parecía que la señora del establecimiento tenía muchas capas. Estaba acostumbrado a estar rodeado de personas que buscaban solo su propia comodidad y placeres. Era inusual encontrar a alguien que claramente tuviera medios para vivir de una manera que la mayoría envidiaría, pero que hubiera elegido una vida más benevolente en su lugar.

Ahí estaba de nuevo. Inusual. La palabra seguía presentándose ante él. Ella era ciertamente eso, reflexionó. Y molesta. No debía olvidarlo tampoco, porque ella era sin duda muy molesta.

*

Esther cuestionó si la acción era sabia: sacar realmente a Isabella con ellos en un paseo a caballo, a lo que, fiel a su estilo, Samuel respondió con desdén.

"Estamos constantemente armados, señorita Hardy", dijo él.

"¿Y lo dice para tranquilizarme?", preguntó ella.

"Lo digo porque es la verdad. Si eso le tranquiliza o no, es irrelevante".

"Tal vez deberías unirte a ellos, Esther", intervino Lydia antes de que su señora explotara, si la expresión en su rostro era indicativa de algo.

Esther se volvió hacia su amiga. "Podría hacerlo".

"Tengo una clase que enseñar, y normalmente no acompaño a Isabella. Tú sí", respondió Lydia.

Estrechando los ojos hacia Lydia, Esther asintió. "Sí, buena idea, y significará que si ustedes dos necesitan reaccionar ante algo, yo podré cuidar de Isabella".

"Si hay necesidad de nuestra intervención, protegeremos a la niña, se lo puedo asegurar", dijo Samuel.

"Pero su compañía será muy bienvenida", intervino Matthew antes de que su amigo recibiera otro regaño.

Esther recogió sus faldas y, tras excusarse, se dirigió a cambiarse por su traje de montar. Lydia la siguió.

Esther hizo una mueca a su amiga cuando cerró la puerta de su habitación. "Soy demasiado sensible y pierdo los estribos. Lo sé. No necesitas señalármelo".

"Entonces algo es algo", sonrió Lydia. Ayudó a Esther, sosteniendo la pesada tela de su traje de montar azul oscuro. Ninguna deseaba que una criada las ayudara, pues escucharía su conversación, así que Lydia actuó como una mientras Esther cambiaba de vestimenta. "Debemos aceptar su presencia".

"Yo lo he hecho", Esther rio ante la mirada incrédula que le dio su amiga. "¡Realmente, lo he hecho! ¡Es ese hombre insoportable! Solo con ver su expresión arrogante, ¡me dan ganas de golpearla de su cara!".

Lydia rio, genuinamente divertida. "No sabía que viviera con una persona tan violenta. Tal vez sería mejor que empezara a llevar mi propia arma para protección".

"Ahora estás siendo ridícula", sonrió Esther. "Si soy honesta, nunca me he sentido tan agraviada con alguien antes. Es bastante extraño, el efecto que tiene sobre mí".

"Especialmente sorprendente cuando una tiene que admitir lo guapo que es, ambos", dijo Lydia.

"No me había dado cuenta".

"¡Pretenciosa! Puedes haber elegido una vida soltera, ¡pero la última vez que miré no estabas hecha de piedra!"

Esther se sentó con un bufido. Arreglándose el cabello en su espejo, miró a Lydia con una mirada fulminante. "Admito que es guapo. Eso no me ayuda a entender cómo hago las cosas más fáciles cuando detesto al hombre".

"¿Es que desafía tus sentimientos de tener el control más que el Capitán Dunn? Porque no parece que lo tengas en tanto desagrado, y uno podría argumentar que el Capitán Dunn podría ser quien perturbe más tu posición de los dos. Los sirvientes podrían empezar a verlo como el hombre de la familia y el jefe del hogar", señaló Lydia.

Con los hombros caídos, Esther asintió. "¿Cuándo pasará la incertidumbre de no sentirme segura en mi posición? ¿En mi vida? Debería estar tranquila a estas alturas. Lo estaba. Hasta que llegaron ellos".

"Es una perturbación temporal. Pronto la vida volverá a la normalidad y te sentirás segura de nuevo. Esto no arruinará lo que has construido en estos últimos años. Eres muy respetada en el pueblo, Esther. Debes saberlo", dijo Lydia.

"Tienes toda la razón. Estoy siendo tonta. Gracias, Lydia. Bajaré en breve, si quieres comprobar que Lizzy ha preparado a Isabella", dijo Esther sobre la criada que ayudaba a los niños a vestirse y desvestirse, enseñándoles tareas como cuidar la ropa, habilidades para usar en la vida posterior, ya que algunas tendrían que ganarse la vida cuando dejaran la escuela.

Al regresar abajo, Esther sonrió a Lydia. "Mientras no estemos, ¿podrías hablar con la cocinera? Creo que deberíamos tener una comida esta noche con todo el personal, para presentar oficialmente a mi hermano ante ellos".

"Por supuesto".

Esther no miró a Samuel ni a Matthew, sin desear darles la oportunidad de comentar, pero siguió caminando hacia la puerta y hacia los establos.

El paseo siempre iba a ser una prueba para Samuel. Tenía poca experiencia con los niños y poca inclinación para remediar eso, pero parecía que Isabella, después de haber pasado la primera parte del viaje siendo la niña muy tímida de la que les habían hablado, salió de su caparazón después de media hora con Matthew.

El hombre naturalmente sociable había bromeado suavemente con Isabella, haciéndola reír una y otra vez, hasta que ella empezó a hablar con él. Samuel tuvo que admirar cómo Matthew podía encantarla, pero no sentía ningún remordimiento en los sentimientos de Samuel; cuanto menos tuviera que interactuar con un niño, mejor.

El paseo a caballo era una oportunidad perfecta para que los dos hombres patrullaran el perímetro del establecimiento sin levantar sospechas ni cejas de los sirvientes, así que se concentró en su tarea, buscando áreas vulnerables.

Cabalgaban como grupo separado: Esther, Matthew e Isabella, con Samuel en la retaguardia. Esther se relajó mientras viajaban por la finca; apenas podía permanecer molesta cuando Matthew estaba siendo encantador y divertido. Incluso estaba sacando a Isabella de su caparazón.

Samuel los seguía detrás, sacudiendo la cabeza ante las historias ridículas de Matthew pero usando el tiempo para evaluar el límite de la finca. Quedó impresionado por el terreno bien

cuidado. Era evidente que Esther dirigía las cosas de manera fluida y eficiente. La migaja de curiosidad aumentó mientras la veía reír. Era hermosa; podía admitir eso fácilmente. ¿Por qué había elegido la vida que había elegido simplemente no tenía sentido? ¿Una mujer que elegía el celibato cuando tenía una fortuna y buena apariencia? Nunca en su experiencia.

Después de una hora, los jinetes habían terminado su excursión e Isabella fue devuelta al cuidado de Lydia.

Matthew la observó mientras era llevada a la habitación en la que Lydia estaba enseñando. "Es una situación inusual tenerla no sentada en un escritorio en las lecciones como los otros niños lo están." Isabella tenía un escritorio cerca del frente del aula, de espaldas a los demás niños y cerca del escritorio grande del maestro.

Esther se quitó el sombrero, colocando un mechón de cabello detrás de la oreja. "Lo es. Estaba terriblemente molesta y retraída cuando llegó a nosotros hace tres años. No sé cuál era su situación al comienzo de su vida, pero no era feliz. Si la hubiéramos obligado a permanecer en el aula todo el día, habría llorado. Puedo decir eso por experiencia, porque lo intentamos inicialmente. En este momento, la tratamos más como si fuera una de nuestras propias hijas que una alumna pagada, pero tengo la esperanza de que algún día será lo suficientemente segura y confiada como para asistir a la escuela como cualquier otra niña".

Ambos hombres habían escuchado con interés, pero solo la mandíbula de Samuel se tensó. "¿No sabe nada de lo que le pasó, o dónde estuvo?"

"No", respondió Esther. "A veces es mejor no saber, y con sus complicadas circunstancias pensé prudente hacer pocas preguntas. Sabía que podríamos ofrecerle atención en la que se sentiría segura con el tiempo. Eso es en lo que nos hemos concentrado principalmente".

Parecía que Samuel diría más, pero después de lo que pareció una lucha interna, simplemente dijo: "Probablemente tenga razón".

Esther rio. "Dios mío. ¿El gran Capitán Jones está de acuerdo conmigo? Permítanme, caballeros, necesito acostarme mientras supero el shock". Matthew sonrió ante la mirada amenazante de Samuel. "Los veré a ambos a las seis. Tendrán ocho mujeres para encantar esta noche".

"¿Tiene siete maestras?", preguntó Samuel.

"No. Tengo ocho. Me temo que es demasiado tarde para encantarme a mí". Esther caminó hacia las escaleras. "Nos vemos a las seis, caballeros".

"¡Seis! ¡Dios mío! ¿Vamos a cenar tan temprano todas las noches?", exclamó Samuel. "Estaré listo para otra comida antes de acostarme, si es que debo comer antes de las ocho del reloj".

"Aquí tenemos horarios campestres, y nos desgastamos trabajando durante el día, señor. No todos tenemos la suerte de tener una vida privilegiada, languideciendo como la sociedad tiende a hacerlo".

"¡Soy un mensajero del Rey!"

"¡Exactamente!"

"Es una pilluela".

La risa de Esther se escuchó hasta arriba de las escaleras.

Capítulo 4

Una mesa llena de maestras solteras nunca iba a resultar atractiva para ninguno de los caballeros como manera de pasar una noche, pero cualquiera que mirase desde fuera habría presumido que solo el Capitán Jones deseaba estar lejos de la comida; el Capitán Dunn era tan encantador como siempre. Samuel estaba sentado al lado de Esther. No estaba seguro de si eso era para molestarlo aún más, o para que ella lo mantuviera vigilado. No habría querido apostar por ninguna de las suposiciones.

Isabella jugaba cerca del fuego con sus muñecas, completamente a gusto en su propia compañía y aparentemente ajena a todo lo que sucedía a su alrededor. Había aceptado la nueva rutina sin cuestionarla. Las otras niñas podrían haber notado y preguntarse sobre el trato preferencial de Isabella, pero como todas eran tratadas bien, nadie se quejaba ni comentaba al respecto.

La expresión severa de Samuel no animaba a la conversación por parte de la maestra que estaba sentada a su lado opuesto a Esther; de hecho, la pobre mujer se aseguraba de tener pocas oportunidades de hablar con el capitán fruncido, dedicando toda su atención a la otra maestra a su lado. Aunque Esther sí hablaba con su vecina, se sentía obligada a dirigirse a Samuel más de lo que había planeado. Era una consecuencia de sus buenos modales y de no haber pensado bien en la disposición de los asientos. Su deseo de salvar a dos de sus empleadas que se sentaban a cada lado de Samuel significaba que ella misma se había sacrificado en el proceso.

Lydia había sido colocada al otro lado de la mesa, y Matthew parecía bastante feliz haciendo reír y ruborizar a sus compañeras a ambos lados de él, aunque al principio había habido algunas miradas cuando había entrado por primera vez en la habitación.

La señorita Callaghan lo miraba mientras hablaba con coquetería. "Estábamos muy decepcionadas de no verlo en uniforme, Capitán. Creo que hablo en nombre de todas mis compañeras cuando digo que todas admiramos a un hombre en uniforme."

"Queríamos poder pasar desapercibidos", dijo Matthew sinceramente. "Eso, y no quisimos poner al resto del pueblo en desventaja."

"Oh, ¡Capitán Dunn! ¡Es incorregible!" El risueño tono juvenil de la señorita Callaghan contradecía su edad madura.

"Su amigo, perdón, mi hermano es muy encantador. Me imagino que la mitad de la escuela estará enamorada de él antes de que termine la noche", dijo Esther a Samuel, sonriendo por la actuación de Matthew y el rubor en las mejillas de su maestra.

"Sí. Siempre ha sido el más sociable de los dos."

"Fingiría sorpresa ante tu revelación, pero me he prometido a mí misma que seré buena esta noche."

"Entonces será una noche especialmente tediosa", respondió Samuel.

"¡Bestia! Estoy tratando de ser amable contigo, y tú lo rechazas. No seré tan complaciente en el futuro."

Samuel dio un sorbo a su vino, con una sonrisa en los labios. "Sé dónde estoy parado cuando estás en un humor tan difícil."

"¡Dios mío! ¡Eres un adulator!"

"Hablo según lo que veo."

"Así es. Dawson, creo que el Capitán Jones necesita más vino, para suavizar sus bordes tan afilados", instruyó Esther al mayordomo, que estaba de pie detrás de ella.

“Como debo quedarme despierto hasta bien entrada la noche, me temo que los bordes afilados tendrán que permanecer.” Sus palabras fueron pronunciadas en voz baja.

“Qué lástima.” Esther se ocupó llenando su plato. “¿Cómo lidiará con la falta de sueño?” preguntó en voz baja.

“Tendremos media noche cada uno. No es un gran problema. Habrá poco que hacer durante el día. Vigilar apenas es agotador. Estoy acostumbrado a trabajos mucho más extenuantes, pero después de sus comentarios anteriores sé que le resultará difícil de creer,” respondió Samuel.

Riendo, Esther tomó un sorbo antes de contestar. “Le doy crédito por esforzarse cuando está en servicio activo.”

“Alabanzas, de verdad. Lo admito, no había tiempo para la pereza en los ejércitos de Wellington.” Samuel había vuelto a su volumen normal de hablar ahora que sus palabras ya no eran delicadas por naturaleza.

Esther lanzó una mirada simpática en dirección a Samuel. “No puedo imaginar lo que ha visto. Diría que me sorprende que parezca tan normal, pero ambos sabemos que mentiría.”

Samuel soltó una carcajada. “¡Es usted una traviesa! Por un momento pensé que iba a decir algo halagador.”

A pesar de su deseo de mantener la cara seria, Esther sonrió. “No me gustaría darle una falsa sensación de seguridad. ¿Por qué ser algo que no soy? No con usted, de todos modos.”

“Está completamente en lo correcto. Probablemente colapsaría por la conmoción si fuera agradable.”

“Y no quisiera causar eso. Estoy segura de que muchos salones de baile lamentarían su pérdida.”

“Docenas.”

Esther soltó un resoplido, pero trató de cubrirlo levantando su servilleta hasta sus labios.

Sacudiendo la cabeza, Samuel sonrió. “Nunca ha frecuentado los salones de baile que yo he frecuentado. Lo recordaría si lo hubiera hecho.”

Algo en el estómago de Esther se desenredó ligeramente ante sus palabras, pero ella le sonrió con altanería. “¿Nunca lo han regañado en un salón de baile, entonces?”

“Nadie se ha atrevido a hacerlo.”

“¡Qué criaturas tan lamentables debe frecuentar, Capitán Jones! Todos fingiendo que es un modelo a seguir y no siendo honestos con usted.”

Samuel la miró, claramente divertido. “Y por qué, nuestro propio modelo de virtud, ¿no ha tenido su temporada en Londres? ¿O fue cuando yo la mantenía a salvo de Napoleón?”

“¿Usted solo?”

“Por supuesto.”

“Me pregunto qué diría el Capitán Dunn al respecto.”

“Oh, tendría que estar de acuerdo, por supuesto. Napoleón me miró una vez y supo que la guerra estaba perdida.”

“Me pregunto por qué fue eso. ¿Sus rasgos solamente, o le vio montando un caballo y se cayó del suyo de risa?”

Él levantó las cejas. “Y ¿qué, le pido, está mal con mi postura?”

“Supongo que está bien para cabalgar a todo galope por el campo, pero en cuanto a elegancia...”

“Le haré saber que soy considerado un jinete de primera.” Sus palabras, una vez más, le molestaron. Sabía que estaba siendo burlado, pero por alguna razón le estaba afectando.

Normalmente era él quien hacía las bromas. ¿Significaba eso que no podía soportar las bromas de la misma manera que las daba? No lo había pensado antes, y era una consideración sobria. Ella ciertamente estaba a la altura para dar un comentario mordaz, al igual que él, solo que ella se reía cuando él la insultaba, después de la primera vez. ¿Por qué todavía le dolían algunas de sus palabras? ¿Era que quería que pensara bien de él? Ridículo si ese fuera el caso, porque nunca había codiciado la buena opinión de nadie.

“Estoy segura de que la vista de usted en uniforme pacificaría a estas damas que se desmayan por usted en los salones de baile, como ya ha mencionado.” Esther se estaba divirtiendo. Podía ver claramente que lo había incomodado, y no tenía mucha simpatía por él. Pero su victoria sería efímera.

“Hablando de salones de baile, ¿cuándo fue su temporada?”

Esther tomó un bocado de sus papas asadas con hierbas. Estaba ganando tiempo. Siempre era lo mismo al conocer gente nueva: ¿cuánto decirles? Tenía la historia bien practicada, pero con Samuel, tenía la sensación de que no se dejaría engañar tan fácilmente.

“Como suele suceder, hubo una ruptura familiar antes de que yo naciera. Mi madre murió cuando yo tenía catorce años, y le informaron a mi tío lo que había pasado. Para entonces, él era mi único pariente vivo. Obviamente, no sabía nada de mi hermano en ese momento,” dijo con una sonrisa rápida, recordando en el último momento mantener esa parte de la historia.

“Tiene suerte de haberlo encontrado,” dijo Samuel, sabiendo muy bien que sus palabras podían ser escuchadas por varios sentados alrededor de la mesa.

“La tengo. Es una sensación extraña cuando pensabas que eras la única persona en tu familia que quedaba. ¿Tiene hermanos y hermanas?”

“Sí,” dijo Samuel. “Soy el hijo menor. El más joven de cinco, en realidad.”

“¡Oh, tener tantos hermanos! Debió haber sido una casa bulliciosa mientras crecía.” Esther se sintió aliviada de que la conversación se alejara de ella misma. No le gustaba mentir, así que cuantas más preguntas pudiera desviar o redirigir, mejor.

“Fui criado por parientes, así que no tengo idea.” Samuel podría haberse maldecido a sí mismo. Nunca había admitido nada de su crianza a nadie antes. Normalmente, decir que uno era el hijo menor era suficiente para satisfacer la curiosidad de la persona que preguntaba. La gente hacía sus propias suposiciones cuando se les daba la información más breve, pero por alguna razón había revelado más de su historia de lo que normalmente habría hecho.

“Qué pena. Aunque mientras haya amor, nada más importa, ¿verdad? Los niños pueden enfrentar todo tipo de dificultades y situaciones extrañas si están seguros de su valor y son cuidados.”

Samuel sabía que había significado detrás de las palabras. Podía verlo en sus ojos. Ella no había tenido una infancia segura. Parecía haber mucho más en la señorita Hardy de lo que había imaginado al principio. Eso no era sorprendente; había habido preguntas desde que llegó a la puerta y vio el tamaño de las instalaciones. Lo que sorprendió a Samuel fue el hecho de que estaba interesado y quería saber más. Y más aún que realmente sentía lástima por la niña que había sido. Esperaba más allá de toda esperanza que hubiera sido feliz cuando niña a pesar de su complicada historia.

Estaba preocupado por otro ser vivo. Esa era la mayor sorpresa de todas.

Cuando las damas se levantaron para retirarse, Isabella susurró a Esther que estaba soñolienta. Esther y Samuel salieron del comedor, con Lydia liderando a las damas hacia el salón. Matthew estaba solo con su oporto, pero Samuel estaría de guardia para la primera vigilancia, por lo que no podía disfrutar de la tradición después de la cena.

Esther entregó a Isabella a su doncella para que la preparara para la cama. Dejó la puerta abierta entre la sala de estar y el vestidor que se había convertido en la habitación de Isabella.

“Mi doncella sabe que debe dejar la puerta abierta. La puerta de mi habitación está cerrada con llave y solo Dawson y yo tenemos una llave, así que no habrá oportunidad para que alguien se acerque a Isabella desde esa dirección,” explicó Esther a Samuel al unirse a él en la pequeña sala cuadrada. Era una habitación que había usado como su propio espacio privado hasta recibir la noticia sobre sus invitados. Extraño tener a un hombre alto y apuesto llenando el espacio y sus pensamientos, si era honesta consigo misma. Él estaba resultando ser una mezcla curiosa de atractivo, intrigante y frustrante.

“Gracias. Leeré hasta que Dunn me reemplace, pero un grito o un ruido extraño me hará correr.” Samuel se sentó en el sofá que había sido colocado junto al fuego, de cara a la puerta abierta hacia el gran vestidor.

“Si necesita algo, Dawson será quien atienda esta habitación. No quería que empezaran chismes sobre por qué usted y el Capitán Dunn pasarían tiempo aquí.”

“¿Sería una sorpresa para la gente descubrir que comparte sus habitaciones personales con su hermano?”

“No como tal, pero usted no es mi hermano y es de noche. Cuanto menos chismorreo genere, más feliz soy.” Esther se movió hacia la puerta.

“Tendré eso en cuenta.”

“Excelente. Le deseo buenas noches, señor.”

*

Cuando Esther regresó al salón, notó que Matthew se había unido a las damas. Le hizo una leve inclinación al entrar. Él reconoció el gesto con una sonrisa.

Sirviéndose una taza de té, Esther se acercó a Lydia. “Me siento bastante inquieta, lo cual es extraño y un poco sorprendente. Hemos cambiado cosas para proteger a Isabella, y con los capitanes aquí debería sentirme más relajada, pero de alguna manera lo hace parecer un poco más real,” dijo en voz baja.

“Así es,” coincidió Lydia. “Aunque el Capitán Dunn no parece estar muy preocupado.”

Matthew tenía una audiencia cautiva entre las maestras, quienes lo rodeaban, escuchando atentamente sus relatos de batalla y vida en la carretera. Estaban fascinadas y lo bombardeaban con preguntas.

“Creo que tendré que rescatar al Capitán Dunn antes de que esté completamente abrumado,” dijo Esther. Hábilmente pidió a una de las maestras que llamara para más té, a otra que tocara el piano y animó a otras dos a iniciar una conversación con ella, todo sin causar malestar por apartarlas de su embeleso ante un hombre apuesto.

Lydia sonrió detrás de su taza de té, una acción que Matthew notó. Cuando pudo zafarse de las damas que aún estaban cerca de él, se acercó a Lydia.

“¿Qué he dicho que le divierte, Señorita Bolton?”

“Oh, nada, se lo aseguro,” respondió Lydia. “Estoy sonriendo por el hecho de que mi amiga puede lograr su objetivo sin causar ofensa ni malestar.”

“¿Y cuál fue su objetivo esta noche?”

“Rescatarlo de su grupo de admiradoras.” Lydia asintió ligeramente en dirección a las maestras que aún echaban ocasionales miradas hacia Matthew.

“Bah. Apenas admiradoras, Señorita Bolton.”

Lydia miró a Matthew con dureza. Parecía encantador y amigable, completamente opuesto a

Samuel, quien claramente no quería estar en ese lugar y lo demostraba. Ella se había sentido atraída por el hombre más tranquilo, pero más atractivo; no podía creer que se hubiera dejado engañar por su comportamiento jovial. “¿No considera que una sala llena de maestras sea lo suficientemente digna para admirar a un oficial de caballería?” Su tono era frío.

Sorprendido por el frío emanando de la usualmente cálida Señorita Bolton, Matthew respondió rápidamente. “¿Qué? ¡No! ¡En absoluto! Usted me malinterpretó. Me refería a mí mismo.”

“Entonces ha logrado confundirme, señor. Porque no tengo idea de lo que quiere decir.”

“Dijo admiradoras. ¿Cómo puede alguien admirar esta cara?” Matthew no necesitaba señalar a qué se refería; era evidente desde el momento en que uno lo miraba.

“¿Cómo podría alguien no compadecerse de lo que ha pasado?” preguntó Lydia incrédula.

“Se sorprendería de cómo se recibe ahora la vista de mi rostro,” dijo Matthew. “Usualmente me encuentro con jadeos de sorpresa y horror – incluso aquí, fui recibido con miradas iniciales de horror por parte de las maestras que han estado coqueteando conmigo esta noche. Resulta que soy mejor que nada, pero si hubiera otro hombre en nuestra compañía, créame, me habrían abandonado.”

“¡No por mí!”

“No.” Matthew entrecerró los ojos. “Usted se compadeció, lo cual es casi igual de malo.”

“¿Y cómo llega a esa conclusión? Dije que simpatizo. Eso está a un mundo de distancia de la compasión, se lo aseguro.”

“Vi las lágrimas en sus ojos cuando nos presentaron. Admito que no fue una mirada de disgusto, pero ¿qué fue si no compasión?”

“Ah. Eso no tenía nada que ver con usted.” Lydia estaba en tumulto. Si admitía su razón, estaría abriendo viejas heridas, pero no podía dejar que él pensara que lo compadecía. “Si quiere acompañarme junto a la ventana, me explicaré.”

Los dos se movieron a un sofá un poco alejado del grupo y se sentaron. “No deseo incomodarla,” dijo Matthew. Estaba claro que ella no estaba ansiosa por hablar, ya que tomó unos sorbos de lo que quedaba de su té antes de hablar.

“Necesito explicarme, porque no es justo que sea recibido con nada más que un saludo civil,” dijo Lydia. “Cuando tenía dieciocho años, estaba comprometida con un chico de Sidmouth. Nací en el pueblo y crecí aquí. No vengo de una familia rica, así que nunca iba a tener una temporada en Londres.”

Matthew tuvo una sensación de hundimiento en el estómago; esta no iba a ser una historia con un final feliz. Podría haberse maldecido por su desafío. Tan acostumbrado a estar envuelto en sus propias heridas, no había considerado que aquellos a su alrededor también podrían estar sufriendo.

“Mi prometido – Luke – era de una buena familia y quería unirse al ejército. Tenía grandes esperanzas de hacer su fortuna siendo promovido. Era un fusilero. Yo estaba – estoy – inmensamente orgullosa de él.”

“¿Dónde sirvió?”

“En la Península,” respondió Lydia. “Hasta Badajoz en 1812.”

“Ah.” Poco más podía decir Matthew. El asedio de Badajoz había sido sangriento y, aunque una victoria, había costado muchas vidas. Fue una de las peores batallas que las tropas habían experimentado.

“Sí. Luke fue asesinado. Un oficial compañero escribió después a los padres de Luke, explicando que había sido asesinado al entrar en las murallas. No estoy segura si saber eso ha hecho que el recuerdo de su muerte sea mejor o peor. Han pasado cuatro años. Lo extraño y la vida que

podríamos haber tenido, deberíamos haber tenido, pero sé que no estoy sola. Cuando lo vi, me recordó a Luke, y me temo que me tomó un poco por sorpresa. Lamento haberlo ofendido.”

“Debería estar disculpándome por estar tan absorto en mi propia importancia como para saltar inmediatamente a la conclusión de que su reacción tenía que ver conmigo,” dijo Matthew. Se sentía avergonzado. Nunca habiendo considerado la arrogancia como una de sus debilidades, estaba reevaluando rápidamente esa parte de su carácter. “¿Es esa la razón por la que se convirtió en maestra?”

“Sí. Soy una mujer con poca dote, y para ser honesta, después de perder a Luke, no creo que pudiera enfrentarme a casarme con alguien más,” admitió Lydia en voz alta por primera vez. “Ya era amiga de Esther, y cuando decidió abrir la escuela, parecía una forma perfecta de proveer para mí misma y cuidar a los niños que necesitaban nuestro cuidado.”

Matthew tenía una sensación casi abrumadora de tristeza ante sus palabras. Era una mujer hermosa y, debido a una guerra en otro país, había perdido su futuro. Probablemente era la primera vez que había pensado en el efecto dominó de la pérdida de vidas de los hombres. Por supuesto, sus familias se veían afectadas, pero ¿cuántas esposas o amadas habían perdido su futuro también? Era un pensamiento sobrio.

“Me avergüenza admitir que parte de mí está tan orgullosa de él, y la otra parte de mí quiere maldecirlo por dejarme atrás. Puede condenarme por eso, Capitán Dunn, pero por favor no me reprenda por compadecerle.”

“No la critico por nada. Es admirable, y solo lamento su pérdida.”

“Eso ya es pasado,” dijo Lydia. “Aún lo extraño, pero se está convirtiendo en un recuerdo distante. Viendo nuestro tiempo juntos como algo para recordar con cariño. Sé una cosa: mi corazón está enterrado en algún lugar cerca de Badajoz.”

Por primera vez en su vida, Matthew podría haber llorado ante el sufrimiento y la pérdida de otra persona.

Capítulo 5

Los días siguientes se convirtieron en una rutina. Isabella era llevada a dar un paseo por la mañana con Matthew y Samuel, acompañados por Esther. Luego, Matthew llevaba a Isabella, generalmente parloteando con él, hasta Lydia. Una vez que Isabella estaba sentada al frente del aula, cerca del escritorio del maestro, él se instalaba en su estudio para escuchar y observar la clase de Lydia.

Desde su charla en la segunda noche, Lydia y Matthew se habían vuelto más cercanos. Se buscaban mutuamente siempre que era posible, y Matthew se sentaba de manera que pudiera ver a Lydia enseñar.

Al principio, ella había estado muy tímida, sabiendo que tenía una audiencia, pero su confianza natural hizo que pronto volviera a ser ella misma y apenas notara su presencia. A veces, cuando los niños estaban concentrados en una tarea, ella caminaba hacia la puerta y cambiaba unas pocas palabras con él. Palabras susurradas, que se volvían cada vez más provocativas.

Matthew amaba observarla. Desde el momento en que se conocieron, la había encontrado bonita, pero cuanto más la conocía, más quería saber sobre ella. Era cariñosa, pero firme cuando era necesario con los niños. Reía con ellos, y ellos respondían con tanto afecto y deseo de complacerla. Obviamente, tenía un talento natural para hacer que las personas cayeran bajo su hechizo, porque él ciertamente estaba embelesado.

El pensamiento debería haber hecho que Matthew se sintiera eufórico. Había encontrado a una mujer amorosa, considerada y hermosa. Una lástima que ella aún estuviera enamorada de otra persona.

No sabiendo cómo competir con el recuerdo de un amor muerto, Matthew trataba de encantarla tanto como podía a su manera.

Se habría tranquilizado al saber que Lydia había comenzado a pensar en él como el mejor de los hombres. Sus pensamientos a menudo estaban llenos de lo que él había dicho, cómo había mirado o reído. Era preocupante, porque sabía que él regresaría a Londres cuando la amenaza para Isabella hubiera pasado, y nunca volvería a verlo. Pero por más que lo intentara, no podía dejar de soñar con esos ojos azules risueños. Era la primera vez desde la muerte de Luke que pensaba en alguien más. Una lástima que no pudiera llegar a nada

*

Diariamente, Samuel se ocupaba de los caballos y luego deambulaba por el edificio. Era el momento perfecto para escuchar ociosamente los chismes de los mozos de cuadra; si sucedía algo inusual, ellos lo comentarían. Pasaba la mayor parte de sus días afuera, moviéndose de un lugar a otro, hablando ocasionalmente con los jardineros, interrogándolos de una manera que no levantaba sospechas pero que le daba una idea de quién visitaba y trabajaba en el área. Necesitaba estar alerta ante cualquier cambio, por pequeño que fuera.

Evitaba a las niñas en general, y aun cuando estaba al aire libre, una o dos podrían mirarlo si estaba cerca, pero ninguna se acercaba a él. Con Matthew la situación era completamente diferente; rápidamente se había convertido en el favorito de las niñas y el personal.

Un forastero podría pensar que Samuel estaba completamente relajado, pero Esther podía ver que estaba extremadamente observador, atento a cada acontecimiento.

Una tarde, dos semanas después de su llegada, ella se unió a él en la terraza, que daba a la parte más grande del área de césped. Un matorral comenzaba donde terminaba el césped, que conducía al muro perimetral. Él había explorado esa área regularmente, pero a menudo elegía situarse aquí, sabiendo que la presencia del personal protegía la entrada principal del edificio.

Esther dobló la esquina, llevando dos copas y una garrafa de vino. Sonrió mientras se acercaba. "He estado haciendo mis cuentas y necesito un descanso. ¿Le gustaría acompañarme con una bebida fortificante?"

"Sería descortés no hacerlo."

Ella sirvió dos medidas y, después de pasarle una copa a Samuel, tomó un sorbo del aterciopelado vino tinto. Suspiró mientras miraba la escena pacífica.

"¿Sus cuentas están en un estado tan terrible que se ve reducida a beber antes del almuerzo y suspirar en la distancia al pensar en volver a ellas?"

Esther sonrió. "No. Para nada. Soy muy eficiente en mi contabilidad, pero aun así no es una tarea agradable. Mantengo la escuela y la tierra separadas en mis finanzas, por lo que, aunque es más informativo, es más trabajo."

"¿Tiene un administrador?" Samuel no pudo evitar sentir curiosidad por ella o su forma de vivir. "Sí. Es el mismo que trabajaba para mi tío. Es muy eficiente y fue paciente conmigo al principio, porque no sabía nada sobre manejar una casa y una finca, y mucho menos una escuela."

"Sin embargo, no tiene ama de llaves, lo que le ahorraría algo de tiempo y la aliviaría de algunas de sus tareas."

Esther le sonrió. "Veo que nada se le escapa, Capitán Jones."

"Me pagan por notar todo."

El encogimiento de hombros que acompañó sus palabras irritó un poco a Esther. A veces se sentía inexplicablemente atraída por él, y luego él actuaba como un arrogante y ella quería sacudirle esa despreocupación autocomplaciente. "Tengo a Dawson y a la Cocinera. Entre los tres nos manejamos. No soy una completa derrochadora cuando se trata de mi herencia," respondió, refiriéndose a su comentario al comienzo de su estadía, sobre que duplicaba sus gastos al contratar maestros y niñeras.

"No me atrevería a presumir nada de ese tipo."

"Oh, no sería el primero ni el último en sugerir tal cosa. Me doy cuenta de que mis decisiones son vistas como un poco excéntricas por algunos de los habitantes del pueblo aquí. No soy ingenua al pensar que el personal no habla y chisme; es la forma del mundo. Afortunadamente, puedo hacer lo que me plazca dentro de lo razonable. Mi respetabilidad es extremadamente importante para mí, por supuesto, y ha sido difícil de ganar."

Samuel miró a Esther con el ceño fruncido. Era una cosa extraña de decir. "Su posición como heredera de todo esto garantizaría su estatus en la comunidad. Me sorprende que insinúe que no fue fácil de conseguir."

"No todos estamos tan seguros de nuestro lugar en el mundo como parece estarlo usted, Capitán Jones."

"Sus palabras sugerirían que está desperdiciando esfuerzo en algo que no importa, porque como he dicho, todo esto genera respeto."

Ahí estaba otra vez. La arrogancia que burbujeaba a la superficie. ¿Qué sabía él sobre la lucha, la incertidumbre? ¡Nada! Estaba tan seguro de su educación y su herencia como cualquier otra persona aristocrática. Le irritaba los nervios, pero tenía que vivir según las reglas, porque quería olvidar el pasado y enfocarse en quién era ahora.

"¿Está empezando a pensar que se ha hecho mucho ruido por nada?" preguntó, cambiando el

tema a uno más seguro.

"No interpretaré su pregunta como una señal de que ya se está cansando de nuestra compañía," respondió Samuel. "No creo que nos hubieran enviado si la amenaza no se percibiera como seria."

"Supongo que no. Simplemente parece tan improbable que seremos atacados."

"El secuestro no es tan poco común," dijo Samuel. "La esposa de mi mejor amigo fue secuestrada recientemente, antes de casarse," dijo refiriéndose a la entonces señorita King, quien había sido tomada con el fin de tratar de forzar un matrimonio.

"Oh, ¡qué horrible!"

"Sí. Las herederas a veces son objetivos fáciles. En el caso de Isabella, parece que la amenaza tiene un matiz más siniestro."

Esther dejó su copa y se frotó los brazos como si se calentara. "No puedo entender que alguien desee hacerle daño a una niña."

"Probablemente tampoco quieren hacerle daño, pero creo que el riesgo que están tomando para lograr lo que sea que pretenden recae solo en Isabella. O se están engañando si creen lo contrario, o simplemente no les importa."

"Sí."

"Y por eso nos necesitan aquí."

*

Matthew escuchó un ruido desde el pasillo. Prestó atención pero no reaccionó, aparte de acercarse más a la puerta que separaba su improvisado estudio del aula. Sus ojos se encontraron con los de Lydia al otro lado del aula, y frunció ligeramente el ceño. Ella reconoció su mensaje silencioso pero siguió enseñando como si no hubiera escuchado nada. Algunos niños miraron la puerta cerrada del aula, evidentemente escuchando el ruido y preguntándose qué era, pero Lydia atrajo de nuevo su atención hacia ella.

A medida que el sonido aumentaba y hubo un ruido de cristales rotos, Matthew decidió que necesitaba investigar. Se acercó a la puerta, la abrió y caminó por el pequeño pasillo que llevaba al amplio pasillo cuadrado abierto. Dawson estaba en el pasillo, sosteniendo a un joven que se retorció, forcejeando contra su captor y protestando ruidosamente.

"¡Déjeme en paz!" gritaba el chico una y otra vez.

"No te dejaré, buen para nada bribón", gruñó el mayordomo generalmente calmado. "¿Cómo te atreves a intentar entrar en esta casa y robar a la señorita Hardy? Tengo la mente bien dispuesta para llamar al magistrado".

"¡No! ¡Fue una broma! ¡Nada más, señor!"

"¿Cuál parece ser el problema?" preguntó Matthew.

"Este chico entró corriendo e intentó robar un jarrón. Cuando lo atrapé, lo tiró deliberadamente al suelo", respondió Dawson.

"¡No lo hice! ¡Se me resbaló!" El rubor en las mejillas del chico sugería que Dawson decía la verdad.

"¿Y el jarrón era valioso? ¿Suficiente para hacer que lo ahorcaran o lo deportaran?"

"¡No, por favor, señor! Fue solo una broma. ¡Me dijeron que lo hiciera! ¡Honestamente, señor, no fui yo!"

"¡Por supuesto que fuiste tú! Lo vi con mis propios ojos", sacudió Dawson al niño.

Matthew cruzó la distancia entre él y Dawson. Arrebató al niño del agarre del mayordomo. "¿De qué estás hablando? Y más te vale decirme la verdad. No quiero oír historias falsas de Banbury

de ti, muchacho, o no te sentarás en una semana antes de que te lleven a Newgate". El chico estalló en sollozos y comenzó a implorar misericordia. Matthew entendió completamente por qué Dawson lo había sacudido, él quería hacer lo mismo, pero algo de lo que había dicho había hecho que las alarmas sonaran dentro de la cabeza de Matthew. "¡Deja de lloriquear y habla, chico!"

"Un hombre me pidió que entrara aquí y robara algo. Dijo que si me atrapaban, debía romper lo que hubiera tomado", sollozó el chico ante Matthew.

"¿Y luego qué tenías que hacer?"

"Nada, señor. Honestamente".

"¿Y te pagaron por esto?"

"Sí, señor." El chico tuvo la gracia de parecer avergonzado. "Unas diez libras, señor".

Matthew miró a Dawson. "Llévalo y mantenlo en algún lugar donde no pueda escapar. Necesitaré interrogarlo más, pero primero debo dar la alarma".

"Sí, Capitán", dijo Dawson, tomando al chico por el cuello y arrastrándolo hacia la puerta de fieltro verde. Mientras caminaba, el normalmente tranquilo Dawson gritó, "¡Frost!"

Un criado pareció aparecer de la nada, su rostro estaba en shock por haber sido llamado de esa manera. Había trabajado en la casa durante los últimos diez años y nunca había visto al mayordomo levantar la voz. Ni una sola vez. "¿Sí, Sr. Dawson?"

"Guarda esa puerta con tu vida, Frost. Nadie, y quiero decir nadie, entra o sale a menos que sea el Capitán Jones o el Capitán Dunn. ¿Está claro?"

"Perfectamente, Sr. Dawson". El criado se posicionó en la puerta abierta, mirando hacia fuera con un poco de temor, medio esperando ver un ejército de personas dirigiéndose hacia la casa. Sus hombros se relajaron con alivio cuando vio que el camino estaba tan claro y tranquilo como siempre.

Matthew volvió la mirada al pasillo donde se encontraban el aula y su oficina y se sorprendió al ver que la última de las niñas salía en parejas, tomadas de la mano de la manera en que siempre caminaban del aula a otros lugares, todos charlando en voz alta. Se dirigían hacia su comedor.

Esperó hasta que Lydia llegó a la puerta y levantó las cejas en señal de pregunta.

"Lizzy vino a decir que Esther había pedido que las niñas fueran llevadas al almuerzo temprano por lo que estaba sucediendo. ¿Qué estaba pasando?" dijo Lydia.

"Algo sospechoso, si me lo pregunta. ¿Dónde está Isabella?" Matthew demandó, notando que la niña no estaba al lado de Lydia como solía estar.

"Lizzy la estaba llevando al estudio de Esther."

"Creo que sería mejor que comprobáramos." Matthew caminó hacia el final del pasillo donde estaba el estudio de Esther. Lydia lo siguió en silencio. Golpeando, pero sin esperar respuesta, Matthew abrió la puerta. El estudio estaba vacío, pero la ventana estaba abierta, con la cortina moviéndose suavemente con la brisa. "¡Maldición!"

"¡Oh, Dios mío! ¡No!" exclamó Lydia, corriendo hacia la ventana.

Matthew la siguió y tocó su brazo. "Iré a buscar por ese lado. Usted busque a Miss Hardy. Rápido."

Pálida pero asintiendo, Lydia corrió por la puerta hacia la casa. Revisó cada habitación hasta que vio a Esther a través de la ventana abierta del salón de la mañana. Casi rompiéndose al atravesar la apertura, corrió hacia Samuel y Esther, que todavía estaban disfrutando de su momento de tranquilidad.

Esther y Samuel ambos se pusieron de pie al escuchar el enfoque apresurado de Lydia.

"¿Qué ha pasado?" exigió Samuel.

"Lizzy entró y pidió a Isabella. Hubo un alboroto en la puerta principal. El Capitán Dunn fue a investigar. Lizzy dijo que querías que los niños fueran al almuerzo temprano y que ella llevara a Isabella a su estudio, pero ella no está en su estudio. Lo siento mucho, Esther. Nunca pensé que estaría en riesgo por Lizzy".

"Maldición. Necesitamos encontrar a la criada", murmuró Samuel antes de correr de regreso hacia la casa. Contorneó por el exterior, sin saber que Esther y Lydia estaban pisándole los talones.

"Capitán Jones, ¡vaya a los establos!" dijo Esther.

Samuel se giró, pero mantuvo su impulso. "¿Tiene alguna idea?"

"Solo un presentimiento", dijo Esther sombríamente.

Apresurándose alrededor de la casa, no pudo evitar levantar sus faldas para mantener su ritmo. Todo parecía demasiado fácil, mantener a Isabella a salvo, y aunque estaba convencida de que habría una explicación razonable, un nudo de preocupación mantuvo su corazón palpitando de miedo.

La mente de Samuel corría. Ella solo llevaba unos momentos fuera; podrían encontrarla. No sería demasiado tarde. Podría maldecir que Lydia hubiera aceptado lo que la criada había dicho.

Los tres se volvieron al patio de los establos y se detuvieron. La criada estaba de pie, con las manos en las caderas, regañando a un joven mozo de cuadra. Isabella estaba parada detrás de Lizzy, pero la criada tenía el brazo de la niña agarrado con fuerza.

"¡Lizzy! ¿Qué diablos haces aquí?" la voz de Esther resonó por todo el patio de los establos y silenció a la joven discutidora.

Un rostro pálido por el miedo se volvió hacia ellos. En el momento en que vio quién se acercaba, pues su pausa de sorpresa había durado apenas un momento antes de que comenzaran a avanzar hacia la chica, soltó a Isabella y comenzó a retroceder del grupo.

Haciendo un esfuerzo por la libertad, Samuel la agarró fácilmente por su capucha y brazo y mantuvo un firme control sobre la joven llorosa y retorciéndose. Ella apenas tenía dieciséis años y era delgada; no era rival para la fuerza de Samuel.

Esther envolvió a Isabella en sus brazos antes de entregársela a Lydia. "Llévela de vuelta a la casa", dijo Esther. "Necesitaré llegar al fondo de esto".

"Necesito hablar contigo", dijo Lydia en voz baja. "No puedo comenzar a disculparme".

"Más tarde", dijo Esther, poniendo una mano tranquilizadora en el brazo de Lydia.

Lydia asintió y, tomando la mano de Isabella, comenzó a regresar a la casa. Cruzándose con Matthew en una zona de césped, se detuvo un momento. "Lizzy estaba tratando de montar a caballo".

"Maldición. Te acompañaré de regreso. No quiero más sorpresas".

"He sido estúpida", dijo Lydia mientras caminaban. "Nunca debí haber dejado que Lizzy se la llevara".

"¿Actúa ella normalmente como intermediaria?"

"Sí. A menudo", dijo Lydia.

"Entonces alguien sabía exactamente a quién dirigirse para que la acción no pareciera sospechosa", razonó Matthew.

"Solo una persona viviendo con nosotros sabría nuestras rutinas".

"Sí".

"Toda esta situación acaba de empeorar".

"Ciertamente lo ha hecho", dijo Matthew, normalmente reconfortante.

Capítulo 6

“Esther caminaba al lado de Samuel, quien sostenía firmemente a la criada. Lizzy lloraba a gritos, y aunque Esther no creía que la niña fuera capaz de escapar, permaneció en silencio. Había momentos en los que discutir con Samuel era inapropiado, y este era ciertamente uno de ellos.

"Iremos a mi estudio," dijo en voz baja al entrar en la casa. Abriendo camino, asintiendo en reconocimiento al lacayo que aún estaba de servicio en la puerta, Esther caminó hacia la puerta abierta de su sala privada. Jadeando, se detuvo en el umbral de la habitación.

"¿Qué pasa?" exclamó Samuel, sin poder ver dentro de la habitación.

Esther se volvió para mirarlo. "Mi escritorio."

"Tú quédate ahí, o te golpearé yo mismo. ¿Entiendes?" dijo Samuel a Lizzy. La niña asintió. Estaba demasiado asustada para hacer algo, su amenaza hizo que sus piernas temblaran aún más.

Con sus manos a ambos lados de los hombros de Esther, él la movió fuera del camino. Ella parecía clavada en el lugar, todo el color se había drenado de sus mejillas. En el momento en que miró dentro de la habitación, entendió por qué.

En el centro del escritorio, clavado en el cuero verde de la superficie, había un puñal muy grande.

Samuel se dirigió a la ventana, que aún estaba abierta, y miró afuera. No esperaba ver a nadie, pero aun así cerró las ventanas de golpe con frustración al ver que la vista exterior estaba desprovista de cualquier movimiento, ya sea de sirvientes o de otro tipo.

Volviéndose hacia Esther, vislumbró a Lizzy asomándose alrededor del marco de la puerta. "¿Es esto obra tuya?" exigió.

"No, señor. ¡Honestamente, señor! ¡Yo no asustaría a la señorita Hardy!"

"Ese es un punto que está abierto a discusión después de lo que has hecho, pero dejaremos eso por ahora. ¿Sabes quién lo hizo?"

"No, señor. En mi honor, no lo sé."

"¡No hay ni una pizca de honor en tu cuerpo! Tu comportamiento esta mañana me haría dudar de cada palabra que sale de tu boca, pero tienes suerte de que no creo que seas tú." Tiró del cordón de la campana y esperó.

Esther entró en la habitación con Lizzy casi colgada de sus faldas. La niña podría haber hecho algo mal, pero ella esperaba que su ama le ofreciera algún tipo de protección contra el feroz gigante que la miraba desde junto a la chimenea.

Dawson llegó en cuestión de momentos y entró en la habitación, luciendo más alterado de lo que Esther jamás lo había visto. "Señorita Hardy, tengo al pilluelo encerrado en la lavandería— Dios mío, ¿qué es eso?" Sus ojos se posaron en el puñal sobresaliente.

"¿Ha interrogado al muchacho?" preguntó Samuel, ignorando la pregunta de Dawson.

"Todavía no, Capitán. Pensé que usted y el Capitán Dunn querrían hacerlo."

"Ponga al Capitán Dunn en la tarea. Yo me quedaré aquí mientras llegamos al fondo de por qué esta pensó que era una buena idea intentar secuestrar a una niña." Samuel fulminó con la mirada a Lizzy, quien se encogió sobre sí misma. "Dunn y yo interrogaremos a todos los sirvientes sobre esto," dijo, señalando el puñal. "Alguien debe haber visto algo."

Dawson asintió y salió de la habitación para encontrar a Matthew. Samuel cerró la puerta

y miró a Esther. "¿Puedo hacer las primeras preguntas?" Sabía que podía exigir estar a cargo, pero por una de las pocas veces en su vida estaba respondiendo a las necesidades de otro. Ella estaba conmocionada y molesta, lo podía ver, pero había trabajo por hacer. Esperaba que, al empezar él, ella pudiera recobrarse.

"Por supuesto," dijo Esther, comenzando a moverse hacia el escritorio, pero vacilando.

Samuel sacó el puñal del cuero. El corte sería un recordatorio de lo que había sucedido hoy, pero no podía hacer nada al respecto en ese momento. Volviéndose hacia Lizzy, señaló la silla en el lado opuesto del escritorio al de Esther. "Siéntate."

Temblando, Lizzy obedeció.

"Por tu propio bien, sugiero que empieces por contarnos todo lo que ha pasado. Quiero la verdad completa, porque si no la obtengo, serás entregada al magistrado con un cargo de secuestro, y la pena no es el transporte."

Lizzy rompió en nuevos sollozos, y Esther se inclinó hacia adelante desde donde estaba sentada, frotándose las manos por la frente. "Por favor, Lizzy, cállate. No hagas esto más difícil de lo necesario," apeló a la niña, tratando al mismo tiempo de aliviar el dolor de cabeza que le latía en la sien.

Samuel se movió hacia una mesa lateral y sirvió una gran medida de brandy. Regresando al lado del escritorio donde había estado parado, le entregó el vaso a Esther. "Beba esto," dijo, su tono suave.

"Gracias." Esther tomó un sorbo.

"Ahora, Lizzy. Cuéntame todo. Preferiblemente sin el llanto."

Lizzy tartamudeó su triste historia. "Estaba caminando de regreso de mi medio día libre el mes pasado, y un muchacho comenzó a caminar junto a mí."

"¿Quién era él?"

"No lo sé, señor. No es de Sidmouth. Nunca lo había visto antes. Comenzó a preguntar sobre dónde trabajaba y qué hacía, y le conté todo sobre la señorita Hardy y su escuela. Estaba impresionado conmigo y dijo que probablemente sería maestra algún día."

Samuel se contuvo de poner los ojos en blanco. La chica era joven e ingenua; no era de extrañar que fuera escogida como un blanco fácil. "Sigue."

"Me pidió si podía acompañarme de regreso, y luego cuando llegamos a la entrada de los sirvientes quiso que le mostrara dónde trabajaba."

"¿Y lo hiciste?" Samuel casi explotó.

"¡No! Bueno, no esa vez." Lizzy parecía aterrada, sus ojos apelando a Esther.

"Continúa, Lizzy. Es importante que nos cuentes todo," dijo Esther.

"Él me encontraba cada semana en mi medio día libre. Me esperaba justo más allá de las puertas y me acompañaba a casa y luego me acompañaba de regreso aquí."

"¿El portero lo vio?"

"No, señor."

Samuel podría haber maldecido. Parecía que el muchacho sabía exactamente lo que estaba haciendo. Obviamente, no era un aficionado.

"La semana pasada admitió que estaba relacionado con una de las chicas."

"¿Isabella?" preguntó Samuel, sabiendo la respuesta.

"Sí. Habló de la tía Sarah de Isabella, y supe que estaba diciéndolo la verdad porque Isabella me ha hablado de ella," se defendió Lizzy. "Dijo que habían estado separados todos estos años y le encantaría poder ver a Isabella otra vez solo una vez."

"¿Y él dio su nombre?"

"Sí. Jack."

"¿Isabella ha mencionado alguna vez a un Jack?" preguntó Samuel a Esther.

"No. Rara vez ha mencionado algo de su pasado, solo a la tía Sarah y no con cariño."

"¿Este Jack tenía un plan, verdad?"

"Sí. Dijo que solo quería pasar un poco de tiempo con Isabella, pero le dije que ella no vendría conmigo si me encontraba con él en nuestro lugar habitual. Sé que Isabella no querría salir de la escuela sin la señorita Hardy o la señorita Bolton."

"Así que la persuadiste con un paseo a caballo," dijo Esther, encajando las piezas. Había sabido en el fondo que solo los caballos podrían tentar a Isabella, por eso había dirigido a Samuel a los establos cuando comenzó la búsqueda.

"Sí, pero Gerald no quiso ensillar los caballos para mí."

"Gerald merece un bono," dijo Samuel con gravedad.

Esther estaba inclinada a estar de acuerdo, pero siguió observando a Lizzy. "¿Nunca pensaste que estabas haciendo algo que te metería en problemas?"

Lizzy miró a Esther y pareció desmoronarse. "Sí, señorita Hardy. Lo hice. Apenas dormí anoche preocupada por eso, pero ya ve, Jack tenía... bueno, era mucho, señorita, y con mamá y los niños..."

"¿Cuánto te dio?" preguntó Samuel.

"Veinte libras, señor. Lo siento, señorita Hardy. ¡De verdad lo siento!"

"Oh, Lizzy, niña tonta," dijo Esther con tristeza.

"Sé que me despedirán sin una referencia, pero no quiero. Me encanta aquí, señorita Hardy. De verdad me encanta."

"Es una pena que no lo pensaras antes de aceptar el dinero de Jack," gruñó Samuel.

Esther levantó un poco la mano y negó con la cabeza a Samuel. Mirando a Lizzy una vez más, habló en voz baja. "Sabes que no puedo dejarte quedarte aquí, ¿verdad, Lizzy?"

"Sí, señorita." Si habían pensado que estaba llorando en exceso antes de las palabras de Esther, descubrirían que habían subestimado cuánto podía sollozar Lizzy.

"Lo siento, Lizzy, pero nunca podría volver a confiar ti. Sé sobre tu mamá y los niños, y entiendo por qué el dinero de Jack fue una tentación demasiado grande." Samuel bufó, y Esther le lanzó una mirada fulminante. "Te daré una referencia, pero una que sugiera que creo que serías perfecta para trabajar en una lavandería o cocina."

"¿No como criada?" Lizzy balbuceó.

"No. Aunque no estoy dispuesta a dejarte en la indigencia, me niego a darte la oportunidad de causar problemas en otra casa. Permanecer en la cocina te mantendrá fuera de líos. Créeme en esto. ¿Jack te dio las veinte libras?"

"Sí, se las di a mamá la semana pasada."

"Bien. Te pagaré lo que has ganado hasta ahora este trimestre, y luego debes irte. Capitán Jones, por favor, toque la campana."

Samuel hizo lo que le pidieron, pero estaba furioso. Al recibir una mirada cómplice de Esther, reconoció que ella estaba completamente consciente de sus sentimientos. Pronto tendría confirmado lo que él pensaba de su ridículo plan.

Un lacayo entró en la habitación y Esther se levantó. "Por favor, acompañe a Lizzy a su habitación y permítale empacar su maleta. No la deje sola ni un momento. Cuando haya terminado, tráigala aquí para su referencia y salario, y luego acompañela fuera del terreno. Es decir, completamente fuera del límite. ¿Está claro?"

"Sí, señorita Hardy," respondió el lacayo, antes de esperar a que Lizzy se uniera a él. La

pareja salió de la habitación, cerrando la puerta firmemente detrás de ellos.

"Se ha abierto a que cada miembro del personal se aproveche de usted y haga nuestro trabajo muchísimo más difícil de lo que necesita ser," maldijo Samuel.

"Por favor, permítame juzgar a mi personal," respondió Esther con tono áspero.

"¿Dónde están las consecuencias para la chica? ¡Ha hecho algo malo y se ha salido con la suya!"

"¡No ha hecho nada de eso!" replicó Esther, finalmente incapaz de contener su temperamento. "Es una niña que ha sido aprovechada. ¿Cree que su ingenuidad debería ser castigada por el resto de su vida?"

"Me parece que no hay absolutamente ninguna consecuencia para sus acciones. No cuando se va con un puñado de dinero y una referencia."

"¡Es un tonto absoluto! ¿Por qué cree que fue persuadida?"

"Estaba embelesada con un chico que la estaba embaucando." Samuel se había alejado de Esther, en parte porque quería estrangularla. Lizzy no era la única que estaba siendo necia. La respuesta de Esther a la situación lo frustraba y decepcionaba más de lo que quería admitir. Había pensado que ella era muy capaz, y sin embargo, aquí estaba, siendo engañada por una chiquilla.

"Tal vez al principio. La principal motivación para Lizzy habría sido la capacidad de darle a su madre veinte libras enteras. ¿Conoce las circunstancias de Lizzy? No, no sabe nada, y no le importa en lo más mínimo. Bueno, Capitán Jones, por una vez en su vida, va a escuchar." En el calor de sus palabras, Esther se había levantado, con las manos sobre el escritorio frente a ella. Se veía tan formidable como cuando lo reprendió el primer día que la conoció.

"Adelante," dijo él a regañadientes.

"Lizzy es la mayor de catorce hijos. Su padre los abandonó después de que naciera el último hijo. El hombre se quedó para formar su familia, y luego, cuando se volvió demasiado difícil proveer para ellos, desapareció. La pobre madre de Lizzy no sabe qué hacer. Los niños que son lo suficientemente mayores están trabajando, y ella está cociendo, pero la mujer casi se cae de pie. Si se inclinara a visitar la casa, sin embargo, la encontraría impecable, y aunque los niños están en harapos, están limpios y tan ordenados como pueden estar. He castigado a Lizzy. No conseguirá trabajo en Sidmouth, porque los chismes viajan, así que perderá su conexión con su familia. También sufrirá una reducción de salario, porque ganaba más aquí de lo que ganará como lavandera. Ella tomó el dinero porque sabía que aliviaría la carga de su madre. Esa niña no se habrá quedado con un centavo de ese dinero para sí misma. Así que, ¡no me hable de que se ha salido con la suya!"

Samuel miró a Esther con los ojos entrecerrados. Quería desestimar sus palabras con un gesto de la mano o una mirada burlona, pero no podía. No solo se preocupaba por los niños en la escuela; también se tomaba el tiempo de conocer la situación de sus sirvientes. Era algo muy inusual, pero Samuel no podía condenarla por ello. Una vez más, lo había sorprendido. De repente, sintió celos de las personas bajo su cuidado. Ella nunca abandonaría a aquellos que amaba.

"Tiene toda la razón, y ahora que entiendo más la situación de Lizzy, puedo apreciar por qué tomó la decisión que tomó. Es muy justo de su parte," dijo Samuel.

Esther sonrió, su enojo disipado ante su cambio de actitud. "No esperaba una rendición tan fácil, Capitán. Estoy casi decepcionada."

Riendo, Samuel negó con la cabeza. "Me alegra sorprenderla. Debo admitir, sigue asombrándome."

Esther abrió la boca como si fuera a responder, pero la cerró rápidamente. No tenía idea de si era un cumplido genuino o no. Ciertamente había esperado una discusión incluso después de su explicación. Desde que él había entrado en su vida, se había sentido un poco incómoda, y cada día él parecía afectarla más. Ciertamente, él había llenado sus pensamientos mucho más que de una manera profesional, lo cual era tanto tortuoso como decepcionante. Sentirse atraída por alguien tan totalmente antagonista era completamente fuera de su carácter, y se preguntaba por qué él la atraía y la atormentaba al mismo tiempo. Hoy, más que nunca, no podía intentar descifrar el significado de sus palabras; había demasiadas otras cosas ocurriendo.

Un golpe en la puerta interrumpió los pensamientos de Esther. Al reconocer el golpe, Lizzy entró en la habitación con el lacayo.

"Señorita Hardy, Lizzy está lista para irse," dijo el lacayo.

"Aquí tienes, Lizzy." Esther le entregó a la niña una referencia escrita rápidamente y una nota doblada.

Lizzy miró sorprendida la nota. "Pero, señorita Hardy, esto es demasiado."

"Ayudará a tu mamá hasta que encuentres otro trabajo. No te deseo ningún mal, Lizzy, pero espero que sea más sabia después de tu aventura. Podría haber terminado de manera muy diferente."

Las lágrimas de Lizzy comenzaron una vez más. "Lo siento mucho, señorita Hardy. De verdad lo siento."

"Lo sé, Lizzy. Ahora, adiós." Esther hizo un gesto de despedida al lacayo, y la pareja salió de la habitación una vez más. Esther se sintió desolada. Sabía que Lizzy sufriría. Sidmouth era un pueblo pequeño, y su imprudencia sería comentada. Tal vez su traslado a otro pueblo no sería algo malo para la chica.

"Creo que nunca he visto tantas lágrimas en un solo día, ¡y espero no volver a ver tantas!" dijo Samuel, rompiendo exitosamente la tensión en la habitación.

"¿No es fanático de las lloronas, supongo?"

"¡Por Dios, no! Me estremezco ante la idea. Es suficientemente malo cuando uno se enfrenta a una dama propensa a buscar sus sales aromáticas, pero las lágrimas son un paso demasiado lejos."

Esther rio en voz baja, pero se detuvo cuando Lydia y Matthew entraron en la habitación. "¿Dónde está Isabella?"

"Con la cocinera y el Sr. Dawson. Ninguno la dejará sola," dijo Matthew con facilidad. Cerró la puerta detrás de él.

"¿Y las niñas y las otras maestras?"

"Disfrutando del almuerzo como de costumbre," dijo Lydia.

Matthew miró a Samuel; su rostro estaba desprovisto de su habitual humor. "Esto fue solo una prueba."

"Eso pensaba exactamente," respondió Samuel.

"¿Qué quiere decir?" preguntó Esther.

"Una estratagema para probar nuestras respuestas. Habrían estado felices si hubiera tenido éxito, pero realmente no esperaban que lo hiciera," respondió Matthew.

"¿Y quiénes son *ellos*?" preguntó Esther.

"Algún grupo o individuo que quiere hacer un punto," dijo Matthew. "Tenemos muy poca más información que usted."

"¿Cómo podemos prepararnos para un enemigo del que no tenemos idea?" dijo Esther con frustración.

"¿Nos preparamos, señorita Hardy?" preguntó Samuel secamente.

"Si piensa que después de las escapadas de hoy y la actualización que el Capitán Dunn acaba de darnos voy a quedarme sentada esperando dócilmente la próxima sorpresa, me ha subestimado tristemente, Capitán Jones."

"Puede que lo haya hecho alguna vez, pero no me atrevería a hacerlo ahora." Samuel se volvió hacia Matthew. "¿Qué averiguó del chico?"

"Casi nada útil. Le pagaron para crear una distracción, pero solo se dio cuenta de su error cuando Dawson comenzó a amenazarlo con ahorcarlo," dijo Matthew. "He interrogado al personal. Nadie vio nada inusual, ni han notado algo o alguien extraño en los últimos días."

"No es una sorpresa, pero significa que no tenemos pista sobre cuándo será el próximo ataque."

"¿Está seguro de que habrá otro?" preguntó Esther a Samuel.

"Sin duda. Se han tomado algunas molestias y costos para entregar un mensaje. El puñal fue un recordatorio burlón de que, aunque todos estábamos alertas y buscando a Isabella, pudieron entrar en la casa y entregar el mensaje. Creo que nos están diciendo que hablan en serio."

Esther se sentó pesadamente mientras Samuel le contaba a Matthew la posición del cuchillo.

"Eso significa que alguien entró en esta habitación después de que la revisamos," dijo Matthew. "No estaba aquí cuando nos dimos cuenta de que algo andaba mal."

"¿Entonces hubo otra persona involucrada?" preguntó Esther.

"Debió haberlo. Ni Lizzy ni el chico tuvieron la oportunidad de hacerlo."

Esther palideció. No había tomado la amenaza lo suficientemente en serio. Miró a los tres que la enfrentaban. "Tenemos que cerrar la escuela temprano."

"¿Qué? ¡No!" dijo Lydia, las primeras palabras que había pronunciado.

"Solo falta una semana para que la escuela cierre por el verano. Enviaré mensajes a las familias diciendo que tenemos un brote de enfermedad que nos obliga a cerrar. Me niego a poner en riesgo la escuela y a todo mi personal."

"Hay mérito en que haya mucha gente alrededor," dijo Matthew suavemente.

"Tal vez. Pero no pondré a inocentes en el camino de vaya usted a saber quién," dijo Esther. "No podemos garantizar que otro sirviente no haya sido ya abordado o será el próximo objetivo, como Lizzy. Es demasiado riesgo."

"Esther, la ayudaré con lo que necesite, pero no regresaré en septiembre." Las mejillas de Lydia se ruborizaron por la necesidad de decir esas palabras frente a una audiencia, pero había permanecido en silencio hasta ahora y era importante que dijera lo necesario.

"¿Por qué no?" preguntó Esther, incrédula.

"Le fallé hoy. Lizzy no fue la única culpable. Nunca debí haber creído la historia que me contó. Estaba nerviosa, lo noté después, pero debí haberlo captado antes. Sabía que había peligro y aun así ignoré algo fuera de lo común," dijo Lydia apresuradamente.

"Si usted es culpable, entonces yo también lo soy," dijo Matthew. "Debí haber dejado que Dawson se encargara del alboroto. Es un novato el que se deja engañar por una táctica de distracción como esa."

"¡Oh, por el amor de Dios!" explotó Samuel. "Señorita Hardy, ¿ahora desea lamentarse sobre la culpa que quiere atribuirse, ahora que Matthew y la señorita Bolton han tenido su turno? ¡Me hacen desear desheredarlos! ¡Nunca había escuchado a un grupo de seres tan quejosos y llenos de culpa en mi vida!"

“¡Bueno, de todas las acusaciones insensibles, faltas de comprensión y altivas que he escuchado!” dijo Esther.

Matthew sonrió, sabiendo exactamente lo que Samuel estaba haciendo. “Disculpe a mi amigo, señorita Hardy. Es su manera de traernos de vuelta al punto. Ninguno de nosotros tiene la culpa de lo que ha sucedido, pero necesitamos un plan de cómo avanzar.”

“Eso es lo que dije.” Samuel se encogió de hombros.

Esther le lanzó una mirada, pero se negó a darle la satisfacción de responder. En cambio, se volvió hacia Lydia. “El Capitán Dunn tiene toda la razón. Esto no es culpa nuestra. Lydia, quiero que se quede, incluso cuando los demás se vayan, si lo desea. Entenderé si no desea permanecer, ya que ninguno de nosotros puede predecir lo que sucederá.”

“Quiero quedarme,” dijo Lydia. No solo era por su amiga que su deseo de quedarse era fuerte. Quería apoyar a Matthew y no deseaba que él enfrentara cualquier peligro sin su apoyo. No sabía exactamente qué podría hacer, pero el capitán de cabello rubio se estaba volviendo más importante para ella con cada día que pasaba.

“Gracias, lo aprecio.” Esther se acercó al decantador y vertió cuatro copas de oporto. “Espero que todos estén preparados para trabajar arduamente en los próximos días, porque habrá muchos cambios en la Escuela de Señoritas de la Señorita Hardy.”

Capítulo 7

Dos días después, Esther enfrentó el primer impacto de su decisión de cerrar la escuela temprano. Estaba sentada en su estudio, frente a dos de sus maestras, la señorita Breacon y la señorita Callaghan. Sabía desde el momento en que entraron en la habitación que esta no sería una conversación agradable.

“Estamos notificando nuestra renuncia a nuestros puestos aquí. No regresaremos a la escuela en otoño,” dijo la señorita Breacon. Ella era la más vociferante de las dos, lista para la batalla, mientras que la señorita Callaghan apenas podía mirar a Esther, observando sus manos entrelazadas en su regazo.

“Lamentaré perderlas. ¿Puedo preguntar por qué la decisión repentina, señoras? Pensé que estaban felices aquí.”

“No queremos ser parte de lo que sea que esté sucediendo aquí, señorita Hardy. No hay enfermedad, pero sí rumores,” respondió la señorita Breacon.

“Sobre lo cual no han buscado mi consejo para aclarar antes de tomar una decisión,” señaló Esther.

“Si lo hiciéramos, intentaría engañarnos con alguna excusa débil. Aceptamos su palabra de que el Capitán Dunn era su hermano, aunque tienen nombres diferentes y no se parecen en nada, pero me temo que ya no puede engañarnos. Hay algo malo aquí, y no queremos ser parte de ello. Las personas que dejan cuchillos como advertencia no son el tipo de personas con las que deseáramos relacionarnos,” dijo la señorita Breacon.

Esther quería gruñir de frustración. Si dos de sus maestras lo sabían, todos lo sabrían, y eso haría su tarea mucho más difícil. Los eventos estaban fuera de control, y no había nada que pudiera hacer al respecto.

“Como dije, lamentaré verlas partir, señoras, pero si eso es lo que desean, veo claramente que no tiene sentido intentar persuadirlas de lo contrario,” dijo Esther. Esto resultaba ser la mayor calamidad que había enfrentado, y había lidiado con unas cuantas en sus veintiocho años. Miró a la señorita Callaghan. “¿Es lo que ambas quieren?”

La señorita Callaghan se sonrojó hasta la raíz del cabello, pero asintió. “Lamento irme, pero sí. No puedo quedarme aquí.”

“En ese caso, por favor, denme un poco de tiempo y escribiré referencias para cada una de ustedes,” dijo Esther.

“Nos iremos mañana. Con las chicas comenzando a irse, no hay necesidad de que permanezcamos,” dijo la señorita Breacon.

“Por supuesto.”

Cuando se quedó sola, Esther apoyó la cabeza en sus manos. Cuatro años. Más si contaba todo el tiempo que había pasado viviendo con su tío. Había intentado e intentado cambiar las cosas para sí misma, forjar una vida que ofreciera algo a los demás, asegurara su futuro y la mantuviera alejada de quienes la harían daño. Ahora todo se estaba desmoronando.

No respondió a un suave golpe en la puerta y solo levantó la vista cuando escuchó una exclamación. Entrando con dificultad en la habitación con una bandeja estaba la Cocinera.

“Pensé que tu lema era nunca aparecer arriba,” dijo Esther, con una leve sonrisa.

“Eso fue antes de escuchar que esas dos cobardes vendrían a verte,” dijo la Cocinera, resoplando mientras colocaba la bandeja en el escritorio. “Pensé que podrías necesitar alimento.”

“No creo que pueda tragar nada en este momento.”

“¿Tan mal?”

“Todo se está desmoronando, y no estoy segura de cuándo se detendrá,” admitió Esther.

“No todos se quedarán, ni todas las niñas volverán, pero así es el mundo. Aquellos que se preocupan por ti y creen en lo que se ha logrado aquí te apoyarán.” La Cocinera ignoró las palabras de Esther y llenó una taza de té y puso dos trozos de pastel en un plato. Entregándoselos a Esther, se sentó en la silla que no hace mucho había ocupado la señorita Callaghan.

“Bendita sea por decir eso,” dijo Esther, tomando automáticamente un sorbo de la taza de porcelana. “Pero sabemos cómo se propagan los chismes. Sidmouth es lo suficientemente pequeño como para que esto se convierta en leyenda. La familia de la señorita Breacon vive en la ciudad; ciertamente tenía mucho que decir sobre el tema de los cuchillos y mi supuesto hermano.”

“Es una chismosa, esa. Nunca me gustó. Esto pasará, Esther, ya verás.”

“Tal vez. Quiero que envíe a la mayor cantidad posible de sirvientes. No puedo poner a nadie en peligro. Quería llevar a Isabella a otro lugar, pero ambos capitanes dijeron que en este momento deberíamos quedarnos aquí, y no quiero que usted ni nadie más corra riesgo.”

“Si crees que voy a abandonarte en tu momento de necesidad, señora, ¡no tienes ni idea de mi carácter!”

Sonriendo, Esther suspiró. “No quiero que esté en peligro. No sabemos a quién o a qué nos enfrentamos.”

“Y estaré a tu lado mientras lo enfrentas, o al menos tratando de asegurarme de que no te pase nada. De todos modos, ¿cómo crees que alimentarás a esos dos jóvenes robustos? ¿Te gustaría pasar todo el día en la cocina?”

“Podrían alimentarse ellos mismos,” sugirió Esther.

“¡Sobre mi cadáver se les permitirá hurgar en mi cocina! De todas las ideas absurdas. Me quedaré, pero enviaré al personal más joven. No tiene sentido dar al pueblo más de qué hablar. Los jóvenes son más propensos a quedar atrapados en todo el drama y hablar inapropiadamente. No tienen mucho que ver con el resto del personal, excepto en las comidas, y Dawson y yo somos duros con cualquiera que se atreva a chismorrear en la mesa de los sirvientes.”

“Gracias.”

“De nada.” La Cocinera se puso de pie. “Ven aquí.” Abrió los brazos. Esther hizo lo que se le pidió y fue envuelta en un cálido abrazo. Apoyando la cabeza en el ancho hombro de la Cocinera, suspiró.

“No sé qué habría hecho sin ti y Dawson en mi vida estos últimos años.”

“Ahora, no te pongas sentimental conmigo. Haz lo que consideres necesario, pero asegúrate de cuidarte. No quiero tener que preparar caldos para sostener un cuerpo enfermo. Tú eres tan importante como los que te rodean, si no más, querida.” La Cocinera le dio a Esther un último apretón, pero se apartó cuando la puerta se abrió. Girándose bruscamente, frunció el ceño a Samuel. “¿Acaso nunca llama antes de entrar en una habitación?”

“No cuando tengo noticias que no pueden esperar.”

La Cocinera sacudió la cabeza, pero en un último momento de afecto, tomó el rostro de Esther entre sus manos y la besó en la frente. “Todo estará bien. Ya verá.” Al salir de la habitación, le dio a Samuel una última mirada desaprobadora antes de cerrar la puerta.

“¿Su cocinera suele dar abrazos y deambular por encima de las escaleras?” Samuel no se arrepentía en absoluto de haber interrumpido un momento personal, pero lo que había visto aumentaba su creciente fascinación por Esther.

“Solo cuando son necesarios. ¿Cómo puedo ayudarlo, Capitán Jones?”

“Después de una discusión con Dunn, hemos decidido enviar un expreso y pedir más hombres. Todavía creemos que será más seguro mantener a la niña aquí. Seríamos extremadamente vulnerables en la carretera abierta, pero necesitamos más hombres para proteger la casa y capturar a quien sea que tenga la intención de atacarnos.”

“Ya veo.”

“¿Sin histerias, señorita Hardy? ¿Sin reprenderme por tomar decisiones por mi cuenta?”

“Eso es injusto, Capitán Jones. Nunca he trabajado en su contra con respecto a la seguridad de Isabella.”

Samuel podría haberse maldecido a sí mismo. Había visto lo molesta que parecía cuando entró en la habitación. A su manera fría habitual, había tratado de mejorar la situación, pero la había hecho sentir peor. Ella intentaba ser valiente, pero había algo más profundo que la situación que enfrentaban, y no tenía idea de qué era.

Nunca había sentido el deseo de aliviar la ansiedad de alguien como lo hacía con ella. Era una sensación extraña y preocupante. Era un anhelo mezclado con una sensación de impotencia, lo cual no encajaba bien con un hombre que necesitaba sentirse en control. No se daba cuenta de que Esther sentía exactamente lo mismo. Todo lo que podía entender era que le preocupaba que ella estuviera sufriendo, y cruzó la habitación hacia ella.

Tomó una de sus manos y la apretó antes de soltarla. “Pido disculpas. Estaba tratando de distraerla de sus problemas dándole la oportunidad de maldecirme. Sé cuánto lo disfruta. Estuvo mal. Lo siento.”

Esther sonrió, pero era una sonrisa débil y llena de tristeza. “No creo tener la capacidad de reprender a nadie en este momento.” Se frotó las manos sobre el rostro. “Oh, disculpe mi melancolía. ¡Me repondré! Mi valor aún está ahí, Capitán Jones. Estoy dispuesta a estar a su lado, armada con uno de los rifles de caza de mi tío si es necesario.”

Samuel quedó atónito. No por sus palabras, en sí, sino por el hecho de que se le había ocurrido una imagen de ella a su lado en una circunstancia completamente diferente. Una en la que estaría unido a ella por el resto de sus vidas. Matrimonio. Lo había evitado con vigor hasta este momento.

Sacudiéndose interiormente, maldijo. La situación debía estar volviéndolo blando o confundido. No deseaba estar atado a nadie, especialmente a alguien que lo reprendía más a menudo de lo que le hablaba civilmente. Que le interesara más que cualquier otra mujer de su conocimiento era un pensamiento que forzosamente sacó de su mente. Nunca había tenido relaciones con nadie excepto las pocas amantes que había tomado; ellas estaban casadas, porque había seguridad de esa manera. Nadie se enamoraría y esperaría que se casara con ellas cuando estaban con otra persona, por más infelices que estuvieran con sus maridos. Ahora estaba considerando casarse con una solterona. Había estado demasiado tiempo fuera de Londres. Eso debía ser.

Forzándose a regresar a la conversación antes de que Esther pensara que era un tonto débil, le sonrió. “Espero que no llegue a eso, pero es bueno saberlo. Por curiosidad, ¿alguna vez ha disparado un rifle?”

“Ahora que lo menciona, no, no lo he hecho. Supongo que es solo apuntar y disparar, ¿no?” dijo Esther despreocupadamente. Estaba obligándose a dejar de lado su desolación; no podía lamentarse en este momento. Cuando todo estuviera resuelto, podría permitirse un poco de autoindulgencia, pero no ahora.

"Algo así," gruñó Samuel. "Usted, señorita Hardy, será la muerte para mí."

"Oh, no tema. No apuntaré el arma en su dirección. A menos que me moleste, claro."

"En ese caso, será mejor que ponga mi testamento en orden."

"Tal vez eso sería lo mejor, si las últimas semanas son un indicio."

*

Al final de la semana, todo había cambiado. Ninguno de las niñas permanecía, pues sus familias habían llegado para llevárselas y evitar que contrajeran la "enfermedad infecciosa" de la que se les había informado. El personal había sido enviado de vacaciones, pero algunos permanecieron. Algunos de los lacayos que habían estado dispuestos a quedarse estaban siendo entrenados con las viejas armas que quedaron de cuando el tío de Esther residía allí.

Todas las maestras se habían ido, excepto las señoritas Breacon y Callaghan, que renunciaron, pero Lydia insistió en quedarse. Esther había tratado de persuadirla para que se fuera, después de darse cuenta de que había sido egoísta al querer que Lydia permaneciera cerca, pero Esther se alegraba de la compañía de su amiga.

La casa parecía vacía y demasiado silenciosa sin ningún ruido de fondo. Esther no permitía comportamientos alborotados, pero sí fomentaba la risa y la charla cuando era apropiado. Eso había desaparecido ahora; todos tendían a ser más serios que llenos de risas, y echaba de menos el sonido.

Esther había sido reconfortante, encantadora y disculpándose con cada familia que había llegado por su hija. Había logrado persuadirlos de que todo estaba bien, que el lanzamiento anticipado era solo una precaución y que todo estaba como debía ser. Encontró cada entrevista agotadora y solo podía esperar que creyeran sus palabras y volvieran a la escuela cuando reabriera.

Se habían cambiado habitaciones en la planta baja. Esther había trabajado con los dos capitanes y los lacayos para asegurar las ventanas de manera que no pudieran abrirse sin ser rotas. También empujaron grandes muebles frente a las ventanas como un disuasivo para cualquiera que intentara entrar en la casa.

"Si alguien va a entrar en esta casa, vendrán por unos pocos lugares," dijo Matthew mientras cerraban con llave una puerta interna en otra habitación.

"Siento que todo lo que necesitarán hacer es prender fuego a una de las entradas y quedaremos atrapados," dijo Esther.

"Eso no sucederá, se lo aseguro. Hay más de una entrada y salida para nosotros. Espero poder confundirlos lo suficiente como para que podamos sacar a Isabella si es necesario."

El problema de qué hacer con Isabella se discutió una noche cuando los cuatro se sentaron en la pequeña mesa del comedor. Las ventanas habían sido tapiadas, pero cuando se cerraban las cortinas, casi parecía que nada estaba mal. Isabella jugaba como siempre, contenta con su propia compañía, un posible reflejo de tener que ser autosuficiente en su vida anterior. Dawson servía como siempre. La formalidad se relajaba un poco entre el piso superior y el inferior durante el día, cuando los preparativos estaban en pleno apogeo, pero por la noche el orden normal se reanudaba.

"Nuestro antiguo colega Miles Longdon proporcionará un refugio seguro si necesitamos salir de esta casa," dijo Samuel.

"¿Dónde vive él?"

"En Hampshire. Un lugar llamado Barrowfoot House. Estarán a salvo allí cuando sea el momento adecuado para sacar a la niña."

"¿Viajaremos solos?" preguntó Esther.

Matthew sonrió. “No. Uno de nosotros los acompañará, pero el otro se quedará. Es afortunado que, en algún tiempo turbulento pasado, se construyó un túnel entre el sótano y los establos. ¿Qué oscuros secretos hay en la historia de su familia, señorita Hardy? Obviamente, necesitaron escapar rápidamente en algún momento.”

“Me temo que no tengo idea. Esto lleva a imaginar escapadas góticas, ¿no es así? Es bastante reconfortante saber que estoy relacionada de alguna manera con alguien aventurero. La mayoría de las veces soy tan cautelosa con lo desconocido que anheló una vida simple. Parece que mis antepasados no eran tan cobardes como lo soy en estos días.”

Samuel bebió un sorbo de su vino. Ahí estaba de nuevo, la insinuación de que había mucho detrás de esa fachada fría que trataba de mantener. Estaba seguro de que la señorita Hardy tenía muchos secretos propios.

“Cualquiera que sea la razón, podría sernos útil. El jefe de los mozos de cuadra sabe que debe mantener el carruaje y los caballos listos para partir día o noche,” dijo Matthew.

“Le sugiero que llene una maleta de viaje y la guarde en el carruaje,” dijo Samuel.

“¿Cree que necesitaremos escapar rápidamente?” preguntó Esther.

“No necesariamente, pero siempre es prudente prepararse para cualquier eventualidad.”

Esther y Lydia llenaron una maleta de viaje con algunas de sus ropas y las de Isabella. Como la niña siempre permanecía con ellas durante las vacaciones, no había cuestionado nada de lo que estaba pasando a su alrededor. Lo único que había causado un estallido fue el hecho de que no podía salir a sus paseos diarios.

Relativamente hablando, había sido mucho más tranquilo que el torrente de sentimientos que Lizzy les había mostrado, pero los ojos llenos de lágrimas de Isabella y su patética “¿Por qué no?” habían desgarrado los corazones de Matthew.

“Hay mucho más en tener un caballo que montarlo cada mañana, señorita Isabella,” dijo Matthew.

“¿No es para eso que están los mozos de cuadra?”

“Sin duda, tiene sangre aristocrática corriendo por sus venas,” susurró Samuel. “Esperando que otros hagan el trabajo.”

Esther lo miró con furia. “Dado que proviene de un origen similar, tendría cuidado de lanzar aspersiones, si fuera usted.”

Samuel sonrió sin arrepentimiento. “No sé de qué está hablando.”

Matthew ignoró a la pareja y continuó hablando con Isabella. “Ciertamente hay mozos de cuadra, pero ¿qué pasa si su mozo está enfermo de repente? ¿O si es un mal mozo? ¿No querrá poder cuidar a su caballo? ¿O es de esos dueños que descuidan a sus animales?”

“¡No! Amo a los caballos,” dijo Isabella.

“En ese caso, aunque no podamos montarlos, tendremos lecciones sobre cómo cuidarlos,” dijo Matthew, ofreciéndose a educarla.

Todas las mañanas, la pareja caminaba hacia los establos y pasaban una hora agradable, con Matthew enseñando a una estudiante dispuesta. Era el momento en que Esther y Lydia podían hacer cosas que Isabella podría haber cuestionado o que la hubieran puesto nerviosa.

Una de esas tareas había sido empacar el equipaje. Cerrando el baúl lleno, Esther miró a Lydia. “Si tenemos que irnos, no se permitirá que Isabella regrese. Esto no se considerará un lugar seguro para ella,” dijo en voz baja.

“No. Esa era mi suposición. Es un crimen que ella sea la que va a sufrir después de todo esto. Ella ve esto como su hogar y es feliz aquí. Es muy injusto.”

“Esperemos que quien esté detrás de esto sea capturado antes de que tengamos que

irnos.”

“Espero que sí.”

*

“Matthew caminaba de un lado a otro frente a la chimenea, bebiendo su oporto. Habían pasado tres días desde la conversación sobre la maleta, y aunque se había desarrollado una rutina en la casa, ninguno de los hombres estaba relajado.

“¿Cuándo llegarán los refuerzos? Ha pasado casi una semana desde que los llamaste. No estamos tan lejos de Londres como para que tarden tanto,” dijo Matthew. Esther y Lydia los esperaban en la sala, pero él no estaba listo para unirse a ellas todavía, para que los cuatro fingieran que todo estaba bien cuando claramente no lo estaba.

“Empiezo a pensar que no van a llegar,” admitió Samuel. Estaba más contenido que su amigo, pero el pesado ceño fruncido desmentía su intento de parecer despreocupado.

“¿Seguro que enviarían refuerzos para apoyarnos? ¿O por qué nos enviaron en primer lugar?”

“¿Por nuestra reputación y destreza en el campo de batalla?”

“¡Sé serio!”

“Lo soy. Cuanta más gente sepa lo que estamos haciendo, más probable es que la población en general se entere, y no quedará bien. Creo que estamos aquí por nuestro leal servicio y nuestra condición de prescindibles, amigo mío. Porque saben que arriesgaremos nuestras vidas para salvar a la niña.”

“¿Pero cómo explicarán una masacre aquí? Porque no seremos los únicos que sufriremos si nos invaden,” exigió Matthew.

“Simplemente será un robo en una escuela que ha salido mal. Fácilmente descartado y pronto olvidado tan lejos de Londres.”

Matthew vació su copa de oporto. “Entonces esto no es mejor que una esperanza perdida,” dijo, refiriéndose a los casi suicidas asaltos que ocurrían durante la guerra.

“Esa es la conclusión a la que he llegado,” respondió Samuel.

“Es típico de nosotros enfrentar la muerte de esta manera después de lo que hemos pasado.”

“Sí. Siempre pensé que moriría en un estallido de gloria. Supongo que defender a una niña y a dos mujeres hermosas es algo. Tiene un aire de caballeros en brillante armadura.”

Matthew rió. “¿Te consideras a ti mismo Sir Galahad?”

“¿Y por qué no? Siempre pensé que había algo atractivo en mí. Creo que nací para interpretar el papel del héroe trágico, ¿no crees?”

“Sé que eres completamente ridículo,” dijo Matthew.

“Simplemente estoy subestimado.” Samuel se levantó. “Vamos, unámonos a las damas. Ya basta de melancolía por una noche.”

“Algún día te importará lo suficiente algo como para tomarlo en serio,” dijo Matthew, siguiéndolo hacia la puerta. No tenía sentido plantear sus preocupaciones sobre la seguridad de Lydia, porque Samuel se burlaría de él y le diría que se concentrara en el asunto en cuestión, pero Matthew tenía miedo por primera vez en su vida, y no por él mismo.

“Lo dudo mucho, amigo mío,” respondió Samuel, atravesando el umbral. Esperaba que las palabras no sonaran tan huecas para Matthew como lo hacían para él mismo. Había comenzado a preocuparse mucho por alguien, y el pensamiento lo aterrorizaba, porque si los invadían, ella sufriría un destino que no podía soportar pensar, y no podría hacer nada al

respecto. Lo tenía rechinando los dientes durante la mayor parte del día. La única mujer por la que se sentía atraído por encima de cualquier otra, y ella estaba en peligro real. Podría gruñir de frustración y, por primera vez en su vida, de verdadero miedo.

Capítulo 8

Si una persona o un grupo de personas buscan causar problemas, es solo cuestión de tiempo antes de que tomen medidas que desencadenen una cadena de eventos. Ya sea que esos eventos sean correctos o incorrectos, una vez que han tomado ese camino, generalmente no hay vuelta atrás.

*

Dawson entró en el salón y se dirigió inmediatamente a Matthew. "Señor, ¿puedo hablar con usted?"

Matthew siguió al viejo sirviente pero regresó en unos momentos. Asintió a Samuel. "Ha comenzado."

"¿Qué ha comenzado?" Esther y Lydia se levantaron cuando Samuel lo hizo.

"Hay hombres en la entrada. Han entregado una carta. Entreguen a la niña y no habrá derramamiento de sangre," dijo Matthew con gravedad.

"¡Dios mío! Los sirvientes están en peligro," dijo Esther.

Samuel sonrió ligeramente ante sus palabras. "Estoy más preocupado por ustedes tres," dijo, señalándola a ella, a Lydia y a Isabella. Era cierto. Quizás una le importaba más que las otras, pero quería protegerlas a todas.

"¿Cómo evito que los sirvientes resulten heridos?" preguntó Esther.

"Las sacamos de aquí. Ahora."

"Isabella, vamos a una aventura," dijo Lydia, acercándose a la niña. "¿No te parece emocionante?"

La niña levantó la vista. Había estado absorta en su escritura, pero se levantó cuando Lydia la alcanzó. "¿Puedo llevar mis muñecas?"

"Por supuesto, querida. Vamos a recogerlas de inmediato." Lydia se volvió hacia los demás. "Regresaremos en un momento. Esther, traeré tu capa."

"Gracias," dijo Esther. "¿Van a viajar ambos con nosotras?" preguntó a los capitanes.

"Yo sí," respondió Matthew. "Estoy completamente armado, pero Jones se quedará para asegurarse de que nadie resulte herido aquí."

Esther se volvió hacia Samuel. "Gracias. Me tranquiliza saber que está aquí, pero ¿estará seguro?"

"¿Duda de mis habilidades?"

"No. Pero sí dudo de su habilidad para pacificar a alguien que busca pelea."

Matthew se rio a carcajadas. "Lo ha descrito perfectamente, señorita Hardy."

Los ojos de Esther brillaban de alegría, pero mantuvo su rostro impasible. Su corazón latía con fuerza, pero tenía que mantener el control.

"Voy a convertirme en su mayordomo. Dawson se opuso a la necesidad de renunciar a su papel, pero finalmente entendió la razón," dijo Samuel con indiferencia.

"Una promoción para usted, entonces." Esther trató de tragar el nudo en su garganta. No sabía qué planes se habían hecho, pero sabía que Samuel se vestiría como su mayordomo porque era una posición peligrosa de ocupar. Sería la primera persona en interactuar con las personas que se acercaban a la casa. La idea la aterrorizaba.

"Dawson definitivamente lo consideraría así. Disculpe, necesito ir a cambiarme," dijo Samuel.

Esther lo siguió hasta la puerta. Él la miró con interrogación. "Por favor, tenga cuidado," dijo ella en voz baja.

"¿No me desea el mal hoy?" preguntó él, su tono era burlón pero no cruel.

"No hoy. Quiero que esté bien," admitió Esther, sonrojándose.

"En ese caso, así será." Samuel miró a Matthew. Éste se había apartado del intercambio, lo cual hizo sonreír a Samuel. Matthew era un buen tipo. Samuel tomó el rostro de Esther entre sus manos y besó sus labios suavemente. "Un beso para la suerte, mi señora," dijo en voz baja. "Cuídese."

"Lo haré," susurró Esther.

Se inclinó un poco, y Samuel no pudo resistir darle otro beso, más profundo y posesivo. Al romper el contacto, sonrió a sus ojos. "Debo irme."

Esther asintió, incapaz de hablar. Había estado enojada, fascinada y atraída por él hasta ahora, pero ahora admitía que estaba tres cuartas partes del camino de enamorarse de él, y podría no volver a verlo después de hoy. El hecho de que nunca hubiera podido perseguir ningún tipo de relación con él no había impedido que sus sentimientos se desarrollaran. Ahora, enfrentada a quién sabe qué tipo de separación, no podía ignorar lo que sentía.

Samuel salió de la habitación; casi al mismo tiempo, Lydia regresó al piso de abajo. Esther aceptó la capa ofrecida y se volvió hacia Matthew, con sus mejillas rosadas de vergüenza por lo que él pudiera pensar de su comportamiento, pero era lo suficientemente práctica como para darse cuenta de que ahora no era el momento de reflexionar sobre tales trivialidades.

Matthew asintió a los tres y los guio hacia la cocina. En el momento en que Esther vio a Cook, corrió hacia ella y, abrazándola, dijo rápidamente: "Póngase a salvo."

"No se preocupe. Vamos a encerrarnos en el sótano una vez que se hayan ido, y cuando haya pasado el tiempo suficiente, escaparemos por el túnel nosotros mismos si es necesario," le aseguró Cook.

"Bien. Espero verla pronto," dijo Esther.

"Estaré aquí esperando su regreso."

Matthew abrió la puerta del sótano, y el grupo entró en la oscuridad, siguiendo todos la lámpara que Matthew sostenía sobre su cabeza.

Isabella gimoteó al empezar a bajar las escaleras, pero Esther y Lydia comenzaron a charlar sin sentido con la niña para distraerla de lo que estaba sucediendo.

Esther ayudó a Matthew a mover el gran estante que ocultaba la puerta. Un lacayo los había seguido y reemplazaría los estantes una vez que se hubieran ido. Se había hecho mucho trabajo para dar la apariencia de que los estantes estaban llenos y eran pesados, cuando en realidad la mayoría de las cajas y contenedores estaban vacíos.

Una vez en el túnel, Esther y Lydia intercambiaron una mirada. Esta era una situación real y aterradora. Ninguno de ellos sabía si serían atrapados en el momento en que se abriera la trampa en el bloque de establos.

Esther extendió la mano y apretó el brazo de Lydia en señal de apoyo. No estaba segura de si era para su propio beneficio o el de su amiga, pero ambas se enderezaron y siguieron a Matthew, todavía hablando tranquilamente con Isabella.

Cuando Matthew se detuvo, se volvió y puso su dedo sobre sus labios. Entregando la lámpara a Esther, sacó una pistola de su cintura y se la entregó también. "Por si acaso," susurró, preparando la pistola.

Esther tragó saliva. No había mentido al admitir que nunca había disparado una pistola, pero entendía por qué Matthew se la había dado. Estaba tratando de darles todas las oportunidades posibles para escapar si él moría al entrar en los establos. Solo podía esperar que sus manos temblorosas no dispararan la pistola antes de tiempo.

Sacando otra pistola de su cintura, Matthew subió los seis escalones al final del túnel y empujó lentamente la trampilla sobre su cabeza. La puerta no emitió el más mínimo crujido; Esther se dio cuenta de que los dos hombres habían pensado en todo al planificar la fuga.

Sosteniendo la puerta, Matthew se levantó lentamente por encima del borde de la abertura.

"¿Capitán Dunn?" vino un susurro urgente desde algún lugar cercano a la abertura.

"Sí, ¿quién eres?"

"Bell, señor. Todo está listo. Es seguro salir," dijo el conductor del carruaje.

Matthew soltó un suspiro de alivio. El primer obstáculo estaba superado. Salió rápidamente del túnel, luego ayudó a los tres a salir, sonriendo a Isabella. "¿No estamos en una gran aventura? Aún no ha terminado, te lo prometo. ¿Te gusta viajar tan rápido como el viento?"

"¿Puedes viajar tan rápido?" preguntó Isabella, distraída exitosamente.

"El coche en el que vas a viajar te hará sentir como si lo fuera," dijo Matthew. "Eres una buena chica." Se volvió hacia el mozo de cuadra. "¿Nuestros hombres están en el camino?"

"Sí, señor. Solo pasarán por personal leal a la señorita Hardy. Eso se lo puedo prometer."

"Excelente. Gracias."

Isabella había sonreído ante las palabras de Matthew y subió felizmente al carruaje. Matthew era su favorito, siempre dispuesto con una palabra amable y una sonrisa. Era más cautelosa con Samuel, casi como si sintiera que no sería tan receptivo a las necesidades de una niña pequeña. Esther había observado la interacción y se dio cuenta de que sus roles habían sido elegidos para consolar mejor a Isabella. Nuevamente, mostraba lo buenos que eran ambos hombres.

Subiendo al carruaje, Lydia vaciló al ver que Matthew no se uniría a ellas. "¿No viene con nosotros?" preguntó alarmada.

"Oh, sí, pero necesito estar ensillado. El cochero las llevará a través de cualquier cosa, pero necesito poder responder a cualquier sorpresa en el camino," explicó rápidamente Matthew. Su caballo ya estaba preparado, y él se subió a la silla.

Esther bajó la ventana. "¿Cuándo partimos?"

"Cuando escuchemos que comienza la distracción," dijo Matthew. Como si Samuel hubiera escuchado sus palabras, oyeron disparos provenientes de la casa o dirigidos a ella, y algunas explosiones. "Siempre se puede confiar en Jones para crear un alboroto."

Esther casi fue arrojada hacia atrás en su asiento cuando el carruaje arrancó a toda velocidad. Atravesó las puertas abiertas del establo, pero en lugar de dirigirse al frente de la casa y bajar por el camino, giró hacia el camino que conducía a la parte trasera de la propiedad. Ella entendió el significado de las palabras de Matthew a Isabella mientras viajaban a una velocidad vertiginosa por la pequeña ruta hacia la finca. Tenía fe en la conducción de Bell, pero sabía que esto era fuera de lo común para él; nunca viajaría de esa manera, y eso la preocupaba aún más. Sus sirvientes estaban arriesgando sus vidas por una decisión que ella había tomado al acoger a Isabella. Se sentía humilde y avergonzada de no haber considerado completamente cuáles podrían ser las consecuencias.

Manteniendo a Isabella cerca, apenas podía pensar mientras el carruaje, de hecho, parecía viajar como el viento por los caminos. Cómo su cochero estaba yendo a esa velocidad en la

oscuridad la habría aterrorizado, si la idea de lo que habían dejado atrás no la asustara más. No sabía que, bajo la guía de Matthew, el cochero había viajado por esa sección del camino cien o más veces en los últimos días, aprendiendo cada curva, cada bache y cada esquina. Sus caballos lo conocían tan bien como él, y juntos casi volaban por el camino.

Matthew seguía detrás. Una vez que llegaron a la carretera principal, se alejaron de la casa, y esta vez Matthew cabalgó junto al carruaje en la vía más ancha.

Solo habían viajado una corta distancia cuando escucharon el chasquido de un disparo. Esther agarró a Lydia e Isabella y las lanzó al suelo del carruaje. Se escuchó un segundo disparo, y hubo un desgarró en la tela del carruaje. Los caballos se desbocaron, y aunque antes viajaban a gran velocidad, el carruaje dio otro tirón hacia adelante mientras los caballos intentaban escapar.

Los ocupantes del carruaje fueron sacudidos mientras se balanceaba por la carretera, pero escucharon otro disparo sobre el ruido de las ruedas. Aferrándose a Isabella y Lydia en un abrazo, Esther estaba convencida de que el carruaje sería arrojado fuera de la carretera en cualquier momento. Solo esperaba que sobrevivieran al impacto. Se alegraba de que Isabella no hubiera entrado en histeria, pero probablemente el miedo solo había silenciado a la pobre niña.

Parecieron pasar minutos antes de que el carruaje se detuviera. Esther inmediatamente se levantó de donde había estado agachada. "Quédense aquí," instruyó a Lydia, antes de abrir la puerta y sostener la pistola cargada que aún tenía en su posesión.

Viendo al cochero descender de su asiento, bajó los escalones del carruaje y salió. Corrió hacia él, hablando tan pronto como se volvió hacia ella. "No tengo idea de cómo nos mantuvo en pie, ¡pero muchas gracias!"

Soltando una risa nerviosa, el cochero se quitó el sombrero y se secó el rostro con su pañuelo. "Para ser honesto, señorita Hardy, no tengo idea de cómo lo logré tampoco. Pensé que estábamos perdidos cuando escuchamos ese último disparo."

"¿Qué pasó?"

"Parece que habían apostado a alguien en el camino. El capitán Dunn los persiguió."

"¿Dónde está él?" dijo Esther, dándose cuenta de que Matthew no estaba a la vista.

"No lo sé, pero debemos seguir. Solo revisaré los caballos. No quiero tener que detenernos en cualquier momento, ya que podrían haber apostado a alguien en las posadas cercanas," dijo el cochero, moviéndose al frente del carruaje.

Esther respiró hondo para calmarse. Quería esperar a Matthew, pero Bell tenía razón. Cuanto más se demoraran, más en riesgo estarían de ser descubiertos.

Afortunadamente, cuando Bell terminó sus revisiones y le aseguró que no había daño en los animales, escuchó el sonido de cascos, y la figura familiar de Matthew se hizo visible en la noche iluminada por la luna.

Cuando se detuvo cerca del carruaje, ella se acercó a él. "¿Nos han comprometido?"

"No. Solo había una persona esperando allí, y ya no será un problema," dijo Matthew con tono sombrío.

"Oh." A Esther le repugnaba la idea de que al menos una persona hubiera muerto, pero no podía detenerse en ello. Él había disparado primero, y si el carruaje se hubiera volcado, todos podrían haber muerto como resultado de sus acciones. "¿Cuándo lo echarán de menos? Su ausencia los convencerá de que escapamos, ¿verdad?"

"Sí, si lo encuentran," respondió Matthew. "Obviamente no lo he enterrado, pero lo he ocultado. Tomará tiempo encontrarlo. Espero que piensen que se cansó de esperar y se fue a la posada más cercana, en lugar de que lo matamos."

"Entiendo." Esther trató de no pensar en el hecho de que un hombre estaba muerto. Había

intentado matarlos. Tendría que recordarse eso constantemente. Era algo que había enfrentado antes, y la horrorizaba, trayendo recuerdos que normalmente mantenía firmemente reprimidos. "Supongo que debemos seguir adelante, entonces. Con suerte no tan rápido como lo hemos estado haciendo," dijo Esther, a punto de subir al carruaje.

"Ah, señorita Hardy, no creo que pueda continuar el viaje con usted," dijo Matthew, deteniendo el progreso de Esther.

"¿Por qué no?" exclamó Esther.

"Me han disparado," dijo Matthew, antes de caer de su caballo en un desmayo total.

Capítulo 9

Esther estaba en el suelo un segundo o dos antes que el cochero. Lydia se movió hacia la puerta del carruaje, cubriéndose la boca con la mano como si intentara sofocar un grito.

Agachándose rápidamente junto a Matthew, Esther verificó que estuviera respirando. Su corazón latía con fuerza en sus oídos, pero tenía que concentrarse. La vida de Matthew podía depender de ello. Exhaló aliviada al sentir las respiraciones entrecortadas que él estaba tomando y comenzó a revisar su cuerpo para ver dónde había sido herido.

Sintió debajo de su abrigo y retiró la mano con horror. La luz era tenue, solo las lámparas dentro del carruaje y la luz de la luna ofrecían alguna iluminación, pero la mano de Esther estaba mojada y pegajosa. Miró a Bell con horror.

Levantando rápidamente una lámpara del interior del carruaje, Bell regresó y, agachándose, movió los pliegues del abrigo hacia un lado mientras revisaba la herida. "Necesitamos detener la hemorragia."

Esther se dirigió a la parte trasera del carruaje y abrió los cierres del baúl. Luchó hasta que logró sacar un camión. Lo dobló con fuerza y se lo entregó a Bell.

Una vez que el material estuvo en su lugar, Bell miró a su señora. "Tenemos que movernos, señorita Hardy."

"No lo dejaremos aquí," dijo Esther.

"Es demasiado peligroso regresar a la casa, pero él no puede viajar a Hampshire. Nos tomará días."

Lydia había salido del carruaje. "¿Qué vamos a hacer, Esther?"

"No lo abandonaré cuando casi con seguridad nos ha salvado la vida. Vamos a cambiar nuestra ruta. Tiene razón, Bell; no podemos viajar a Hampshire. Es demasiado lejos para que él viaje en este estado. Llévanos a Exeter." Incluso decir el nombre de la ciudad le traía recuerdos que Esther preferiría no recordar, pero era la única solución.

"¿Está segura?" preguntó Lydia, sabiendo parte de lo que Esther estaría considerando al tomar su decisión.

"Sí. Creo que debo aceptar que mi pasado es lo que es," dijo Esther con resignación. Volviéndose hacia Bell, dio la dirección en la que debían viajar. "Nos tomará solo unas pocas horas llegar allí. Y no importará que lleguemos en medio de la noche."

Los tres lucharon para mover a Matthew dentro del cuerpo del carruaje. Él gimió al ser manipulado, pero permaneció mayormente inconsciente. Isabella se había encaramado en el asiento en la esquina más alejada mientras intentaban levantar a Matthew en el banco opuesto. Una vez que estuvo acomodado, Lydia se sentó en el borde del asiento junto a él, sosteniendo el material en su lugar para detener la hemorragia.

Bell había encendido las lámparas en la parte delantera del carruaje y había atado el caballo de Matthew en la parte trasera. Ahora que no parecía haber una amenaza inmediata, pudo encender las cuatro lámparas de aceite en el exterior y esperar que viajaran con seguridad durante la noche. Tenía una pistola metida en la cintura. Era la única arma que tenía para proteger a los cuatro ocupantes del carruaje. Iba a ser un largo viaje para el leal cochero.

Una vez sentadas, Esther extendió los brazos e Isabella se acurrucó en ellos. Era demasiado grande para sentarse en la rodilla de Esther, pero se acurrucó lo más cerca posible de ella. "Ciertamente estamos teniendo aventuras esta noche, ¿verdad?" le preguntó a la joven.

"¿Está enfermo el Capitán Dunn?" susurró Isabella.

"Me temo que sí, pero estamos yendo a buscar un médico y una cama cómoda." Esther intercambió una mirada con Lydia antes de volverse y mirar ciegamente la cortina que cubría la ventana del carruaje.

*

Llegando a Exeter más de cuatro largas horas después, todos estaban exhaustos. Habían tenido que cambiar de caballos una vez, lo cual no fue del agrado de los mozos que Bell había despertado bruscamente en la posada. Dejó una generosa propina y juró a los jóvenes guardar el secreto sobre haber visto un carruaje en plena noche. Los ocupantes del carruaje permanecieron quietos y en silencio mientras se enganchaban caballos nuevos y frescos. Afortunadamente, Isabella se había dormido, así que no había posibilidad de que emitiera un sonido y delatara quién estaba en el vehículo.

Se detuvieron en la dirección que Esther le había dado a Bell. Tan pronto como el cochero abrió la puerta del carruaje, ella se armó de valor y salió. Esther había tomado su decisión al costado del camino, y aunque había sido tomada en el calor del momento, no había vuelta atrás. No si Matthew iba a tener una oportunidad de recuperarse.

Golpeó fuertemente la puerta y esperó. Temblaba, y no tenía nada que ver con el frío de la noche. Maldiciéndose a sí misma, trató de recomponerse. Nunca había vivido en esta casa. No había malos recuerdos dentro de estas paredes. Era la ciudad y la persona a la que recurría lo que la vinculaba a un pasado que había intentado dejar atrás con tanto esfuerzo.

Finalmente, el cerrojo de la puerta se corrió y una sirvienta somnolienta abrió la puerta.

"Necesito ver a su ama. Por favor, dígame que Esther Hardy está aquí," dijo Esther.

Hubo un silencio mientras la sirvienta se giraba y miraba hacia las escaleras. Parecía esperar instrucciones. Que no llegaran hizo que Esther comenzara a preocuparse, pero luego una figura apareció en su línea de visión. "¿Esther? ¿De verdad eres tú?" preguntó una voz desde la mitad de las escaleras. "¿Qué haces aquí en plena noche?"

"Hola, Sophie. Estoy en un apuro."

Las palabras de Esther fueron suficientes para que la mujer que dudaba en las escaleras se pusiera en acción. "¡Entra! ¡Entra! ¿Qué ha sucedido? Apártate, Mary, vamos a necesitar preparar una habitación."

"Me temo que necesitamos más de una habitación. Somos cuatro, y uno está gravemente herido."

"¡Cuatro! Muy bien. Mary, despierta a John y mándalo a buscar al doctor Lucas. Dile que es urgente. Prepararé la habitación azul como la enfermería. Nos ocuparemos de los demás después. Vamos, no te quedes ahí parada, Esther."

Esther sonrió a pesar de su agitación interior. Sophie siempre era igual, rápida para comprender la situación y práctica. Probablemente tenía más de sesenta años, pero se movía y actuaba como una mujer mucho más joven. Había sido la única persona a la que Esther pudo recurrir cuando su madre murió, pero Esther tuvo que alejarse y dejarla atrás. Esther a menudo se había preguntado por qué Sophie había arreglado su traslado tan pronto después de la muerte de su madre, pero mucho de ese tiempo era una nebulosa. Cuando el shock de todo comenzó a disminuir con el tiempo, Esther trató de devolverle el favor a Sophie de la única manera que podía, que era de manera práctica. La bienvenida que estaba recibiendo en ese momento sugería que Sophie seguía siendo tan ingeniosa como siempre y que venir aquí había sido la decisión correcta.

Sophie, Esther, Mary la sirvienta y Bell llevaron a Matthew dentro de la casa, mientras Lydia llevaba a la todavía dormida Isabella. Sophie indicó que Isabella debería ser colocada en la habitación que ella acababa de desocupar. “Está caliente allí. Echa más carbón al fuego y métela en la cama. Esther o tú pueden unirse a ella más tarde.”

“No queremos ocupar tu habitación. Podemos trasladarnos a otra,” dijo rápidamente Esther.

“Tonterías. Esta casa te pertenece por derecho; tendrás la habitación más adecuada,” respondió Sophie.

Lydia lanzó una mirada a Esther en respuesta a la afirmación de Sophie. Esther nunca había mencionado que poseía una casa en la que su amiga se hospedaba. Aunque era típico de Esther ser tan atenta hacia una persona que apreciaba, no tenía sentido que nunca visitara a Sophie.

Esther ignoró la pregunta no formulada de Lydia y se concentró en Matthew. Tratar de explicar no era necesario en ese momento. Cuidar de Matthew era su prioridad.

Matthew fue difícil de desvestir, pero entre los cuatro lograron quitarle las capas exteriores y dejarlo en sus pantalones y camisa. Bell había luchado para quitarle las botas y amenazó con cortarlas.

“Por el aspecto de ellas, costaron una buena cantidad. A menos que desees estar pagándolas durante los próximos años, yo seguiría tirando si fuera tú,” dijo Sophie, tratando de ayudar.

Bell gruñó en respuesta, pero resopló y bufó hasta que finalmente las botas soltaron su agarre sobre Matthew. Retrocediendo ligeramente, el cochero respiró pesadamente.

“Bien hecho.” Sophie sonrió.

El doctor llegó poco después de que Matthew estuviera acomodado. Después de examinar la herida, dio un paso atrás. “La bala todavía está dentro de él. Necesito extraerla.”

“Entonces necesitamos agua y paños limpios, Mary,” instruyó Sophie.

“Le daré algo para ayudar con el dolor durante el procedimiento y dejaré algo para los próximos días. Ha perdido mucha sangre.”

“¿Probabilidades de supervivencia?” preguntó Sophie.

El doctor se veía incómodo ante una pregunta tan directa cuando había tres damas en la habitación, pero bajo la mirada firme de Sophie sacudió la cabeza. “Pocas.”

Lydia había acomodado a Isabella y, cuando estuvo segura de que dormía profundamente, se unió a los demás en la habitación de invitados. Ante las palabras del doctor, buscó apoyo en Esther. No podía soportar la idea de que Matthew perdiera la vida. Incapaz de detener las lágrimas, logró contener los sollozos que amenazaban con escapar.

Esther rodeó a su amiga con el brazo. “No va a morir.”

“Podemos hacer muy poco,” advirtió el doctor.

“Un comienzo será sacar esa bala de él. Actuaré como enfermera,” dijo Sophie.

“Lo haré yo,” dijo Esther.

“No. Pareces medio muerta. Ve y toma un vaso de brandy. Enviaré a Mary con algo caliente cuando regrese con las cosas que necesitamos aquí. Come lo que ella traiga y luego ve a la cama. Mary tendrá una habitación lista para ti,” dijo a Lydia. “Estará al lado de esta habitación. Te llamaré si empeora.”

Ambas mujeres asintieron en silencio y dejaron al doctor y a Sophie para que hicieran lo que necesitaban hacer. Después de guiar el camino hacia un salón – en el que Mary había logrado encender un fuego además de hacer todo lo demás, al parecer – Esther se dirigió a la

mesa de bebidas y sirvió dos grandes vasos de brandy.

“Sophie siempre tiene el mejor brandy,” dijo, entregando el vaso a Lydia. “Bebe esto. Te hará bien.”

“Parece una mujer muy capaz.” Lydia bebió, haciendo una mueca mientras el líquido le hacía contraer la garganta.

“Lo es. No creo que hubiera sobrevivido en la vida que solía llevar si no fuera más fuerte que la mayoría. Solía infundir el temor de Dios en hombres el doble de su tamaño.”

“Esto va a ser difícil para ti,” dijo Lydia en voz baja.

“Fue la decisión correcta,” respondió Esther. “El Capitán Dunn no habría sobrevivido el viaje si hubiéramos intentado ir a ver a Lord Longdon. Este era el único lugar seguro que se me ocurrió.”

“No necesariamente seguro para ti.”

“Los recuerdos están conmigo dondequiera que esté,” dijo Esther. “Probablemente no estoy en mucho peligro en realidad. Ya no.”

El tema se abandonó cuando Mary trajo una bandeja con dos cuencos humeantes de sopa y dos trozos de pan. “Es solo sopa, señorita,” dijo Mary, colocando la bandeja. “Pero es la mejor que encontrará en esta parte de Exeter.”

“Gracias. No pensé que tuviera hambre, pero huele delicioso,” dijo Esther. “¿Cómo está Bell?”

“Está acomodando a los caballos en los establos y luego le prometí algo de sopa. Pensé que no le importaría, señorita.”

“En absoluto,” aseguró Esther. “Gracias.”

Comieron la sopa en silencio y luego esperaron hasta que Sophie finalmente entró en la habitación. Ninguna de las dos quería irse a la cama antes de recibir una actualización sobre Matthew.

“Todo hecho,” dijo Sophie tan pronto como entró por la puerta.

“¿Cómo está?” preguntó Lydia.

“CÓmodo. Eso es todo lo que podemos esperar por el momento. Probablemente desarrollará fiebre, pero no se preocupen demasiado por eso. Es joven y fuerte, lo que le ayudará a combatirla. Por su aspecto, ya ha enfrentado algunas batallas.”

“Sí,” dijo Lydia. “Estoy dispuesta a quedarme con él.”

Sophie sacudió la cabeza. “Me quedaré con él esta noche. Ustedes dos pueden discutir quién quiere cuidarlo en los próximos días, porque estoy segura de que necesitará cuidados constantes. Sean prácticas por esta noche; ninguna de ustedes está en condiciones de estar junto a un enfermo hasta el amanecer. Váyanse a la cama.”

“Gracias.” Lydia se dirigió primero a la puerta, entendiendo que probablemente Esther necesitaría hablar con Sophie a solas. “Les deseo buenas noches a ambas.”

La habitación se quedó en silencio una vez que Lydia se fue. Sophie esperó para ver si Esther hablaba primero, pero cuando no lo hizo, Sophie la miró evaluativamente. “Me sorprende verte. Nunca pensé que volverías a visitar esta ciudad.”

“Era el único lugar al que podía venir.”

Las palabras de Esther causaron un levantamiento de cejas y una pausa, pero, pareciendo recobrase, Sophie finalmente sonrió. “Te has convertido en una mujer admirable. Apenas te reconocería, aunque veo a tu madre en tus rasgos. Te ves bien, aparte del agotamiento, el miedo y la aprensión escritos en tu rostro, por supuesto.”

Esther sonrió con ironía. “Aparte de eso.”

“Fue un día extraño cuando te fuiste.” Las palabras fueron dichas con vacilación, como si tuviera cautela sobre la respuesta de Esther.

“No me gusta recordar esa época, lo admito. La idea de irme fue un alivio y aterrador al mismo tiempo. Tú fuiste firme en que debía irme, después de todo; fue gracias a que enviaste mensaje a mi tío. Resultó ser una cosa amable que hiciste.”

Una expresión de diversión cruzó el rostro de Sophie, pero pronto adoptó una expresión neutra. “Sí. Aquí no era el lugar para mantenerte. Estabas en un estado tan lamentable y como un ratón asustado. No había nada que pudiera hacer – acudir a tu tío fue lo mejor para ti. Sé que tu madre estaría de acuerdo, que Dios la tenga en su gloria.”

“Su intento de protegerme le costó caro.”

“¿Aún te sientes culpable por su muerte, verdad? No fuiste tú quien la causó. Nadie podría haber predicho cómo iba a terminar ese día.”

“Tomaste el control de una situación que no pudo haber sido fácil. Nunca olvidaré eso ni dejaré de agradecértelo,” dijo Esther en voz baja.

“Me lo has pagado con creces.” Sophie se levantó, pareciendo querer terminar la conversación. Se acercó a la puerta y la abrió. “Ven. Es hora de irse a la cama. Creo que tendrás días difíciles por delante.”

“Creo que todos los tendremos hasta que el Capitán Dunn se recupere.”

Pero ambas mujeres sabían que las palabras de Sophie no se referían en absoluto a Matthew.

Capítulo 10

Samuel entró en la cocina de la Casa Corless. Había sido una noche larga, pero habían ganado. Era un milagro cuando pensaba en lo que habían enfrentado.

La cocinera estaba ocupada atendiendo a los lacayos reunidos alrededor de la mesa del centro de la habitación y vigilando una gran olla de estofado que burbujeaba sobre el fuego abierto. Una criada ayudaba a lavar heridas y a poner vendajes en las más profundas. Dawson tenía el brazo en cabestrillo, pero hablaba con cada uno de los empleados para consolarlos y levantarles el ánimo.

Samuel mostraba algunos moretones e hinchazón considerables, si la tirantez de su piel era un indicio. Era un milagro que no hubieran sufrido ninguna baja, la más cercana siendo la herida de bala en el hombro de Dawson, pero afortunadamente no era más que un rasguño.

“Capitán Jones, siéntese,” le ordenó la cocinera. “Se agotará si no lo hace.”

“Estoy bien,” dijo Samuel, pero obedeció y dio una palmadita en el hombro al lacayo a su lado. “Lo hiciste bien.”

El lacayo se sonrojó ante el elogio del experimentado militar, pero no tuvo oportunidad de responder ya que la cocinera interrumpió.

“Los sonidos que oíamos desde el sótano eran aterradores. Pensé que no quedaría nada de la casa cuando saliéramos, se lo digo.”

Samuel sonrió, su habitual cinismo lacónico había desaparecido. “No esperaban las pequeñas sorpresas que les habíamos preparado.”

“No es de extrañar que Napoleón fuera derrotado con trucos como esos en su haber,” dijo Dawson admirado.

“Era completamente diferente allí. Estaba a caballo y al frente de la carga contra el enemigo. Esto requería un poco más de delicadeza,” dijo Samuel con una sonrisa. “Pero sí tomé algunas ideas de otros regimientos.”

Habían preparado algunas explosiones que podían detonarse con largas líneas de pólvora. Había sido arriesgado, pero afortunadamente ni el viento ni la lluvia habían obstaculizado el cuidadoso plan que Matthew y Samuel habían elaborado. Cuando las explosiones se produjeron en varios lugares, lejos del grupo que escapaba, concentraron la actividad de los hombres que atacaban la casa.

Fueron obligados a atacar por un solo pasillo, lo que dio ventaja a las pocas personas en la casa. Samuel sabía que tenían poca ventaja sobre los hombres decididos a penetrar en el edificio y llevarse a la niña que pensaban que aún estaba dentro, pero había usado todas las ventajas posibles al estar consciente del ataque inminente.

Los atacantes no esperaban que alguien de la casa estuviera afuera; algunos de los hombres pudieron disparar a los agresores mientras se acercaban. Fue una estrategia arriesgada, pero junto con un lacayo en el balcón superior que resultó ser un excelente francotirador, lograron reducir los números a una pelea más equilibrada.

Había diez hombres. Algunos fueron abatidos, pero había suficientes vivos como para que pudieran obtener información antes de ser ahorcados. Samuel estaba bastante seguro de que no había otros esperando para continuar sus planes de secuestrar a Isabella. De hecho, se había sorprendido de que fueran tantos. Claramente había sido un intento serio de socavar la monarquía.

Los rebeldes sobrevivientes fueron llevados a la prisión de Sidmouth y serían transportados a Londres a la mañana siguiente. Insistió en que estuvieran fuertemente custodiados sin posibilidad de escape ni de persuadir a sus carceleros para que los liberaran. Habría muchos hombres escoltándolos a Londres. Estaba decidido a que no escaparan.

Cuando Cook colocó un cuenco de hielo y una toalla frente a él, le dirigió una mueca. "¿Mis buenos aspectos desaparecidos para siempre?"

"Por el momento," respondió la Cocinera condenatoriamente.

"El problema de ser heroico es que todo es bastante desordenado."

"No me preocuparía demasiado," dijo la Cocinera en voz baja. "Estoy segura de que volverás a ser su apuesto yo de siempre para la próxima vez que la vea."

Samuel miró agudamente a la cocinera. Era un comentario impertinente, y normalmente habría respondido con una de sus réplicas mordaces, pero ahora no era el momento, después de que todos habían trabajado juntos tan de cerca.

"Tengo ojos en la cabeza, joven, y mi oído en el suelo," dijo ella antes de empezar a hablar con la criada que había permanecido con ella.

Samuel tomó un poco de hielo, lo puso en la toalla y sostuvo la compresa de hielo en su mejilla. Apretando los dientes, estaba agradecido por sus moretones, porque estaba seguro de que había sonrojado como un novato ante sus palabras.

A su lado, el lacayo tosió. "Ella me asusta la mayor parte del tiempo. Sabe todo," dijo muy en voz baja.

Ambos parpadearon ante la mirada conocedora y a la vez castigadora que la Cocinera les lanzó.

"Dios mío," dijo Samuel. "Creo que tienes razón."

*

A la mañana siguiente, Samuel se levantó rígido y dolorido. Se vistió y bajó directamente a la cocina. No tenía sentido quedarse arriba cuando era el único huésped en la casa.

La Cocinera asintió con aprobación cuando él entró en la cálida habitación. "Me alegra ver que no es tan altivo como para no unirse a nosotros después de toda la emoción."

Samuel rio. "Sería un pobre ser si me quedara arriba mientras todos nos sentimos un poco delicados esta mañana. ¿Cómo está Dawson?"

"Oh, nunca ha estado más feliz," dijo Cook. "Tiene suficientes historias para aburrir de muerte al personal más joven con cuentos hasta que se jubile."

"Escuché eso," dijo Dawson, entrando en la habitación desde el pasillo de la cocina. "Buenos días, capitán."

"Es verdad," dijo la Cocinera. "Siéntense. Creo que he hecho demasiado desayuno. No estoy acostumbrada a tener tan pocas bocas que alimentar."

"Música para mis oídos," dijo Samuel, sentándose a la mesa como si fuera lo más natural del mundo.

"¿Cuáles son sus planes para hoy, señor?" preguntó Dawson, permitiendo que la Cocinera le cortara la comida y enviando una sonrisa a Samuel, que fue rápidamente escondida cuando la Cocinera le dio un golpe en los nudillos con su cuchillo.

"Si haces de nuevo eso, te dejaré que te las arregles solo," lo reprendió.

Sofocando una risa, Samuel respondió a Dawson. "Voy a partir con los prisioneros. Quiero ver que los entreguen a Londres, y luego me dirigiré a Hampshire, donde Dunn y el grupo habrán llegado para cuando yo llegue. Luego tendremos que decidir qué hacer con la niña

antes de que la señorita Hardy y la señorita Bolton puedan regresar aquí y continuar como de costumbre.”

El rostro de la Cocinera se nubló, pero se dio la vuelta.

“¿Hay algún problema?” preguntó Samuel.

“Dudo que la escuela pueda continuar.”

“¿Por qué?”

“La gente chismorreará. La señorita Esther ya ha perdido a dos maestros por esto. ¿Quién sabe cuántos niños volverán después del verano? Como si no hubiera enfrentado ya suficiente.”

“Pondremos la casa y los terrenos en perfecto estado lo antes posible,” interrumpió Dawson.

“Eso, amigo mío, podría no ser suficiente. Ambos sabemos eso.”

Samuel sabía sin duda que, si pedía más información, no la obtendría, pero ahí estaba de nuevo. Esa curiosidad sobre Esther que había comenzado desde el momento en que la conoció. Bueno, desde el momento en que ella lo había reprendido, pero casi desde el momento en que se conocieron. Evidentemente, había mucho que aún no sabía sobre ella. Pero quería saber, y era tremendamente frustrante no poder averiguar la verdad.

Después de comer hasta saciarse, salió de la cocina y fue a arreglar su equipaje. No creía que volvería a Corless House por un tiempo, y ese pensamiento solo era suficiente para distraerlo toda la mañana, sin mencionar lo que la Cocinera había insinuado.

Cuando finalmente estuvo listo para partir, bajó a la cocina una última vez. La Cocinera estaba amasando masa en la mesa de trabajo fregada, con los brazos cubiertos de harina. Ella le sonrió tan pronto como él entró en la habitación.

“¿Lista para el viaje?”

“Sí. He venido a despedirme y a agradecerles a todos.”

“Me gustaría decir que ha sido la mayor aventura que he tenido en años, lo cual es cierto, pero no quisiera que pensara que deseo que traiga más emoción a esta casa. No de ese tipo, al menos.”

“Dudo que nuestros caminos se crucen de nuevo, así que puede relajarse,” dijo Samuel.

“Es una pena, me gustaría verlo aquí de nuevo en algún momento.”

“Está demasiado lejos de Londres para mi gusto.”

“Hay mucho que decir sobre el aire del mar y el campo. Pero buen viaje, y espero que esos sinvergüenzas reciban su merecido,” respondió la Cocinera.

“Tales tentaciones no son para mí, me temo. No se preocupe por los prisioneros. Se arrepentirán de haber venido a esta parte del mundo. Espero que su castigo prevenga que ideas tontas se desarrollen en la mente de cualquier otro,” aseguró Samuel antes de salir una vez más.

Mirando la puerta vacía, la Cocinera sonrió para sí misma. “Busque los lugares de interés de Londres si quiere, pero volverá antes de lo que imagina, si sé algo al respecto,” murmuró para sí misma, amasando la masa con renovado vigor.

Capítulo 11

Esther había adivinado la razón por la que Lydia se había ofrecido como enfermera para Matthew. Había visto cómo su amiga miraba a Matthew desde hacía tiempo, y era entrañable haber notado las miradas igualmente afectuosas que el oficial de caballería dirigía hacia Lydia cuando creía que nadie lo veía.

Conociendo la historia de Lydia, Esther no iba a discutir sobre de quién debía ser el deber de cuidarlo, y eso significaba que ella podría cuidar de Isabella y pasar un tiempo con Sophie. Ahora que estaba de vuelta en la ciudad donde había pasado gran parte de su vida, no había razón para no disfrutar de la compañía de Sophie. Habían sido sus propios demonios los que le habían impedido visitar, y Sophie no se estaba haciendo más joven.

Sus mañanas las pasaba dando lecciones a Isabella, y luego, después de un rato en el jardín, Isabella era enviada a la antigua guardería en la parte superior de la casa con una doncella. Cuando quedó claro que se quedarían un tiempo, Sophie había redirigido a una de sus doncellas de mayor confianza para que actuara como niñera de la niña.

Esther seguía insistiendo en que Isabella durmiera en la misma habitación que ella, así que habían permanecido en la cámara más grande, donde se había instalado una cama supletoria para Isabella.

Una tarde, Esther entró en el salón y se sentó con un suspiro. “Es mucho más fácil enseñar a una niña que a una clase llena.”

“¿Vas a salir alguna vez?” preguntó Sophie, directa como siempre.

“Probablemente no,” admitió Esther.

“¿Estás tratando de esconderte? Dudo que puedas ocultarte para siempre.”

“Estoy haciendo todo lo posible.”

Sophie sonrió y le sirvió una taza de té a Esther. Al entregarle la delicada taza de porcelana a la joven, le tocó el hombro. “Probablemente no te recordará aunque lo veas.”

“Yo lo recuerdo. Eso es suficiente.”

“Ya no eres una niña asustada.”

“No. Soy una mujer asustada. No ha cambiado mucho.”

“No seas tan miedosa. Mira tu vida ahora, rica y respetable. Me sorprende que nunca te hayas casado. Pensé que lo harías.”

“La herencia de mi tío me ha dado la oportunidad de ayudar a las chicas que podrían beneficiarse de un hogar seguro y darles las habilidades para asegurar su propio futuro,” dijo Esther.

“Estás curando sus males... muy loable, pero solitario.”

Abrazándose a sí misma en un acto de auto consuelo, Esther miró al fuego. “Esa noche todavía me atormenta.”

“Tu madre murió hace años. ¿No es hora de superarlo?”

Esther pensó que las palabras eran un poco duras, pero supuso que era parte de la franqueza de Sophie. Había olvidado cuán brusca podía ser la mujer. Durante gran parte de la vida de Esther, su madre se había interpuesto entre ella y Sophie; estaba empezando a darse cuenta de por qué. “Me temo que nunca podré hacer eso. No era su momento.”

“Entonces lo siento por ti. Parece que podrías ser más parecida a tus padres de lo que pensaba.” Sophie parecía un poco molesta con Esther, pero se abstuvo de decir algo más.

Esther estaba confundida por las palabras de Sophie. Sophie había estado allí todo el tiempo y había organizado todo, una vez que el mundo de Esther se había destruido. Esther había supuesto que había mucha simpatía por parte de la mujer mayor, pero por primera vez tuvo la sensación de que Sophie estaba impaciente con sus respuestas. Era un poco extraño e inquietante. Para tratar de entenderlo, Esther tendría que reflexionar sobre su pasado, y eso era algo que no le apetecía.

*

Lydia se negó a perder la esperanza. No podía hacerlo. Porque si lo hacía, habría perdido dos veces, y eso era demasiado cruel. Seguramente merecía algo de felicidad. Suspiró. ¿Quién era ella para decidir lo que merecía y lo que no? Era feliz la mayor parte del tiempo, pero a veces... a veces anhelaba tener un esposo y una familia propia.

Cuando Matthew había ingresado a la escuela, ella había sentido una atracción hacia él. No era realmente una sorpresa, ya que era un hombre apuesto que no parecía tan arrogantemente fanfarrón como Samuel. El hecho de que hubiera servido en la misma unidad que su prometido y hubiera resultado herido podría haber sido la primera conexión real que compartieron, pero la atracción hacia él iba más allá de eso. Le gustaba por sus propios méritos y por cómo era. Amable, gentil y divertido. Ahora parecía que estaba luchando por su vida, y ella no sabía cómo ayudar, ni qué haría si él perdía la batalla.

Pasaron los días, y Matthew ardía de fiebre, delirante y angustiado. Una doncella permanecía con él durante la noche bajo la estricta instrucción de que, si su condición empeoraba, debían llamar a Lydia. Ella estaba decidida a que, si él moría, estaría con alguien que se preocupaba por él.

Limpiando la cara de Matthew con un paño como hacía cada mañana cuando llegaba a la habitación, Lydia se vio interrumpida por la llegada del médico. Él lo visitaba todas las mañanas, pero generalmente no tenía nada nuevo que ofrecer. Entró en la habitación y notó el ceño fruncido de Lydia.

“¿Sin cambios, señorita Bolton?”

“Sí. Creo que hay algo nuevo.” Lydia retrocedió para permitir que el médico accediera a Matthew.

Después de unos momentos, el médico sonrió. “La fiebre ha bajado. Empezaba a pensar que nunca lo haría.”

“Yo también,” admitió Lydia.

“Aún está muy lejos de recuperarse,” advirtió el médico. “Pero esto es una buena señal.” Dejando instrucciones sobre lo que se debía hacer cuando Matthew despertara, el médico finalmente dejó a Lydia sola con su paciente.

Ella se sentó un rato, observando el subir y bajar del pecho de Matthew mientras respiraba más regularmente de lo que lo había hecho desde su llegada. Elevó muchas oraciones de agradecimiento, que reemplazaron las oraciones que habían suplicado por su recuperación. Finalmente, pudo mover sus rígidos hombros, dándose cuenta de que había estado tensa durante días y manteniéndose rígida. Sus hombros dolían, pero no le importaba. Él había superado el primer gran obstáculo.

“Vas a estar bien,” dijo en voz baja. “Si necesito pasar cada hora de cada día cuidándolo, así será.”

“Eso suena encantador,” dijo la voz rasposa. Sus ojos permanecían cerrados, pero sus labios se curvaban en una sonrisa muy débil.

“Hmm, no es bueno que haya oído eso,” dijo Lydia, pero se sentó descaradamente en el borde de la cama y tocó su brazo. “Podría convertirte en un paciente muy difícil.”

Lydia sonrió. “Sabía que debería haber sido más circunspecta.” Se inclinó hacia adelante y apartó el cabello de Matthew de su frente. Caía sobre sus ojos incluso cuando estaba acostado. “Me alegra que haya vuelto con nosotros. Me preocupó un tiempo.”

Matthew abrió los ojos lentamente, parpadeando varias veces antes de poder aclarar su visión lo suficiente como para enfocarla en ella. “Dígame que no es un ángel,” susurró.

“No. No lo soy.”

“Eso está bien. Me alegra estar despierto. Estaba muy oscuro.”

“Shhh,” dijo Lydia. Le acarició la cara con suavidad. Nunca había sido tan descarada en su vida, pero no podía evitarlo. Probablemente no recordaría nada de todas formas; apenas estaba consciente.

Mientras él volvía a sumirse en un sueño profundo, se sintió aliviada al ver que parecía más relajado. Por una vez, el futuro parecía más brillante de lo que había sido. No era una tonta. No presumía nada; él podría despertar, recuperarse y regresar a Londres, pero si eso era lo que hacía, aun así estaría feliz, porque él estaba vivo y estaría bien.

*

“¿Qué quieres decir con que no los has visto ni oído?” Samuel exclamó con furia. Estaba de pie en el estudio de su viejo amigo y ex oficial de caballería, Miles Longdon.

“No ha habido llegada ni noticia de Dunn, ni de nadie más, para el caso. Mi primer conocimiento de esta señorita Hardy fue cuando mencionaste su nombre en esta última media hora.” Miles observaba con cierta diversión cómo su normalmente sereno amigo apenas podía contenerse, con los puños cerrados, la mandíbula tensada y luciendo como si no supiera si debía pisar fuerte de frustración o golpear algo con fuerza.

“¿Pues dónde están?” demandó Samuel.

“Por mucho que odie ser de poca ayuda, no tengo idea,” repitió Miles.

“Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea. ¿Dónde pueden estar?” Samuel paseaba de un lado a otro frente al escritorio detrás del cual estaba sentado Miles. Le había contado a Miles sobre el ataque y cuál había sido el plan. No hubo oportunidad de advertirle de antemano sobre la llegada inminente por temor a la posible interceptación de mensajes.

“Dunn no se habría desviado del plan sin una buena razón,” señaló Miles.

“No.”

“¿Podría haber habido más hombres en la ruta que debían tomar?”

“Posiblemente, pero seguramente ya habríamos oído algo al respecto.” Samuel se sentó al pensar en que pudieran haber sido capturados y estar en peligro durante días sin que él lo supiera. No se había apresurado a ir a Barrowfoot House porque presumía que estarían seguros allí. Se sentía enfermo del estómago. “Ella podría estar en peligro y yo no lo sabía.”

Miles observó a su amigo evaluadoramente. “¿La niña?”

“¿Qué? ¿Quién? Sí, claro.”

Dejando escapar una risita, Miles sonrió. “¿Quién es la pobre infeliz que te tiene embobado?”

Samuel lanzó a Miles una mirada que decía mucho. “Debería mostrarte exactamente lo que pienso de ese comentario, pero afortunadamente para ti no tengo tiempo.”

“Muy interesante,” dijo Miles, pero levantó las manos cuando parecía que Samuel iba a hablar. “Antes de que me arranques la nariz, tendrás que reconstruir su viaje. ¿Debo arreglar mi

equipaje?”

Samuel sonrió a su amigo. “Parece que estamos destinados a seguir aventurándonos juntos. Apreciaría tu compañía, pero soy plenamente consciente de que, al estar recién casado, me despreciarás por alejarte de tu esposa.”

“Como esa esposa fue rescatada con tu ayuda en dos ocasiones, estoy seguro de que lo entenderá,” dijo Miles. No quería dejar a su querida Susan ni siquiera por una noche, pero el servicio que sus amigos le habían prestado sin cuestionar le hacía estar dispuesto a dejarla por unos días.

“Aún digo que ella es demasiado buena para ti,” dijo Samuel, recuperando parte de su habitual arrogancia.

“No podría estar más de acuerdo,” respondió Miles, llamando al timbre. “Espero que no seas tan molesto como de costumbre.”

“Imagino que lo seré.”

“Oh, esperaba que tu corazón herido te mantuviera en silencio.”

“Cuida tu lengua, Longdon.”

“Oh, no. Esto es venganza, amigo mío. Por toda la travesura que me causaste.”

Samuel gimió. Ese era un comentario con el que no podía discutir. Iba a ser un viaje largo y tedioso, y no del todo por su preocupación por Esther.

Capítulo 12

Samuel llegó a Corless House más sumiso que nunca. Los días de búsqueda y viaje lo habían agotado de maneras que nunca había imaginado posibles. Agradecía que Miles hubiera estado con él en cada paso del camino y hubiera mantenido el ímpetu. No estaba seguro de lo que le habría pasado si hubiera estado solo. Cada vez que revisaban una posada y no encontraban nada que pudiera conducirlos al grupo que buscaban, era como si un pedazo de su corazón se desmoronara. Pasaba de sentir un pánico furioso a una desesperación desesperada, y no sabía cuál de las emociones era peor.

“No pueden estar aquí,” dijo Samuel mientras los dos hombres cabalgaban hacia Sidmouth. Parecía que había pasado una eternidad desde que estuvo con Matthew, enojado por haber sido enviado a una tarea tan humillante. ¡Oh, cómo habían cambiado las cosas!

“Ya hemos revisado en todas partes,” dijo Miles. “No queda ningún lugar por buscar.” Habían sido unos días agotadores para ambos.

“No puedo pensar en lo que podría haber pasado,” dijo Samuel. “¿Cómo puede desaparecer un carruaje, tres pasajeros, un cochero y un hombre militar armado en el aire? No tiene sentido.”

“La encontraremos,” dijo Miles, aún sin estar seguro de quién era esa “ella”.

Samuel le hizo una mueca. “Estoy preocupado por todos ellos, pero admito...”

“Lo sé. Sientes que no tienes control, que estás completamente indefenso y que tu mundo nunca será el mismo si ella no está en él. ¿Estoy cerca de la verdad?”

“Maldita sea, sí. ¿Es esto normal?”

“Perfectamente, hasta que puedas hacerla tuya y vivan felices para siempre,” respondió Miles.

“No estoy seguro de que pueda hacerlo. Nunca he codiciado el estado matrimonial, ni la vida fuera de Londres,” admitió Samuel. Lo que no dijo fue que había estado pensando en el matrimonio durante un tiempo desde que conoció a Esther. No. No podía admitir eso a su amigo. Apenas podía reconocer el hecho para sí mismo, y mucho menos a Miles, quien probablemente lo torturaría con su confesión.

“Yo tampoco. Pero cuando te golpea, no puedes hacer nada al respecto...bueno, podrías, pero tener una vida sin la persona que amas en ella probablemente te haría miserable por el resto de tu vida.”

“Maravilloso. Estoy condenado si lo hago y maldito si no lo hago.”

“Eso resume bastante bien el enredarse con el amor de tu vida.”

Samuel intentó concentrarse en la carretera, pues su garganta se había contraído ante las palabras de Miles. Eran palabras fuertes y con una gran responsabilidad detrás de ellas. “¿Cómo sabes cuándo es el amor de tu vida?”

“Cuando estás dispuesto a recorrer el país por ella y apenas dormir, preocupado por lo que le pueda haber pasado.”

“¡Querido Señor! No estoy seguro de que ella merezca que alguien como yo le sea impuesto. No estoy seguro de que siquiera le guste.” No. Eso estaba mal. Sabía que estaba mal, pero por primera vez en su vida, estaba menos seguro de sí mismo y dudaba de si ella realmente lo consideraría un pretendiente serio. Sí, habían compartido un beso, pero fue en el calor de la batalla, por así decirlo. No podía condenarla por eso, especialmente porque él lo había instigado.

“Depende de ti ser lo mejor que puedas para ella,” dijo Miles en voz baja. “Vaya, esta es una gran casa para una escuela.”

“¿No es así?” dijo Samuel, llamando al portero.

“Capitán Jones, buenos días. Qué bueno verlo de vuelta. Espero que traiga noticias de la señorita Hardy,” dijo el portero mientras abría el gran portón de hierro.

“Maldita sea. No está aquí,” dijo Samuel en voz baja, la tensión en su pecho aumentando su agarre.

*

“Me temo que no ha habido noticias de nadie desde que se fue, capitán,” dijo Dawson, después de haber mostrado a los dos caballeros al salón.

Mientras Samuel había estado ausente, la casa había sido restaurada a como había estado antes. Todo estaba en su lugar, excepto su ama de llaves.

“No llegaron a Barrowfoot House, y hemos revisado cada posada entre aquí y Hampshire, sin señales de ellos,” dijo Samuel.

Dawson aún tenía el brazo en cabestrillo, pero instruyó a una sirvienta para que llevara una bandeja con refrigerios. “Voy a preparar su habitación, señor, y una para su señoría.”

“Sí. Supongo,” dijo Samuel. “¿Dónde demonios buscamos ahora?”

“¿Tiene ella alguna familia o amigos?” preguntó Miles a Dawson.

“No, señor. Su tío era su último pariente.”

“¿Y Dunn? ¿O esta señorita Bolton?”

“La familia de la señorita Bolton vive en Sidmouth, y si hubieran estado allí, ya lo habríamos sabido,” aseguró Dawson.

“La familia de Dunn es de Gales. Supongo que podrían haber viajado allí, pero no tengo idea de por qué,” dijo Samuel.

“Comamos algo, y luego podremos planear nuestro siguiente movimiento,” dijo Miles, acercándose a la bandeja llena de comida.

“¿Alguna vez te olvidas de tu estómago?”

“No, a menos que esté gravemente enfermo, y nunca he estado tan enfermo hasta la fecha,” dijo Miles con una sonrisa, mordiendo una gran galleta.

Los dos hombres comieron y bebieron en silencio una vez que Dawson los dejó. El aire sombrío que emanaba de Samuel era suficiente para convencer a Miles de que no estaba ideando muchas posibles avenidas para explorar una vez que estuvieran satisfechos.

Cuando la bandeja estuvo vacía, Dawson volvió a entrar en la habitación con una sirvienta e instruyó a la mujer para que recogiera las tazas y platos.

“¿Está ocupada la cocinera? Me gustaría saludarla,” preguntó Samuel.

“Está ansiosa por verlo, señor.”

“Entonces iré directamente a la cocina,” dijo Samuel, levantándose. “¿Me acompañas, Miles?”

Miles lo siguió, mudo hasta que entraron por las escaleras hacia la cocina. “¿Estás buscando a la cocinera?”

“Sí. Es una mujer formidable que no titubeó cuando debió haber estado aterrorizada.”

“¿Eres algún tipo de gemelo de mi viejo amigo del que no he sabido nada hasta ahora? Porque no eres el Jones que conozco.” El tono de Miles era incrédulo, y su expresión la de un hombre que miraba a su amigo como si fuera la primera vez.

“¿Estaba yo tan elevado en mi propia opinión que consideras este comportamiento

extraño?”

“Sin duda, un rotundo sí.”

“Entonces era un tonto,” dijo Samuel, entrando en la cocina con una sonrisa en el rostro.

La cocinera levantó la vista y abrió los brazos en señal de bienvenida. “¡Ah, ahí está! ¡Finalmente ha vuelto a nosotros! ¿Qué es todo esto de que la señorita Esther está desaparecida?”

“Cocinera, este es mi amigo Lord Longdon,” dijo Samuel, esperando retrasar la inevitable conversación difícil.

“Mi lord.” La cocinera hizo una reverencia. “Es tan bienvenido en mi cocina como el capitán Jones.”

“Gracias,” dijo Miles tímidamente.

“Es agradable verlo de nuevo, capitán Jones, pero admito que estoy deseosa de saber dónde podría estar mi ama,” dijo la cocinera, mirándolo directamente a Samuel. “¿Qué ha salido mal?”

“Ojalá lo supiera.” Samuel tomó asiento en la gran mesa de la cocina. “Parece que han desaparecido en el aire.”

“Eso es una tontería. ¿Dónde han revisado?”

Samuel le contó sobre el viaje que habían hecho y todas las posadas en las que habían parado y preguntado a los posaderos. “No hay absolutamente ninguna señal de ellos. Parece imposible que no haya rastro, pero no hay ninguno.”

La cocinera miró a Samuel; parecía estar evaluando qué decirle.

Samuel captó rápidamente su vacilación. “¿Qué pasa? ¿Ha tenido noticias?”

“No. Lo que le digo no es un secreto que me corresponde revelar y normalmente no lo divulgaría, pero creo que bajo las circunstancias tiene sentido que ella fuera allí si estaba en problemas.”

Miles y Samuel esperaron mientras la mujer luchaba consigo misma, pero Miles podía ver que le estaba costando mucho a Samuel mantenerse paciente.

“Si algo salió mal, solo hay un lugar al que iría además de Corless House. El único otro lugar que conoce.”

“¿Dónde?” demandó Samuel.

“Exeter.”

“¿Por qué allí? Solo está a unas pocas horas en carruaje. El objetivo era alejarlos de aquí lo más posible,” exclamó Samuel.

“Es donde creció, señor. La mujer que alojó a su madre y a Esther aún vive en Exeter. No habría tomado la decisión a la ligera, pero es el único otro lugar que conoce. Si ha ido allí, estará sufriendo de más maneras que solo preocupándose por la niña. Necesitará ser tratada con suavidad.”

Las últimas palabras fueron dirigidas directamente a Samuel, y aunque sintió que sus mejillas se sonrojaban ligeramente —lo cual era ridículo para un hombre de su edad y experiencia—, asintió. Esther tenía secretos. Sabía eso. Debería llenarlo de júbilo el hecho **de que iba a descubrir la verdad detrás de la intrigante señorita Hardy, pero la realidad era que solo esperaba que ella estuviera bien.**

*

“Miles y Samuel se refrescaron y luego partieron una vez más. Viajaron en silencio por un tiempo hasta que, finalmente, Miles no pudo contenerse más.

“Tengo mucha curiosidad por conocer a esta señorita Hardy.”

"Si esperas que empiece a hablarte como si fueras algún tipo de confesor, me temo que vas a quedar muy decepcionado", respondió Samuel.

Miles se rio. "Nunca fuiste divertido. Admito que casi me echo a reír cuando te sonrojaste como una debutante frente a la cocinera. No creo haber visto jamás un tono de rosa tan favorecedor en ti, amigo mío."

"Si quieres seguir sentado en tu silla, cuidaría mis palabras si fuera tú."

"El problema que tengo es que, si no me dices lo que ha estado sucediendo, no me queda otra cosa que dejar volar mi imaginación. Tengo una imaginación muy activa..."

"¡Insoportable bufón! ¿No voy a tener paz?"

"Probablemente no", admitió Miles. "La misma que yo no tuve. Me parece recordar que eras tan molesto como una mosca zumbona."

"Como ahora disfrutas de un matrimonio muy feliz, puedo argumentar con cierta autoridad que tenía razón."

"Tal vez, pero me diste muchos problemas durante el proceso de descubrir que estaba enamorado de Susan."

"Merecidamente", dijo Samuel.

"La señorita Hardy..."

"¡Oh, por el amor de Dios! Es la mujer más molesta, testaruda, terca, dictatorial y sabelotodo que he tenido la desgracia de conocer."

"Suenas perfecta para ti."

Samuel guardó silencio por un momento. "Creo que probablemente lo sea."

"Me alegra que pienses así. Ya era hora de que estuvieras atado a alguien que no se dejara abrumar por tu propia opinión de importancia personal o derecho. Necesitas a alguien lo suficientemente valiente para regañarte cuando te pases de la raya. Lo cual puede suceder con demasiada frecuencia."

Sacudiendo la cabeza con disgusto hacia su amigo, Samuel chasqueó la lengua. "Gracias a Dios Dunn estuvo conmigo desde el principio en lugar de ti. Con tus ánimos, la señorita Hardy habría sido completamente insufrible, más de lo que ya era."

"Me sorprende que no haya habido noticias de Dunn", dijo Miles, temporalmente desviado de sus bromas. "Él habría sabido que necesitarías encontrarlo tarde o temprano."

"Estoy de acuerdo. Es lo que me desconcierta, y no puedo pensar en nada que resulte en una conclusión satisfactoria."

"¿Dunn podría haber sido asesinado?" preguntó Miles.

"Sí. La única tranquilidad que se me ocurre es que, si ese fuera el caso, alguien lo habría oído. Seguramente todos deben seguir vivos o se habría enviado algún tipo de mensaje."

"Espero que tengas razón, amigo mío."

"Yo también lo espero. Más de lo que jamás pensé que podría."

Capítulo 13

Matthew se sentía como si lo hubieran atropellado una docena de cargas de caballería. Todo le dolía y lo único que quería era dormir. Aunque, por más que le doliera, despertarse no era del todo molesto. El ángel que era Lydia parecía estar permanentemente a su lado, y lo calmaba, le daba agua fresca y le limpiaba la cara. A menudo se sentaba al borde de la cama y le tomaba la mano. Le gustaba mucho cuando eso sucedía, ya que parecía anclarlo a ella y eso enviaba un calor recorriendo su cuerpo.

Su expresión era tan preocupada y tierna que le hacía doler el alma, y no tenía nada que ver con lo que lo aquejaba. A veces intentaba recordar exactamente qué lo aquejaba porque no podía recordar lo que había sucedido. Parecía una neblina borrosa, pero de alguna manera sentía que era importante. Una lástima, entonces, que dormir fuera más atractivo que intentar luchar contra recuerdos que estaban mezclados con oscuridad.

No tenía idea de cuánto tiempo había estado en este estado de flotar entre el sueño y una vigilia nebulosa, pero a medida que pasaba el tiempo, se sentía más lúcido. Una mañana abrió los ojos y, como siempre, Lydia le sonreía.

“Buen día, dormilón. ¿Cómo te sientes esta mañana?” dijo ella, moviéndose inmediatamente para verter una pequeña taza de agua.

“¿Por qué mi cuerpo se siente como si hubiera perdido una pelea reciente?” dijo Matthew.

“¿No recuerda nada de lo que pasó?”

“En absoluto.”

Lydia lo ayudó a beber, y una vez que estuvo cómodo nuevamente, se sentó a su lado. “¿Sabe quién soy?”

Matthew sonrió. “Por supuesto. Un ángel disfrazado.”

“Sea serio.”

“Duele pensar, pero sí, sé quién es, señorita Lydia Bolton. La mejor maestra de este lado de Londres.” Matthew frunció el ceño. Maestras. Los recuerdos comenzaron a regresar, todavía borrosos, pero estaban ahí.

Lydia lo observó, sabiendo que estaba recordando lo que había sucedido. No podía expresar con palabras cuán aliviada se había sentido cuando él dijo su nombre. Puede que fuera una tontería, pero que él no recordara quién era ella la habría devastado.

“Isabella”, dijo Matthew. Los recuerdos estaban regresando y no eran agradables. “¿Está a salvo?”

“Perfectamente, aunque las cosas no salieron del todo como planeamos esa noche.”

“Jones estará furioso. Es un tirano cuando se trata de que uno siga sus órdenes.”

“Me temo que el capitán Jones aún no conoce la totalidad de nuestras aventuras.”

“Oh, Dios. Será mejor que me cuente todo.”

Lydia le contó lentamente a Matthew lo que había sucedido, observándolo cuidadosamente para asegurarse de que sus palabras no lo agobiaran. Cuando terminó, Matthew gimió.

“¿Qué pasa? ¿Ha aumentado su dolor?”

“No. Pero aumentará cuando Jones nos encuentre. Estará más furioso que un gato asado al no saber dónde estamos. Me doy cuenta de que no deseaba alertar a nadie sobre la ubicación

de Isabella, pero tendremos que enviar un mensaje”, dijo Matthew, tratando de pensar con claridad. “¿Cuántos días he estado indispuerto?”

“Hemos estado aquí diez días.”

“¡Santo cielo! Solo puedo esperar una recaída, porque seguramente me matará cuando nos alcance.”

*

Lydia repitió los sentimientos de Matthew cuando él sucumbió al sueño y ella bajó apresuradamente para ver a Esther.

“Me ha estado preocupando que nadie sepa de nuestro cambio de planes”, admitió Esther. “No estoy segura a quién enviar un mensaje. ¿A Corless House, a Barrowfoot House, o al propio Príncipe Regente?”

“El Capitán Dunn estaba bastante angustiado cuando pensó que el Capitán Jones no sabía lo que había pasado, y entiendo por qué. La gente debe estar preguntándose dónde estamos.”

“Solo espero que no haya habido sorpresas desagradables para los que dejamos atrás”, dijo Esther. Había estado desesperadamente preocupada de que uno de sus valientes sirvientes, o Samuel, hubiera resultado herido o algo peor. Si había habido un hombre esperando por ellos, podría haber habido otras cosas que no se habían anticipado. La idea de que hubiera sido herido le provocaba náuseas.

“¿Quizás deberíamos enviar un mensaje a Barrowfoot House? Probablemente sea el lugar más seguro para enviar una carta”, dijo Lydia.

“Estoy de acuerdo. Escribiré una y la enviaré por mensajero urgente.”

Lydia regresó a la habitación del enfermo, y Esther se sentó en el escritorio de Sophie. Sacando un pedazo de papel, comenzó a escribir una nota, sin desear poner demasiada información en ella, pero lo suficiente para que Lord Longdon no pensara que había recibido una carta de una mujer loca al leerla. Solo podía esperar que Samuel hubiera llegado a él para cuando llegara la carta.

Cuando terminó, Sophie entró en la habitación y tosió para llamar la atención de Esther. “Hay visitantes para usted,” dijo Sophie.

Esther se levantó de su asiento en pánico. “No es...”

“El Capitán Jones y Lord Longdon para verlo. Nadie más,” respondió Sophie mientras los dos hombres entraban en la sala de estar.

Sonrojada de alivio y sorpresa, cruzó la habitación. “¡Están a salvo!” Recordándose a sí misma, vaciló. “¡Nos encontraron! ¿Tienen noticias? ¿Alguien resultó herido? ¡Oh, perdóname! Buenos días, Lord Longdon, es un placer conocerle.” Esther se vio impactada por el contraste entre el color oscuro de Miles y la palidez de Samuel. Miles era un hombre muy apuesto, pero no tenía comparación con el hombre que había conquistado su corazón. Experimentó un momento de celos por las mujeres que habrían visto a los tres capitanes juntos y los habrían fijado como objetivo, pues estaba segura de que habrían sido extremadamente populares, fueran hijos menores o no.

La sonrisa en el rostro de Miles se ensanchó con cada oración de Esther. “Señorita Hardy. Es un gran placer conocerla. He oído mucho sobre usted.”

“Apostaría a que nada bueno,” respondió Esther, volviendo a su tono.

“Te dije que era una arpía,” dijo Samuel, aunque le había costado mucho autocontrol no cruzar la habitación y abrazar a Esther cuando fue testigo de su explosión y evidente alivio al verlo.

“Me parece encantadora,” dijo Miles.

“Entren, caballeros. Siéntense,” instruyó Sophie. “Les serviré un poco de brandy. El té no es lo adecuado después de un largo viaje.”

“Me gusta esa forma de pensar,” Samuel sonrió, aceptando un vaso.

Esther le lanzó una mirada de reproche antes de ponerse seria. “¿Cómo supieron dónde estábamos? Nadie sabía lo que había pasado.”

“Su cocinera lo adivinó cuando habíamos revisado cada posada en la ruta desde Barrowfoot House hasta Corless House. Cada. Una,” dijo Samuel.

“Él tiende a exagerar, pero me temo que en esta ocasión dice la verdad,” intervino Miles.

“La Cocinera. Claro, ella adivinaría a dónde iría.”

“Lo que me gustaría saber es por qué no han enviado un mensaje a nadie y por qué cambiaron un plan perfectamente razonable por uno disparatado como el suyo,” preguntó Samuel. Una vez que superó la euforia inicial al verla viva y bien, su molestia afloró.

Miles se estremeció ante las duras palabras de su amigo, pero observó el intercambio con interés.

Esther hizo una pausa, pero solo por un momento. “Es una suerte para ustedes que tengo noticias que deseo transmitir, o no se saldrían con la suya tan fácilmente, Capitán Jones. Para su información, viajamos aquí cuando el Capitán Dunn fue herido por un disparo y era evidente que probablemente se desangraría si intentábamos continuar hacia Hampshire.” Se sintió un poco cruel al ver el cambio en las expresiones de ambos hombres debido a sus palabras. Pero, en realidad, Samuel necesitaba aprender a ser más educado; era demasiado rápido para entrar en una situación y exigir e instruir. “Él vive,” concluyó.

“¡Menos mal! ¿Cómo logró el necio hacerse daño?” preguntó Samuel.

“Había otro atacante apostado en el camino lejos de Corless House. La carreta recibió una bala. No tengo idea si el Capitán Dunn fue alcanzado con la primera o la tercera bala,” respondió Esther.

“¿La carreta fue alcanzada?” Samuel sintió náuseas.

“Sí. Nos obligué a todos a agacharnos en el suelo de la carreta al primer disparo. Fue fortuito, ya que los caballos se asustaron y estaba convencida de que íbamos a volcar en cualquier momento. Bell realizó un milagro al volverlos a controlar. Admitió que fue más suerte que habilidad lo que nos mantuvo en pie. Los pobres caballos estaban aterrorizados.”

Miles notó cómo el color se desvanecía del rostro de Samuel. Si antes tenía alguna duda sobre el afecto de su amigo hacia la joven que tenía delante, ahora no cabía ninguna duda. Podía simpatizar completamente con lo que Samuel sentía al saber que la mujer que amaba había estado en tanto peligro y él no había estado allí para protegerla. Que él había desempeñado un papel vital en la situación sería de poco consuelo para Samuel.

“¿Y el atacante?” preguntó Samuel con la voz ronca.

Esther hizo una mueca. Todavía luchaba con lo que había sucedido con el hombre. “El Capitán Dunn dijo que lo había matado y logrado esconder su cuerpo, mientras sangraba profusamente. Me asombra que haya logrado alcanzarnos. Se desmayó por la pérdida de sangre cuando llegó a la carreta.”

“¿Cómo está Dunn?” preguntó Miles.

“Ha estado muy enfermo,” dijo Esther. “El médico no tenía esperanzas de que sobreviviera por la pérdida de sangre, pero creo que Lydia le obligó a vivir. Apenas ha salido de su lado. Puedo llevarlos a él, pero todavía está muy débil. Por favor, mantengan sus comentarios cáusticos al mínimo.” Su mirada incisiva hacia Samuel le hizo reír.

“¿Yo? ¡No tengo idea de qué habla!”

Sacudiendo la cabeza, Esther se levantó. “Si desean seguirme, caballeros.”

Guiándolos a través de la casa, se felicitó por su autocontrol. Quería lanzarse a los brazos de Samuel y llorar de alivio cuando él había entrado por primera vez por la puerta. Él había sobrevivido y finalmente había regresado a ella. Lo había extrañado tanto; se había ido a la cama con dolor cada noche. Cómo alguien que era tan irritante había llegado a ser tan importante para ella, no lo sabía, pero así era.

El único problema que veía era las inevitables preguntas que surgirían cuando Samuel tuviera tiempo para reflexionar sobre sus conexiones con Sophie. Esther presumía que la Cocinera no le habría contado la historia que ella le había contado a él. La Cocinera sabía parte de la verdad sobre su crianza y su llegada a la casa de su tío, pero no toda. Solo Sophie lo sabía.

Los tres entraron en la habitación de Matthew. Lydia se levantó rápidamente. Había estado sentada al borde de la cama, hablando en voz baja, y aunque evidentemente avergonzada, no intentó ofrecer una explicación o excusa.

Matthew miró hacia la puerta, y una sonrisa iluminó su rostro. “¿Se les ha dicho que no me queda mucho en este mundo?” le preguntó a Miles. “Porque si esa es la razón de su viaje, me temo que los voy a decepcionar.”

“Siempre fuiste un ser incómodo,” dijo Miles, acercándose a la cama. “¿Cómo estás, amigo mío?”

“Mucho avergonzado de estar herido nuevamente. Es terriblemente inconveniente y más que un poco embarazoso.”

“Creo que lo haces para toda la conmoción y la atención que recibes,” dijo Samuel.

“Preferiría no haber pasado por los días de inactividad que he experimentado. Si no fuera por la señorita Bolton, estaría loco de atar en este momento.”

“Escuché que te enfrentaste al bribón que te hizo esto,” dijo Samuel.

“Sí. Deberíamos haber adivinado que colocarían a alguien en algún lugar a lo largo del camino. Estaba más allá de donde estaban nuestros propios hombres posicionados,” dijo Matthew. “Fue afortunado que solo hubiera uno, o podrían haber descubierto a los sirvientes que habíamos apostado en la ruta desde Corless House y adivinado cuál era nuestro plan.”

“Por lo que se ve, no te vas a mover de aquí pronto,” dijo Miles. Los rasgos de Matthew eran casi espectrales por lo pálido que estaba, aparte de las oscuras ojeras bajo sus ojos. Ambos hombres se dieron cuenta de que él había estado realmente cerca de la muerte.

“No. Estoy tan débil como un gatito,” admitió Matthew. Giró la cabeza hacia Esther, que había permanecido cerca de la puerta. “Espero que no haya prisa por desocupar esta casa, porque no creo que pueda enfrentar un viaje aún. Lamento ser tal inconveniente.”

Esther sonrió ante las palabras subestimadas. “No hay prisa en absoluto. Mi amiga estará feliz de tenernos aquí el tiempo que sea necesario.”

“Creo que ya los he cansado lo suficiente por ahora.” Miles caminó alrededor de la cama y extendió su mano hacia Matthew, quien ofreció un apretón de manos débil. “No volveré a molestarte antes de irme, pero seguiré preguntando a Jones sobre tu progreso. Cuídate, amigo mío, y recupérate. Espero volver a verte pronto.”

“También yo,” dijo Matthew. Sus ojos empezaban a cerrarse, pero estaba haciendo todo lo posible por mantenerlos abiertos.

“Creo que necesita descansar ahora. Dormir le está ayudando a recuperar sus fuerzas,” dijo Lydia en voz baja.

Los tres visitantes regresaron al salón. Miles se volvió hacia Samuel. “Ya no me necesita

aquí, pero supongo que permanecerá en la zona.”

“Sí. Aún hay algunas cosas que atender.”

“En ese caso, te deseo un buen día. Señorita Hardy, ha sido un enorme placer conocerla y espero volver a estar en su compañía pronto.”

Esther hizo una reverencia, pero se preguntó por las palabras. “Mi señor, lamento que haya tenido un viaje tan difícil e innecesario.”

“Lo encontré esclarecedor,” dijo Miles con una sonrisa enigmática y salió de la habitación.

“Bufón,” murmuró Samuel para sí mismo.

“Un poco injusto, Capitán Jones, sobre el hombre que lo ha seguido a lo largo del país.”

“Lo cual no habría sido necesario si se hubiera enviado un mensaje.”

“Si cree que pasaríamos por todo lo que hicimos solo para revelar nuestra posición en caso de que su plan fallara, no me conoce muy bien, señor,” dijo Esther.

Samuel estaba dividido entre querer darle una reprimenda y desear besarla hasta dejarla sin sentido. En cambio, apretó los dientes. “Mi plan nunca iba a fallar.”

“Su modestia me honra, pero no podía saberlo con certeza.”

Samuel se vio impedido de responder por la entrada de Sophie. “Lord Longdon se ha ido. Le ofrecí alojamiento, pero estaba ansioso por regresar a casa.”

“Recién casado. La novedad aún no se ha desvanecido,” dijo Samuel. Sus comentarios eran injustos, pero Esther lo había irritado y no tenía salida para su frustración.

“Exactamente,” dijo Sophie. “¿Podemos ofrecerle una habitación para su estadía, Capitán Jones?”

“¿Es aceptable?” preguntó Samuel a Sophie, pero en realidad estaba preguntando a Esther.

“Por supuesto,” respondió Sophie. “Cualquier amigo de Esther es bienvenido aquí.”

Esther quería objetar, pero sabía que no podía. Corless House era una casa grande y una en la que tenía muchas tareas que la mantenían fuera de su compañía. Estar en la misma casa con él aquí era una situación completamente diferente. Tenía prácticamente nada que hacer, la casa era más pequeña y significaría que estaría en su compañía mucho más. No estaba segura de que eso fuera algo bueno en este momento; ya se sentía vulnerable. Tenerlo cerca la haría depender de él, y no estaba segura de que él fuera el tipo de hombre en quien se pudiera confiar. No donde su corazón estaba en juego, en cualquier caso.

“Gracias,” dijo Samuel. Había visto lo que parecía ser una lucha en el rostro de Esther y se sintió decepcionado y molesto. Había reconocido sus sentimientos por ella, pero parecía que ella no sentía lo mismo por él. Su regreso a Londres no podía llegar lo suficientemente pronto, pensó con rabia, incapaz de lidiar con el dolor.

Sophie conversó con Samuel, haciéndole todo tipo de preguntas, hasta que pareció satisfecha y se levantó. “Arreglaré su habitación, pero le sugiero que pase un tiempo explorando Exeter. Es una ciudad bulliciosa y no está nada mal.”

Samuel se puso de pie mientras Sophie salía de la habitación. Volviendo a sentarse, soltó un suspiro. “Me siento como si me hubieran interrogado.”

Esther se rio. “Es una mujer formidable, ¿verdad?”

“¿Es ella una pariente? ¿Del lado de tu padre?” preguntó Samuel.

Era una pregunta razonable, ya que Sophie era la señora Hardy. Esther lo sabía, pero no le gustaba tener que revelar parte de su historia. Era muy difícil, pero por alguna razón no podía mentirle. “Mi historia es complicada, especialmente porque no la conozco toda,” comenzó.

“Creo que hay alguna conexión, pero mi madre adoptó el nombre de Hardy cuando vino a Exeter y se mudó con Sophie.”

Le estaba diciendo que era ilegítima. Nunca había admitido eso a otra persona en su vida, en lugar de eso pasaba por alto la realidad de su situación. Podría alejarse de ella con disgusto. Su tipo probablemente lo haría, pero tenía que ser sincera. Estaba cansada de esconderse, ya que no había aliviado su ansiedad a lo largo de los años.

“Ya veo.” Samuel pensó por un momento. “Insinuó que había habido una ruptura familiar. ¿Supongo algún tipo de fuga fallida y luego el desheredamiento de la familia?”

“Honestamente no lo sé,” dijo Esther. “Supongo que debería preguntarle a Sophie antes de que sea demasiado tarde, pero lo poco que sé ya es bastante malo. No quiero descubrir más que destroce mi sueño de respetabilidad.”

“¿Es algo que es muy importante para usted? Lo ha mencionado varias veces.”

“Cuando es algo que has anhelado la mayor parte de tu vida, supongo que sí lo es.”

El estómago de Samuel se sentía como plomo. Esta era la razón por la que no se dejaba involucrar con nadie. Nunca salía como uno quería. No podía darle lo único que ella anhelaba. “Supongo que eso explica por qué Lydia dijo que acoge a los no amados. Aquellos con historias complicadas. Le recuerdan a usted misma.”

Esther sonrió. “Sí. Me atraen los que no tienen una vida familiar tan segura como todos desearíamos. Quiero darles estabilidad y apoyo para que puedan tener vidas plenas. No las medias vidas que han experimentado.”

“Es muy noble.”

“Creo que podría considerarse egoísta. Después de todo, estoy haciendo muchas suposiciones y, en realidad, estoy tratando de sentirme mejor yo, así como ellos.” Esther nunca había admitido eso a nadie más, ni siquiera a la cocinera o a Lydia. ¿Qué era lo que tenía este hombre que la atraía y la frustraba a partes iguales?

“Creo que es injusta con usted misma,” dijo Samuel. Podía ver que parecía atormentada y que había sido difícil para ella admitir lo que había dicho. Su dolor anterior se convirtió en el deseo de protegerla, otra emoción a la que no estaba acostumbrado. Sonrió, decidiendo cambiar la conversación de una manera que hiciera que ambos se sintieran en un terreno más seguro. “Esta es una conversación muy seria y muy poco parecida a nosotros. ¿Por qué no me acompaña a dar un paseo por la ciudad?”

Esther vaciló. Aún no había salido desde su llegada. Esto era ridículo; no podía esconderse para siempre. Ni siquiera había visitado la tumba de su madre y se sentía avergonzada de que su miedo la mantuviera alejada. “Sí. Eso sería encantador, aunque seré una guía deficiente ya que no he vuelto desde que me fui a los catorce años.”

“¿No visita a la señora Hardy?”

Sonrojándose, Esther negó con la cabeza. “No. Escribo a menudo, pero nunca he visitado desde que me mudé a Sidmouth.”

Samuel sabía sin duda que habría una razón para su ausencia. Para alguien que era tan cariñosa y considerada con los demás, haría falta algo serio para que descuidara a una amiga cercana. De repente, estaba decidido a descubrir qué motivaba esa ausencia. Esther había sido herida y quería ser él quien aliviara la memoria de ese dolor.

Capítulo 14

Esther regresó de su paseo con un ánimo más ligero. No conocía esta área de Exeter cuando vivía aquí. Sophie le había recomendado un parque, y pudieron caminar y fingir que no había ninguna amenaza para ella, que era solo otra joven en el brazo de un hombre apuesto. Y él era muy apuesto y encantador cuando quería serlo. Era una mezcla embriagadora para alguien que ya estaba enamorada de él. No sintió más que orgullo cuando recibía miradas admiradoras de algunas de las mujeres que pasaban. Era una lástima que no pudiera llamarlo suyo, pero por ahora, al menos, podía fingir y olvidar todo lo demás.

Samuel notó lo tensa que estaba Esther al comienzo de su paseo. Al principio presumió que era por su renuencia a estar con él, pero desechó eso como un pensamiento indulgente de su parte. Estaba feliz de sentirla relajarse a medida que avanzaba su salida.

A su regreso, revisaron a Matthew. Lydia todavía estaba con él.

Matthew hizo una mueca cuando Samuel entró por la puerta. “Espero que seamos bien considerados por esto. ¡Cada vez que me muevo, me acuerdo de ese canalla!”

“Sigo diciéndole que no se mueva, pero insiste en tratar de hacer cosas por sí mismo. Lo que resulta en un aumento de su dolor,” señaló Lydia.

“Nunca fue de los que escuchan lo obvio, incluso cuando es un buen consejo,” dijo Samuel, sentándose en una silla junto a Esther y sonriendo a Matthew. “Dudo que alguno de nosotros reciba algún reconocimiento público, pero en privado nos han agradecido.”

“¿Qué va a pasar con la niña?” preguntó Matthew.

“Estoy esperando noticias,” dijo Samuel.

“¿No podemos mantenerla en la escuela?” preguntó Lydia.

Esther retorció las manos en su regazo. “Si hay una escuela a la que regresar,” señaló.

“Todo está como antes,” dijo Samuel.

“Al menos en apariencia,” dijo Esther. “Veremos en septiembre cuántas niñas regresan.”

“Isabella no se adaptaría bien a un traslado,” dijo Lydia. “Desearía poder adoptarla.”

“Ninguno de nosotros tiene voz en el asunto,” dijo Samuel.

“¡Creo que es tan injusto! Ha sido perjudicada por aquellos que deberían tener en cuenta sus mejores intereses. Sabemos lo que es mejor para ella. Deberíamos ser consultados,” respondió Lydia. Se había levantado y paseaba por la habitación, su agitación era evidente para todos. Era lo más animada que los dos hombres la habían visto. Matthew en particular parecía sorprendido.

“Entiendo tus sentimientos; tienes toda la razón, Lydia,” dijo Esther. “Capitán Jones, debe tener alguna influencia en la decisión. ¿Podría escribir y solicitar que Isabella se quede con nosotros? Sabe que no se trata del dinero, y eso podría expresarse. No me importa permitirle quedarse sin ser pagada si eso significa que permanece feliz y segura.”

“No creo que deba sufrir como consecuencia de las decisiones que se tomen,” dijo Samuel. “Criar a una niña cuesta dinero.”

“No importa. No pasaremos hambre si tengo que mantenerla,” respondió Esther.

“Me asombra que no tenga una fila de personas marchando hacia tu puerta, esperando que las recibas. Porque si alguna vez caigo en tiempos difíciles, sé exactamente a dónde ir,” respondió Samuel.

“No se moleste. Lo rechazaría,” dijo Esther.

“Desalmada.”

“Creo que es una buena idea que escribas, Jones.” Matthew interrumpió los insultos que se intercambiaban. “Rara vez te movilizas por algo, así que probablemente tomarían nota de una carta que escribas.”

Samuel se levantó. “Antes de que la señorita Bolton se una al asesinato grupal de mi carácter, me retiraré y buscaré un lugar tranquilo para escribir esta maldita carta. Me niego a aceptar la culpa si una vez que reciban mi misiva la niña es llevada de vuelta a Londres. Será culpa de ustedes si eso ocurre.”

Matthew sonrió cuando Samuel salió de la habitación. “Realmente le importa ella.”

“Lo sabemos,” dijo Lydia. “Solo tiene una fachada espinosa que tenemos que ver más allá.”

“Supongo que es lo que resulta de ser uno de muchos hermanos,” probó Esther.

“Quizás,” dijo Matthew, pero no divulgó nada sobre Samuel. Podía ver la atracción entre Esther y su amigo. Lo había visto en Corless House, pero sabía que su camino hacia la felicidad no sería fácil, y no podía involucrarse. Era decisión de Samuel revelar lo que quisiera en su propio tiempo, si así lo deseaba. Matthew esperaba que lo hiciera, pues deseaba desde hace mucho tiempo un final feliz para su amigo, pero no estaba seguro de que Samuel confiaría lo suficiente en alguien. Solo el tiempo lo diría.

“Los dejaré, ya que necesito revisar a Isabella. Ella realmente se ha encariñado con Mary. Podría ver si Sophie la liberaría si nos permiten quedarnos con Isabella. Sería un buen reemplazo para Lizzy.”

Cuando estuvieron solos una vez más, Matthew suspiró. “Prefiero cuando somos solo nosotros dos.”

Lydia sonrió. “Es ingrato hacia sus visitantes.”

“Pero cuando somos nosotros dos, se sienta en mi cama y me toma la mano. Extraño su toque cuando te alejas de mi lado.”

Era cierto. Había un nivel de intimidad entre la pareja que era inapropiado para la situación, pero ninguno de los dos deseaba que terminara. Lydia se acercó a la cama y, sentándose, tomó la mano de Matthew entre las suyas.

“Se da cuenta de que esto tendrá que detenerse, ¿verdad?” preguntó.

“No veo por qué.”

“Porque una enfermera no debería ser tan familiar con sus pacientes.”

“¿Ni siquiera si le agradan?”

Lydia se sonrojó. “Se vería como aprovecharse de un hombre en estado de debilidad. Eso es lo que la gente pensaría. Lo entiendo y usted también debería.”

Matthew apretó sus manos. “Necesito preguntarle algo. ¿Será honesta conmigo?”

“Por supuesto.”

“¿Es esto por Luke?” Matthew se había preguntado si su pasado había influido en sus sentimientos presentes. El pensamiento lo entristecía, pero trataría de entender si así fuera. Ella podría aplastar sus esperanzas con una sola palabra, y su corazón latía con fuerza ante la posibilidad de estar equivocado acerca de su afecto por él.

“¿Luke? ¡No! ¿Por qué? ¿Qué quiere decir?” Lydia estaba genuinamente confundida con la pregunta.

“Está cuidando de mí porque es una persona maravillosa, pero podría haber algo de la necesidad de reemplazar a Luke, o cuidar de un hombre herido que le recuerda a él.” Matthew habló en voz baja, sus ojos nunca dejando a Lydia.

Lydia se levantó y se alejó de la cama. Se sostuvo en el respaldo de una silla para apoyarse, mordiéndose el labio durante unos momentos antes de devolver la mirada firme de Matthew. “Esto no tiene nada que ver con Luke,” dijo. “Admito que cuando nos conocimos por primera vez, hubo una reacción inicial al ver su herida. Era inevitable que me recordara a él de alguna manera, pero luego... las cosas cambiaron.”

“¿Cómo así?” La garganta de Matthew se sentía arrepentida, pero sus palabras sugerían que podría haber un poco de esperanza. Esperaba que así fuera.

Moviéndose como si se sintiera incómoda con lo que tenía que decir, Lydia comenzó a caminar por la habitación. “Es difícil de describir. Bueno, no creo que realmente lo sea. Desde casi el primer momento en que lo conocí me sentí atraída por usted. Es muy apuesto, sabe.” Se rio, claramente avergonzada por su franqueza.

Matthew frunció el ceño. “Olvida que puedo ver exactamente cuán apuesto soy cada vez que me veo en un espejo.”

“Odio cuando habla así,” dijo Lydia. “Ninguno de nosotros es perfecto. Al menos su imperfección es algo que alguien le infligió. La mayoría de nosotros tenemos que lidiar desde el nacimiento con nuestros defectos.”

Matthew se rio. “¿Y qué defectos tiene usted? Es hermosa.”

“Mi nariz es demasiado pequeña para el resto de mis rasgos. Hace que todo mi rostro parezca desbalanceado. No soy rubia como está de moda. Envidio sus cabellos dorados.”

“No veo más que perfección cuando la miro,” respondió Matthew honestamente.

“Y sin embargo no me cree cuando digo que no veo ninguna de sus imperfecciones.”

“Touché.”

“Pero volviendo a su pregunta. No he pensado mucho en Luke en estas últimas semanas. De hecho, he pensado muy poco en él.”

“Sin embargo, me dijo que pensaba en él a menudo y que aún lo extrañaba.” Matthew tenía que estar seguro de ella antes de hablar de lo que estaba sintiendo.

“Tuve sentimientos muy profundos por Luke. No habría aceptado casarme con él si no lo hubiera amado, y sentí que mi vida había terminado cuando supe de su muerte,” admitió Lydia. “Nunca pensé que conocería a alguien que despertara en mí un amor tan abrumador. No pensé que podría tener tanta suerte, ya que tengo poco que ofrecer a una unión, pero eso fue hace cuatro años. Creo que era natural que siguiera pensando en él con tal respeto y cariño. Además, mi rol no me da muchas oportunidades de conocer a otros hombres. No creas que me quejo por ello, porque no lo hago. Estaba completamente consciente de cómo sería mi vida cuando acepté la oferta de Esther de un puesto. Luego llegó usted.”

“¿Y ahora?”

Lydia estaba inquieta. “Me está forzando a declarar lo que siento, pero entonces me expongo a la decepción, a la censura. No es apropiado que hable de esta manera.”

“Esperaría nunca fallarle. Necesito que sea abierta y honesta conmigo. Mucho depende de ello.”

Lydia volvió a sentarse junto a Matthew. Él tomó su mano una vez más y la llevó a sus labios. Besándola, le sonrió. “¿Hay esperanza para mí?”

“Hay más que esperanza. Preferiría decir que hay completa certeza, pero ¿no será porque se siente débil? Entenderé si es así, pero por favor, no me dé esperanzas para luego cambiar de opinión más tarde. Si tiene algún pensamiento de que esto podría ser el efecto de su enfermedad, por favor absténgase de decir más. Puedo entender cómo las emociones pueden ser malinterpretadas cuando uno no se siente del todo bien,” dijo Lydia.

“Esto no tiene nada que ver con lo que ha pasado, excepto que solo la idea de usted me mantuvo despierto y me impidió seguir durmiendo en esos primeros días. Regresé a usted, Lydia, porque no he podido pensar en nadie más desde el momento en que nos presentaron.”

“No aportó casi nada de valor a una unión.”

“Yo tampoco aporté mucho,” dijo Matthew. “No tengo una fortuna que mencionar. Soy el segundo hijo, pero le ofrezco mi corazón y un poco de dinero, ya que recibo una pequeña asignación de la herencia de mi padre.” Sonrió a Lydia. “¿Será suficiente para persuadirla de convertirse en mi esposa?”

Moviendo su mano para coger su rostro, ella asintió. “Será más que suficiente. Si está seguro.”

“La única cosa que alguna vez ha puesto duda en mi mente fue la intensidad de sus sentimientos por Luke. Llámeme vanidoso, pero no deseo ser el segundo en los afectos de mi esposa.”

“No lo sería. Eso se lo puedo prometer. Luke es un recuerdo agrisado, pero es a usted a quien tengo en mi corazón. A nadie más.” Era cierto. Poco a poco, Matthew había ido entrando en un corazón que ella estaba segura no volvería a latir de emoción. Las horas que habían compartido, él al borde del aula, ella buscándolo cuando los niños estaban ocupados, habían construido un vínculo que ninguno de los dos esperaba. Durante las noches, habían podido reír y bromear mientras Samuel y Esther chocaban a cada oportunidad, sin que la pareja más fogosa se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo en la misma habitación. La lesión había profundizado el afecto en algo verdadero y duradero. Ambos habían reconocido sus sentimientos para sí mismos, pero temían mencionar algo por miedo al rechazo.

“Eso es música para mis oídos. ¿Cuándo nos casamos, mi dulce Lydia?”

Lydia rio. “Creo que primero necesita recuperar su fuerza.”

“¿Estaría de acuerdo con una licencia especial si pudiéramos arreglar que un clérigo nos atienda aquí?” preguntó Matthew.

“¿Eso es lo que quiere?”

“Con toda seguridad.”

“Todos se sorprenderán.”

“No me importa un comino nadie más. Solo quiero el certificado que diga que usted es mía para siempre y podemos empezar a planear nuestro futuro, porque tengo el impulso de encontrar una ocupación menos peligrosa una vez que haya asegurado a mi esposa.”

“Su esposa no discutirá contra eso,” dijo Lydia, pero frunció un poco el ceño.

“¿Qué ocurre?”

“Es solo que...” Lydia vaciló.

“Dígame. Quiero que sea honesta conmigo.”

“¿Sería demasiado esperar y casarnos cuando se hayan leído nuestras amonestaciones? Sé que significaría casarnos en un mes, pero me gustaría tener a mi familia a mi alrededor cuando me case. Me gustaría presumir de mi apuesto esposo.”

Matthew sonrió. “El deseo de una licencia especial es pura egoísmo de mi parte. Por supuesto que podemos esperar. Para entonces, podré estar de pie al principio del pasillo, esperándola. Esperaría con ansias eso. Sí, casémonos adecuadamente.”

“Gracias. Significa mucho tener a mi familia a mi alrededor.”

“Entonces, ¿viajaremos a Londres y conoceremos a mis padres como nuestro viaje de bodas?”

“Nunca he estado en Londres.” La idea hizo que Lydia se estremeciera un poco. Su

guardarropa era el de una profesora soltera, no el de un miembro de una familia aristocrática. Seguramente parecería una campesina, pero no pronunciaría esas palabras para preocupar a Matthew. Quizás podría permitirse comprar algo de tela nueva y confeccionar algunos vestidos.

“Le mostraré todos los lugares de interés. Mientras tanto, ¿podría enviar a Samuel a verme, por favor? Él organizará todo en mi nombre,” dijo Matthew, ajeno a la agitación interna que sus palabras habían causado.

“¿Está completamente seguro?”

“Si tengo que levantarme de esta cama para probar que lo estoy, lo haré.”

“¡No! ¡Quédese quieto!” suplicó Lydia. “Iré a buscar al Capitán Jones.”

“Dígale que se apresure,” dijo Matthew.

Lydia encontró a Samuel y Esther en el salón con Sophie. Lydia pidió a Samuel que visitara a Matthew, a lo cual él dejó la habitación de inmediato.

Esther miró el rostro de Lydia y frunció el ceño. “¿Está todo bien?”

“Si casarse en un mes significa que todo está bien, entonces sí, supongo que lo está,” dijo Lydia. Sus mejillas estaban enrojecidas, pero solo pudo soltar las palabras, ya que no podía enfrentarse a tratar de dar la noticia con suavidad.

“¿Qué? ¿De verdad? ¿Tú y el Capitán Dunn? ¡Oh, Lydia! ¡Eso es una noticia maravillosa!” Esther se levantó de un salto y abrazó a la ahora risueña Lydia.

“Tenía miedo de que me consideraras tonta,” admitió Lydia.

“¿Por qué haría eso? Es un hombre encantador, y obviamente te adora, si nos basamos en las miradas que le has estado enviando,” dijo Esther.

“Espero que el capitán Jones sienta lo mismo, porque el capitán Dunn dice que va a buscar un empleo alternativo. Quería casarse con una licencia especial, pero le pedí compartir el día de nuestra boda con mi familia. Quiero que estén presentes y luego nos iremos a Londres.”

“¡Oh, Lydia! Eso es maravilloso. Qué emocionante para ti,” dijo Esther. Estaba realmente encantada por su amiga.

“Pareceré una campesina en Londres, pero Matthew quiere visitar a su familia.”

“Mi regalo de bodas para ti será tu ajuar,” dijo rápidamente Esther. “Tenemos un mes, así que hay tiempo de sobra para asegurarnos de que estés adecuadamente vestida para tu viaje.”

“¡Oh, no! Por favor, no pienses que estaba insinuando tal cosa.” Las mejillas de Lydia palidecieron de mortificación.

Sophie rio. “Vas a pasar por todos los colores del arcoíris si sigues así, querida. Acepta el regalo por lo que es. Un generoso regalo de bodas.”

“Bien dicho,” dijo Esther. “Quiero hacer esto. Me has brindado un servicio leal y amistad durante estos años. Déjame recompensarte de esta manera. Nos dará algo maravilloso en qué distraernos.”

“Lamento no poder unirme a ti en septiembre. Sé que debería estar allí para apoyarte. ¿Podría quizás pedirle al capitán Dunn que se quede en la zona por unos meses, solo hasta que las cosas se calmen?”

Esther sonrió, negando con la cabeza. “No esperaré eso de nadie, pero gracias por considerarlo. Para entonces ya estarás casada, y es correcto que sigas a tu esposo. Vete con mi bendición. Sí, te extrañaré, pero estoy muy feliz por ti, Lydia. Realmente lo estoy. Ahora, Sophie, ¿a quién usas para confeccionar tus mejores vestidos?”

Capítulo 15

“¿Matrimonio? ¿Acaso te golpeaste la cabeza además de recibir una bala?” preguntó Samuel incrédulamente.

Matthew puso los ojos en blanco; era la única parte que no le dolía al moverse. “La respuesta apropiada es ‘Felicidades, Dunn, te has conseguido una esposa hermosa.’”

“Puedo ver tu atracción. Ella era, de lejos, la más agradable del grupo con el que tuvimos la desgracia de pasar tiempo. Las señoritas Hardy y Bolton fueron las únicas que salvaron mi cordura, pero el matrimonio es un poco extremo, ¿no crees?”

“No, no lo creo. ¿Es realmente tan difícil de entender? Me he enamorado y no quiero dejarla atrás cuando volvamos a Londres. Me casaría con una licencia especial, pero ella quiere que su familia nos acompañe, lo cual no es irrazonable. ¿Puedes organizar las cosas en mi nombre, por favor? Ah, y estoy buscando un empleo diferente cuando regrese.”

“¿Y decidiste contarme una noticia tan importante como un comentario casual?” Samuel estaba atónito de que ahora iba a perder la compañía de Matthew. Ya había sido bastante malo cuando Miles los dejó, pero ahora Matthew también lo iba a abandonar. Se sentía desolado.

“Necesito algo que traiga más dinero. Espero tener una familia que criar en poco tiempo.”

“Uf. Y me verá obligado a ser un tío honorario, sin duda.”

“Por supuesto.”

“Con tu expresión enamorada, me prepararé para estar rodeado de mocosos.”

“Acepta que es una situación inevitable para tu futuro. No tiene sentido tratar de oponerse.”

“Parece que no tengo otra opción,” dijo Samuel. “¿Incluyo tu deseo de buscar empleo en otro lugar cuando envíe mi próximo mensaje a las autoridades?”

“Sí, pero ¿podrías también preguntarles algo más? Aún no he hablado con la señorita Bolton sobre esto, pero preferiría explorar la posibilidad antes de mencionárselo.”

“Soy todo oídos, amigo mío.”

*

Sophie entró en la sala y encontró a Samuel sellando una carta.

“¿Sería posible que uno de sus sirvientes enviara esto de inmediato, por favor?” preguntó.

“Por supuesto,” dijo Sophie, tirando de la campanilla. “Me sorprendió que no se uniera a las damas en su excursión al pueblo.”

“Como la mayor parte del tiempo me encontraría de pie fuera de tiendas de sombreros o mercerías, pensé que me ahorraría el placer.”

Sophie sonrió, esperando hasta que el sirviente que había entrado recibiera las instrucciones de Samuel y saliera de la habitación. “Es un paseo agradable hasta la iglesia de Saint John’s.”

“¿Y me está diciendo esto porque...?”

“Oh, solo que Esther irá allí después de completar sus compras,” dijo Sophie. “Es la primera vez desde su llegada aquí que se ha sentido lo suficientemente fuerte como para visitar la tumba de su madre.”

“¿Había malos sentimientos entre madre e hija?”

“En absoluto. Todo lo contrario, de hecho, pero Esther guarda mucha culpa por la muerte de su madre. Está siendo tonta, por supuesto, pero no hay forma de convencerla de lo contrario. Nunca esperé que fuera tan terca. Me ha sorprendido desde su regreso.”

“Parece estar muy segura de sus opiniones.” Samuel estaba molesto de que Sophie estuviera haciendo suposiciones y pareciera ser un poco desdeñosa con los sentimientos de Esther. El hecho de que sospechara que ella estaba al tanto de sus propios sentimientos hacia Esther no ayudaba a calmar su irritación.

“No estoy ciega. Pero la elección es suya. Ella tiene la intención de ir sola. Su llegada sería un consuelo para ella, incluso si están discutiendo. Si no desea ir, que no vaya. No es nada para mí.”

Sophie no esperó una respuesta y dejó a Samuel solo en la habitación. Él apretó el puño y lo miró durante mucho tiempo. La mañana había sido como una pesadilla. Darse cuenta de que perdería a otro amigo, aunque estaba contento de que Matthew hiciera un buen matrimonio. Ninguno de los dos tenía una fortuna, por lo que probablemente tendrían dificultades, pero en realidad estaba celoso de ellos.

Matthew y Lydia habían sido abiertos sobre sus sentimientos, y el resultado sería una unión feliz. No podía entender sus propios sentimientos, y mucho menos hablar de ellos abiertamente. Como había tratado de expresar a Miles, oscilaba entre el miedo, la confusión, la frustración y el enamoramiento cuando pasaba cinco minutos con Esther. ¿Cómo podría eso conducir a la felicidad? Sumado a eso sus pasados problemáticos, toda la situación era un desastre. Para Matthew y Lydia era sencillo, y él envidiaba eso.

No podía imaginar un final feliz para sí mismo, y eso le dolía por dentro. Aunque eso no le impediría responder a sus necesidades, y si ella necesitaba compañía, la encontraría. Sería en la iglesia de Sint John's.

*

Esther había disfrutado su tiempo de compras con Lydia. Se estaba volviendo más relajada en cuanto a estar en Exeter y había recorrido el ajetreado pueblo sin sentir la necesidad de mirar por encima del hombro cada cinco minutos. Quizás Sophie tenía razón. Ella no lo reconocería, y ella había cambiado mucho.

Al salir del carruaje frente a la iglesia de Saint John's, rechazó la oferta de compañía de Lydia. “Necesito un poco de tranquilidad,” dijo.

Después de ver cómo el carruaje se alejaba, entró en el cementerio de la iglesia. Era una gran iglesia, situada en el centro de un camposanto que era pacífico y tranquilo después de las bulliciosas calles. Esther sabía exactamente dónde estaba la tumba, pero se tomó su tiempo. Debería haber visitado antes, pero Sophie tenía razón; había mucha culpa asociada al recuerdo de su madre. Esther dudaba que el paso del tiempo aliviara eso.

Finalmente, llegando a la tumba, ubicada cerca de un árbol, dejó las flores que había comprado en el suelo frente a la lápida, moviendo las medio marchitas que ya estaban allí. Se alegró de que Sophie claramente cuidara la tumba. Al tocar la piedra brevemente, sus ojos se llenaron de lágrimas, que secó rápidamente.

Al escuchar un sonido detrás de ella, se giró alarmada. Respiró aliviada cuando vio a Samuel. “¿Normalmente se pasea por los cementerios buscando asustar a la gente, o es solo para mi beneficio?”

“Definitivamente solo para el suyo,” respondió Samuel.

“Supongo que eso es algo reconfortante.”

"Un pajarito sugirió que no pediría compañía, pero quizás la necesitaba."

Esther levantó las cejas. "Sophie."

"¿Interfiere regularmente?"

"Sí. Parece que sí. Solo he comenzado a darme cuenta de eso desde mi regreso. Supongo que lo hace con buena intención."

Samuel leyó la lápida. "¿No son las familias difíciles y complicadas?"

"Sí. Pero los extrañas mucho cuando se van," dijo Esther.

Samuel tomó su mano y la pasó suavemente por el pliegue de su brazo. "Hábleme de ella."

Sabiendo que en el fondo él no estaría realmente interesado, Esther le sonrió con gratitud. "Éramos muy unidas. Todo lo que recuerdo es estar con ella. No tengo recuerdos de mi padre. Siempre éramos mi madre y yo, y Sophie en menor medida. Vivíamos encima de un negocio en el que ambas trabajaban. Nunca se me permitía bajar allí cuando estaba abierto. Cuando estaba cerrado, me unía a ellas abajo. Recuerdo que había muchas mesas, pero nada que pudiera decirme qué tipo de negocio era. Debió de ser rentable, porque de alguna manera mi madre logró pagarme la escuela. No tengo idea de cómo consiguió los fondos, pero me dio el mejor comienzo en la vida que pudo."

"Estaría orgullosa de usted. No hay duda de que es una mujer de negocios capaz, con la forma en que manejas la propiedad y la escuela."

"Gracias."

"Murió joven."

"Sí. Demasiado joven. ¿Le importaría si volvemos a la casa ahora?" preguntó Esther. No podía enfrentar hablar sobre la muerte de su madre. Todavía se sentía abrumada por la perspectiva de perder su escuela y su regreso a Exeter. Incapaz de decir en voz alta lo que había pasado, o lo que todavía la perseguía, tenía que desviar la conversación.

"Por supuesto que no." Samuel era completamente consciente de que ella se había alejado de él. Era una mujer complicada, pero no podía condenarla. Él mismo era culpable de usar el humor y comentarios mordaces para desviar las situaciones que quería evitar, así que sería hipócrita criticarla por hacer lo mismo.

Caminaron del brazo colina arriba y regresaron al barrio en el que estaba la casa de Sophie. Las casas habían sido construidas para tener vista al puerto. Desde la altura en la que estaban, todo parecía idílico y pintoresco, desmintiendo la industria que ocurría allí abajo. Era un puerto concurrido, las calles a su alrededor llenas de visitantes y locales. Era un área en la que Esther había crecido y pasado mucho tiempo.

"Es una vista hermosa," dijo Samuel, al doblar la esquina y enfrentarse al impacto total de la vista.

"Sí, Sophie eligió bien," respondió Esther. "Gracias por acompañarme al cementerio. Lo aprecio."

"Estoy a su disposición. Al menos por las próximas semanas." Samuel hizo una reverencia sobre su mano, antes de soltarla cuando la puerta se abrió.

"Podría llegar a lamentar esa oferta."

"Lo dudo. No pasará las próximas cuatro semanas hablando de bodas como Dunn."

"Realmente es un amigo terrible."

"Es la única manera de mantener a distancia a aquellos que ofrecerían falsos halagos y comportamientos serviles."

"¡Dios mío! Ahora veo por qué tiene tan poca gente a su alrededor. Estoy tan contenta de

que mis acciones nunca puedan ser interpretadas como serviles."

"Más probable es que me regañe," dijo Samuel, siguiéndola dentro de la casa.

Capítulo 16

Las siguientes cuatro semanas pasaron en un torbellino de actividad. Lydia pasó más tiempo lejos de Matthew del que le hubiera gustado, pero preparar una boda lleva tiempo, y luego, la semana antes de la boda, su familia llegó a Exeter y se vio obligada a ser más sociable con ellos.

Matthew continuaba fortaleciéndose, aunque quienes lo conocían antes del ataque a Corless House podían ver cuánto peso había perdido y cuán más pálido estaba. Era más probable que se sentara en silencio durante la cena; la lesión parecía haberle quitado un poco de su naturaleza gregaria.

Una mañana, cuando Lydia se preparaba para visitar a su familia, recibió un mensaje pidiéndole que viera a Matthew. Él estaba descansando en su habitación, y aunque no era apropiado que ella lo visitara allí ahora que ya no estaba en cama de enfermo, no había estricta formalidad en la casa de Sophie.

Al entrar en la habitación, inmediatamente se quitó los guantes y se acercó a donde Matthew yacía en la cama. “¿Se siente mal? Se ve muy cansado.”

“Estoy bien,” respondió Matthew con una sonrisa. “He pasado la mañana hablando con Samuel, y aunque siento la necesidad de dormir, quería hablar con usted primero. Por favor, siéntese.”

“Esto suena ominoso.”

“Espero que no, pero he hecho algunas presunciones en nombre de ambos.”

Lydia se sentó en el borde de la cama, como lo había hecho mientras lo cuidaba. Era una cercanía que había extrañado una vez que él había podido moverse al piso de abajo. “Adelante.”

“Le pedí a Jones que incluyera dos cosas en la carta que envió a Londres hace unas semanas. La primera era sobre mi deseo de encontrar una nueva posición. Ha recibido una respuesta, y parece que nuestro trabajo en las últimas semanas será reconocido después de todo, aunque de manera discreta. Me han ofrecido un trabajo en el Ministerio del Interior. Será en unos meses; Jones pidió que me dieran algo de tiempo para recuperarme. El trabajo podría ser en el extranjero, cuidando de nuestros intereses en el extranjero y usando mis habilidades como persona agradable, para repetir las elocuentes palabras de Jones.”

“Él ciertamente tiene un don para las palabras.”

“¿Le importaría ir al extranjero? Es más dinero y una mejor posición.” Matthew sabía que su experiencia del mundo era limitada y no deseaba asustarla, pero tenía que esperar que ella estuviera de acuerdo, ya que era, con mucho, la mejor oportunidad que tendría.

“Si significa que estaré a su lado, iré a cualquier parte,” dijo Lydia.

“Gracias. Eso significa el mundo para mí y significa que podré proporcionar una mejor vida para ambos. El alojamiento estará incluido en el puesto, así que tendré más dinero y menos gastos.”

“A menos que resulte ser una esposa costosa.”

“En ese caso tendré que trabajar más duro, porque quiero darle todo.”

“Parece estar dándome el mundo, porque nunca habría viajado más allá de Sidmouth si no lo hubiera conocido. Será nuestra gran aventura.”

“Perfecto.” Matthew esperaba que su siguiente noticia estuviera bien juzgada de su parte. “La segunda tarea que le di a Jones fue resultado de algo que usted dijo. Espero que no estuviera

bromeando cuando dijo las palabras, o esto podría ser complicado.”

Lydia rio. “Ahora tengo miedo de qué tontería he dicho.”

“Mencionó que deseaba poder adoptar a Isabella,” dijo Matthew.

La expresión en el rostro de Lydia era de sorpresa. “¿Es posible? ¿Ha arreglado que podamos hacerlo?”

“Sí. Si quiere.”

“¡Oh! ¡Claro que quiero! ¡Esta es una noticia maravillosa! ¿Cómo lo logró?”

Matthew sonrió, aliviado y contento de haber entendido que ella hablaba en serio. “Fue realmente Jones. Yo solo le pedí que hiciera las preguntas. Creo que ha habido algunos intercambios en las últimas semanas, pero se ha decidido. Recibiremos una suma de dinero que le dará una dote razonable y proporcionará para su mantenimiento inicial, pero luego el costo de mantenerla recaerá sobre nosotros.”

“¡Seremos una familia desde el principio! Gracias. ¡Oh, muchas gracias! Le ha dado a una joven la mejor oportunidad que podría tener. Es muy bueno.” Lydia se inclinó y besó cálidamente a Matthew. Habían compartido besos en las últimas semanas, pero siempre por iniciativa de Matthew. Esta vez fue Lydia quien puso sus manos en las mejillas de él y tocó sus labios con los suyos. “Gracias.”

Después de que Matthew la convenciera de que profundizar el beso era una forma placentera de pasar los siguientes diez minutos, finalmente detuvo los besos con un gemido. “Estoy tan contento de que solo falten dos días para nuestra boda. Creo que podría explotar si fuera más tiempo.”

“¿Puedo ir a darle la noticia a Isabella?” preguntó Lydia, tratando de arreglarse el cabello en el espejo.

“Sí. Por favor, hágalo. Ella necesitará estar lista para irse al mismo tiempo que nosotros después del desayuno de bodas.”

Lydia besó a Matthew en la mejilla. “Duerma ahora, hombre maravilloso.” Al dejarlo, fue inmediatamente a la guardería y, sentando a Isabella, le explicó lo que estaba sucediendo.

La niña escuchó lo que Lydia dijo, permaneciendo callada hasta que Lydia le preguntó si tenía alguna pregunta.

“¿Esto significa que serás mi mamá?”

“Sí. Y el Capitán Dunn será tu papá.”

Isabella estalló en lágrimas, ante lo cual Lydia la levantó en sus brazos. “Pensé que estarías feliz.”

“Lo estoy,” logró decir Isabella entre sollozos. “Siempre quise tener una mamá y un papá con los que vivir. Ahora tengo uno y no necesito sentirme sola nunca más. No me enviarán a la escuela, ¿verdad, mamá?”

“¿No te gustó la escuela de la señorita Hardy?” preguntó Lydia. Se le formó un nudo en la garganta al darse cuenta de que la niña la había aceptado inmediatamente como su madre.

“Oh sí, pero nunca he tenido un verdadero hogar, y no quiero dejarlo cuando lo tenga. No tendré que hacerlo, ¿verdad? Prometo que seré muy buena.”

“Tú siempre eres buena, Isabella. Si deseas quedarte en casa tanto, ciertamente puedes hacerlo.”

“¡Oh, gracias!” Isabella besó a Lydia y, rodeando su cuello con los brazos, susurró: “Te quiero, mamá.”

“Yo también te quiero, mi dulce niña,” dijo Lydia, sabiendo que Isabella sería tan preciosa como cualquier hijo que tuviera en el futuro. Un futuro. No había pensado en tener uno

desagradable, ¡pero cómo habían cambiado las cosas! Su vida estaba llena de esperanza y felicidad, y parecía también un poco de aventura. Besando la mejilla de Isabella, sonrió. Nunca había sido más feliz.

*

Al entrar en el comedor más tarde, donde todos estaban reunidos, Lydia se dirigió de inmediato hacia donde Samuel estaba sentado. Aunque sus mejillas ardían, se inclinó y lo besó en la mejilla. “Gracias,” dijo en voz baja.

Samuel se quedó asombrado y un poco conmovido por la acción, pero sonrió de manera pícaramente. “Todavía hay tiempo para cambiar de opinión, señorita Bolton. Si desea casarse con un espécimen muy superior a Dunn, aún estoy disponible.”

“Tendría una pelea en sus manos si ella lo hiciera,” dijo Matthew.

“¿Podemos saber la causa de este comportamiento descarado?” preguntó Sophie, pero no había censura en sus palabras; parecía muy divertida.

Matthew explicó qué cambios habría para la nueva familia. Esther inmediatamente se levantó y abrazó a Lydia.

“Serán padres perfectos para ella,” dijo. Tocó el hombro de Samuel. “Debe haber trabajado duro para convencer a quien necesitaba ser persuadido para lograr este resultado. Bien hecho.”

“Podría acostumbrarme a la adoración completa,” dijo Samuel, dirigiendo sus palabras a Matthew. “¿Alguna otra tarea que necesite que haga para que pueda mantener mi halo?”

“Tonto,” dijo Esther, golpeándole el brazo al volver a su asiento.

“Sospechaba que la adulación no duraría mucho. Oh, cómo lamentaré su pérdida.”

“Puede engañar todo lo que quiera. Debió haber trabajado duro, por una vez en su vida. Olvida que yo también me he comunicado con los responsables de ella. No son las personas más fáciles de tratar. Ni suelen ser acomodaticias.”

“Todo niño merece una crianza segura. Valió la pena el esfuerzo.”

Los pocos presentes se quedaron en silencio ante las palabras de Samuel. No tenía un interés aparente en Isabella, nunca la había buscado ni entablado conversación con ella, pero sus palabras, dichas con seriedad, eran sinceras. Esto hizo que Esther se preguntara aún más sobre su pasado. ¿Tomaría tanto esfuerzo por alguien que no significaba nada para él un hombre seguro de su crianza? Algunas personas lo hacían, pero de alguna manera parecía que él no lo haría. No era un hombre mezquino, pero había algo curioso en su opinión y acciones subsiguientes, y aumentaba su deseo de conocerlo mejor.

El grupo comenzó a hacer aún más planes sobre lo que sucedería después de que la nueva familia se fuera. Sophie preguntó a Esther si tenía la intención de quedarse un poco más.

“Necesito volver a Corless House,” dijo Esther.

“¿Volverá a visitarnos?”

“Me encantaría que me visitaran, pero sé que no lo harán.”

“No. Esta es mi casa, y aquí es donde me quedaré.”

Esther siempre había presumido que Sophie se había mantenido alejada de Corless House porque pensaba que le recordaría a Esther su pasado. Parecía que la acción amable de mantenerse alejada al principio se había convertido ahora en un hábito inquebrantable.

“Entonces iré a usted. Exeter no es el monstruo que era en mi memoria. Me gustaría visitar la tumba de mi madre una última vez, después de la boda, por supuesto, y luego, durante la tarde, partiré.”

Sophie asintió en aceptación de la situación antes de excusarse y salir de la habitación.

“La acompañaré a Corless House, si acepta mi compañía,” dijo Samuel.

“Es muy amable de su parte. Gracias,” dijo Esther.

“Luego continuaré hacia Londres. Puedo salir temprano desde Sidmouth si paso una noche allí.”

“Pensé que viajaría con nosotros,” dijo Matthew.

“¿Con recién casados y un niño? Creo que no. Disfrutaré de mi propia compañía en la carretera, muchas gracias,” dijo Samuel.

“Está terriblemente molesto por ser abandonado por mí. Nadie más en el cuartel soportará sus caprichos como yo.”

“Eso, mi amigo, es la verdad.”

Capítulo 17

La mañana de la boda del Capitán Matthew Dunn y la señorita Lydia Bolton brillaba, sin nubes que amenazaran con lluvia al grupo de la boda. Un pequeño pero ruidoso grupo caminó a la iglesia desde la casa de Sophie. El novio ya estaba allí, con su padrino a su lado, como había estado en muchas batallas.

Lydia estaba rodeada de su familia, junto con Esther y Sophie. Sosteniendo un pequeño ramillete de flores en una mano, tomaba la mano de Isabella con la otra. Desde que la niña recibió la noticia de que iba a ser adoptada, apenas podía separarse de sus padres. Estaban seguros de que una vez que estuvieran en su viaje a Londres, ella se sentiría más segura al saber que la situación no cambiaría.

Esther logró persuadir a Isabella de que soltara la mano de Lydia para que pudiera seguir a su nuevo abuelo mientras él acompañaba a su mamá al altar.

Lydia lucía resplandeciente con un nuevo vestido lavanda con mangas abullonadas y un delicado volante en la parte inferior de la falda. Su nuevo y muy extenso guardarropa ya estaba empacado y listo para ser cargado en el carruaje después del desayuno de bodas. Gracias a la generosidad de Esther, Lydia podría adaptarse fácilmente a su nueva vida. No habría evidencia de la ropa práctica del día a día que usaba una maestra, solo la vestimenta perfecta para la esposa de un diplomático.

La pareja se sonrió mutuamente cuando Lydia llegó al altar. Matthew todavía se veía pálido, pero podía moverse mucho más que desde su lesión. Ser empujado a caminar un poco más cada día por Samuel significó que se sentía lo suficientemente bien como para viajar a Londres, aunque podría llevar un poco más de tiempo antes de que estuviera lo suficientemente bien como para viajar al extranjero. Samuel había utilizado su estilo burlón habitual para animarlo, lo que, aunque maldecido por Matthew, había dado resultado.

Cuando la pareja pronunció sus votos, no había duda en las mentes de los invitados de que eran testigos de un verdadero amor. Para Lydia y Matthew, no había nadie más en la iglesia que el otro mientras pronunciaban las palabras que los unían en matrimonio para siempre.

Fuera de la iglesia, se arrojó arroz sobre la pareja mientras atravesaban a sus invitados y caminaban del brazo de regreso a la casa de Sophie, donde los esperaba el desayuno de bodas.

Esther se giró varias veces, con una expresión de preocupación en su rostro. Después de hacerlo por tercera vez, Samuel se acercó a ella.

“¿Ocurre algo?” preguntó.

“No. Estoy siendo tonta. Sigo teniendo la sensación de que nos están observando, pero cuando me giro, no hay nadie.”

Samuel miró en la dirección que Esther había indicado. “Debería investigar. Estoy seguro de que no hay peligro para Isabella, pero es mejor prevenir que lamentar.”

Él la dejó y rodeó el costado de la iglesia, desapareciendo de la vista. Después de caminar alrededor de todo el edificio, reapareció en el otro lado del grupo y se dirigió rápidamente hacia Esther. “Hay algunas personas cuidando las tumbas, pero nadie que parezca interesado en nosotros o que sea una amenaza.”

“Entonces es mi tontería. Siento haberle causado molestias.”

“Es mejor prevenir, después de los eventos recientes. Me da la excusa de escoltarla, por si acaso me he perdido algo,” dijo Samuel.

Esther tomó el brazo que Samuel le ofreció mientras subían la colina. “¿Era una lágrima lo que noté en su ojo cuando el vicario los declaró marido y mujer?” preguntó.

“Sí. Siempre es un día triste cuando un amigo le da la espalda a la vida de soltero. Uno descubre que nunca es el mismo.”

Esther rio. “Solo usted podría decir tal cosa en un día tan encantador como hoy, pero no reaccionaré a sus tonterías. No hoy, al menos.”

“En ese caso, estaré callado el resto del día. No tiene sentido gastar el aliento cuando el torturador de uno está siendo santo.”

“¡Es usted un canalla! ¡Qué cosa tan infame decir!” exclamó Esther.

Samuel sonrió a Esther. “¿Estoy equivocado? ¿No ha sido usted la pesadilla de mi vida estas últimas semanas?”

“Eso espero.”

Riendo, Samuel apretó la mano de Esther que descansaba en su brazo. “Definitivamente es usted mi regañona favorita.”

“Su halago es casi abrumador. Si fuera una persona menor, podría desmayarme por sus adulaciones.”

“Espero siempre atraparla si cae.”

Esther no pudo pensar en una respuesta a las palabras de Samuel. Habían sido dichas en voz baja, casi en serio, pero no podía creer que hubiera un significado oculto en ellas. Era una mezcla confusa de capricho, opiniones condenatorias y desaires lacónicos, pero a veces decía palabras que contrastaban completamente, y eso la dejaba aturdida. No tenía idea de cómo entenderlo.

Podría haberse sentido más tranquila si supiera que Samuel pasaba la mayor parte de su tiempo tratando de entenderse a sí mismo.

*

Despedir a los recién casados e Isabella en el carruaje de Esther, que les había prestado, disolvió el grupo de la boda. La familia de Lydia se despidió y comenzó su propio viaje de regreso a Sidmouth, lo que dejó a Samuel, Esther y Sophie.

“¿No puedo persuadirte para que te quedes más tiempo? Hay muchas diversiones en esta ciudad que podrías disfrutar,” preguntó Sophie de nuevo.

“No. Regresaré al cementerio, y luego, si le parece bien, Capitán Jones, podemos ponernos en marcha. Tenemos tiempo de sobra para llegar a Corless House antes del anochecer,” dijo Esther.

“Estoy a su disposición. ¿Le gustaría mi compañía en la iglesia?” preguntó Samuel.

“No. Siento que es algo que debo hacer sola, pero si le gustaría dar un paseo, no me importaría compañía en el camino de regreso.”

“Por supuesto. Arreglaré mi equipaje y luego revisaré los caballos. Es un honor para sus habilidades de equitación que Matthew le haya permitido montar su caballo. No permite que cualquiera lo tome.”

“No creo que tuviera mucha opción, dado que le estaba prestando mi carruaje para viajar a Londres,” dijo Esther.

“Nunca está simplemente agradecida,” dijo Samuel con una sonrisa. Se levantó y, inclinándose ante las dos damas, salió de la habitación.

“Ese mantendría a su esposa alerta, si encontrara a alguien lo suficientemente valiente como para casarse con él,” dijo Sophie.

“Sería terrible vivir con él.” Esther trató de sonar despreocupada, pero sabía la razón de

las palabras de Sophie.

“Oh, no sé. Los hombres como él tienden a enamorarse profundamente cuando finalmente lo hacen.”

“¿Y aplastar a las mujeres sobre las que caen?” Esther se levantó. “Me iré antes de que intente convencerme de que el Capitán Jones no es más que un corderito.”

“Yo diría más bien como una gallina protectora, por la forma en que responde a usted.” Sophie levantó las manos cuando parecía que Esther iba a hablar. “No la molestaré más. Sé cuándo veo a una chica engañada frente a mí que no puede ver lo que tiene delante. Vaya. La veré a su regreso.”

Solo deteniéndose para recoger un puñado de flores del jardín de Sophie, Esther se dirigió a la iglesia. Una sonrisa tocó sus labios mientras caminaba por el camino que conducía a la iglesia y veía el arroz rodar por las piedras mientras el viento lo empujaba hacia cualquier hueco o borde que pudiera encontrar.

Caminando hacia la tumba de su madre, Esther se sintió triste al pensar que volvería a dejar a su madre. Aunque le había llevado un tiempo inicialmente llegar a la tumba, una vez que superó su vacilación, la había visitado cada semana. Incluso había comenzado a hablar con la piedra, como si estuviera hablando con su madre.

Era extraño – Sophie nunca mencionó visitar, y sin embargo siempre había otras flores en la tumba. Le daba consuelo a Esther saber que la tumba estaba siendo cuidada cuando ella no estaba allí.

Ajustando las flores hasta que estuvo satisfecha con el arreglo, Esther se despidió en voz baja. Derramó algunas lágrimas mientras hablaba.

“Corless House es mi hogar, mamá,” dijo en voz baja. “Te encantaría estar allí, y los niños son una delicia. Voy a extrañar a Lydia e Isabella, pero con todo lo que ha sucedido, tener tres maestras menos probablemente no será un gran obstáculo. No al principio, de todos modos. Es tan diferente a cómo vivíamos, pero no creas que miro atrás a esos días con nada más que placer. Solo tú y yo contra el mundo. Fui increíblemente feliz, mamá, y espero que estés orgullosa de mí ahora.”

Cepillando algunas hojas del borde de la lápida, se puso de pie. “Es hora de irse. Gracias por protegerme. Adiós, mamá.”

Al girar, Esther tropezó antes de agarrarse a la lápida para apoyarse. Por un momento sintió que sus piernas cederían. Frente a ella, a unas pocas filas de distancia, estaba el hombre cuyo rostro llenaba sus pesadillas.

“Hola, Esther,” dijo, dando un paso hacia ella.

Quería gritar. Correr y esconderse como lo había hecho durante años, pero no podía moverse. Una vez más era una niña de catorce años, asustada y sola. Temiendo lo que iba a suceder, pero sintiendo que no había dónde escapar.

“He estado observándote, Esther. Te has convertido en una mujer hermosa, pero siempre supe que lo serías, por eso quería hacerte mía. ¿Por qué dijiste que no? Tu madre aún estaría viva si no lo hubieras hecho.”

Capítulo 18

Esther se aferró a la lápida de la tumba para apoyarse. Sabía que había sido una imprudencia regresar a Exeter, pero necesario dadas las circunstancias. Sin embargo, debería haberse quedado adentro.

“¿Qué quiere de mí?” dijo con la voz entrecortada.

“Quería verte. Hablar contigo.”

“¿Cómo supo dónde encontrarme?”

“Oh, no fue difícil. He estado visitando a tu madre mucho últimamente. Tenía la sensación de que regresarías algún día.”

“¿Usted es quien ha estado dejando las flores?” La mente de Esther iba a mil por hora. ¿Cómo podía un hombre así mostrar algo que se pareciera a sentimientos tiernos? No había envejecido bien; parecía marchito de alguna manera y como si hubiera envejecido mucho más que los catorce años que habían pasado desde que lo vio por última vez.

“Por supuesto que fui yo. Podrás tener una baja opinión de mí, pero no visitaría una tumba sin mostrar respeto.”

“Usted causó su muerte. ¿Cómo puede ser tan hipócrita?”

“Mis sentimientos y deseos nunca han cambiado, Esther. Quiero lo que siempre he querido.”

“Nunca aceptaré eso.”

“No deseo hacerte daño, Esther.”

“Eso es bueno saberlo.” La profunda y tranquilizadora voz del Capitán Jones habló desde detrás de Esther.

Al girarse para ver a Samuel, Esther casi se desmoronó de alivio. Estaba a salvo. Él la protegería. En dos pasos, él estuvo a su lado, y aunque ella se aferraba a la lápida con una mano, él tomó la otra y la puso en el hueco de su brazo mientras le sonreía.

“¿Le gustaría irse? Lamento haber llegado más tarde de lo que anticipé. Parece que mi mala puntualidad la ha molestado,” dijo Samuel.

“N-no en absoluto. Me alegra que esté aquí.”

“Y a mí también.” Era cierto. Al girar la esquina y, aunque no podía ver el rostro de Esther, la forma en que se sostenía del monumento para apoyarse le hizo acelerar el paso. Había observado al hombre y lo reconoció de antes en el cementerio. Mirando al extraño con un desafío en sus ojos, Samuel lo evaluó fríamente. “¿Cuál es su negocio aquí? La ha estado observando durante un tiempo, ¿verdad? Sin embargo, claramente su compañía no es bienvenida.”

“Quería volver a verla,” dijo, ignorando a Samuel y mirando directamente a Esther.

“¿Volver a verme?” Ella estaba atónita con esas palabras. “¡Pero usted mató a mi madre!”

“Fue un accidente. La investigación concluyó que así fue.”

“Olvida que yo estaba allí, señor. La mató con sus propias manos.”

El caballero parecía agraviado. Dio un paso más cerca, pero Samuel extendió la mano para detenerlo. “No avance más o lo detendré por la fuerza.”

“Tu perro guardián es molesto. ¿No puedes enviarlo lejos?”

“Quiero que esté aquí,” dijo Esther.

El hombre suspiró derrotado. “Muy bien. Soy el señor Boyd, y se me prometió la mano de Esther en matrimonio.” Se volvió hacia Esther. “Quizás estuviste en la sala esa noche, pero no

viste lo que ocurrió antes. Casi me prometí contigo como recompensa por permitir que Sophie y tu madre dirigieran el salón de juegos en la casa que yo poseía."

"¿De qué está hablando? ¡No era un salón de juegos!"

"¿Nunca bajaste?" preguntó. "Para ser justos con ellos, te mantuvieron protegida y, al estar en la escuela la mayor parte del tiempo, estabas fuera del camino."

"¿Le prometieron una colegiala?" Samuel no pudo evitar preguntar.

"Se suponía que debíamos casarnos cuando ella tuviera dieciséis años, pero luego el lugar empezó a perder dinero. Temía que fueran a llevar a cabo algún tipo de fuga a medianoche, así que insistí en que llegáramos a algún acuerdo."

"Estaba dispuesto a arruinarme." Las palabras se dijeron sin emoción, pero el temblor en el cuerpo de Esther golpeó a Samuel en el estómago.

"Solo para asegurarme de que no rescindieran nuestro acuerdo. Te hubieras casado tal como se había acordado."

"Es despreciable," dijo Samuel. Estaba furioso por dentro y quería golpear al hombre hasta matarlo, pero tenía la sospecha de que Esther necesitaba que esta conversación ocurriera. Era doloroso para ella, pero algo de su pasado la había atormentado, y él sabía que enfrentarlo era la única forma de dejarlo atrás de una vez por todas.

"Quizás. Pero no fui yo quien usó a una niña inocente como garantía."

"No le creo," dijo Esther.

"No, porque Sophie y tu madre mantenían esta fachada ante ti. ¿Acaso Sophie te ha contado alguna vez la verdad sobre tu padre? No, ¿verdad? Puedo ver en tu rostro que no. Esther, no soy tu enemigo aquí. Lo que ocurrió esa noche fue organizado por quienes te cuidaban."

"No creo nada de lo que dice."

"¿Recuerdas esa noche?"

Esther estremeció. "Está grabada en mi memoria."

El señor Boyd asintió en comprensión. "Me trajeron hasta ti. No subí a escondidas como un amante clandestino. Me llevaron hasta ti y me dejaron solo contigo."

Volviendo su rostro hacia el hombro de Samuel, Esther cerró los ojos.

"Respire despacio," dijo Samuel en voz baja. "No tiene que escuchar esto si es demasiado. Podemos irnos."

"No. Estaré bien," dijo Esther. Se tomó unos momentos antes de volver a enfrentarse al hombre. "Me atacó."

"Intenté ser amoroso contigo, sí."

"Así no lo recuerdo."

"Quizás no, pero si hubiera querido forzarte, no habrías podido gritar como lo hiciste."

"Mi madre irrumpió y comenzó a golpearte."

"Sí, la tonta. Parecía que no estaba del todo de acuerdo con el plan después de todo. Sophie había hecho todos los arreglos."

"No le creo."

"Como he dicho, pregúntale a Sophie sobre tu padre. ¿Por qué crees que nunca va a visitar la tumba de tu madre? No le importa, por eso. Ella es dura, solo se preocupa por ella misma."

"Si ese fuera el caso, ¿por qué me envió con mi tío?"

"Porque ya no eras útil para ella," explicó Boyd. "Sabía que serías sospechosa de cualquier otra persona que te presentara, y por lo que parece, solo eras una regadera."

"Sabe mucho," dijo Samuel.

"Sí, sé, ¿no? De nuevo, quizás Sophie no ha sido tan honesta como debería con Esther."

"Está tratando de jugar con mi mente, llenándola de tonterías," dijo Esther.

"No. Estoy tratando de decirte la verdad. Tu madre era como una especie de demonio, con los puños volando por todas partes y varias veces acertando en el blanco. Solo la empujé para detener el bombardeo. No era mi intención hacerle daño."

"Pero lo hizo."

"Sí. Ella tropezó y cayó. Honestamente intenté detener su caída, pero todo ocurrió tan rápido. Un momento estaba siendo golpeado por ella, al siguiente había golpeado su cabeza contra la chimenea."

Esther cerró los ojos. Todo seguía tan claro en su mente. Había gritado cuando él avanzó e intentó besarla, con sus manos pareciendo estar por todas partes. Su madre había irrumpido en la sala y no había preguntado qué estaba pasando. El hecho de que su vestido se hubiera bajado ya era una pista suficiente. Su madre era una borrosidad de puños y palabras groseras hasta que tropezó, y luego todo quedó en un silencio mortal.

Esther siempre despertaba de la pesadilla en ese momento, con el corazón palpitando, respirando pesadamente y bañada en lágrimas. Ahora, aunque le dolía, se obligó a recordar lo que había sucedido.

Recordaba que el señor Boyd se había arrodillado, levantando a su madre en sus brazos y meciéndola, suplicándole que despertara. Gritó a Esther para que fuera a buscar a Sophie, momento en el que ella huyó de la habitación.

Después de eso, todo se volvió un borrón. Sophie tomó el control. Esther recordaba haber recibido una bofetada de Sophie para intentar detenerla de llorar, pero no funcionó, y quedó sola mientras Sophie se encargaba de todo. Las semanas después de la muerte de su madre permanecían borrosas en su memoria, pero en su mayor parte, recordaba estar sola.

"Estás recordando, ¿verdad?" preguntó el señor Boyd.

"Sí."

"Mi comportamiento fue quizás desafortunado. Debería haberte tratado con más suavidad, pero entré torpemente, probablemente porque estaba molesto con Sophie. Créeme cuando digo que no deseaba hacerte daño a ti ni a tu madre. Esperaba que la noche terminara de manera completamente diferente. Tú habrías sido mía y habríamos vivido felices."

"Dudo mucho de eso. ¿Espera que perdone su parte en esto solo porque dice que estaba prometida a usted y que lo que le ocurrió a mi madre fue un accidente? ¿No ve que todavía es culpable?"

"Supongo que solo quiero que creas la realidad de la situación. Los tres adultos en esa situación fueron responsables, y quería que te dieras cuenta de eso. Nunca fueron honestos contigo sobre nada."

"Está mintiendo."

"¿Lo hago? ¿Cómo es que dos mujeres se proporcionaron tan bien a sí mismas y a ti? ¿Nunca has tenido siquiera un poco de curiosidad sobre tu comienzo en la vida? ¿Quién era tu padre y por qué tu madre fue a Sophie? Es hora de que enfrentes la realidad del pasado antes de que empieces a condenarme."

"Ha dicho lo que quería," dijo Samuel. "Creo que es hora de que la deje en paz ahora."

El señor Boyd asintió. "Por ahora lo haré, pero creo que es hora de que descubras la verdad. Solo puedo exponer mi parte, pero no fui yo quien te ofreció. Recuerda eso cuando estés descubriendo la verdad. Las personas no son como las recordamos. Tu madre no era una santa."

"Intentó protegerme; lo sé sin lugar a dudas."

"Después de que aceptó tu matrimonio conmigo." No esperó respuesta, dando la vuelta y caminando entre las tumbas y alrededor de la esquina de la iglesia.

"Dime que desea que lo mate y lo haré," dijo Samuel.

Con una mínima sonrisa, Esther sacudió la cabeza. "No lograría nada. Las imágenes están en mi mente. Su muerte no las detendría."

"Sé que fue difícil enfrentarlo, pero espero que te brinde algo de paz. Imagino que ha sido un monstruo en tu memoria, pero ahora puede recordarlo como un anciano."

"Sí. No era físicamente amenazante. No con usted a mi lado, de todos modos."

Samuel sonrió. Sus palabras calentaban su interior. "Tengo mis usos."

"Ocasionalmente."

"Vamos. Regresemos a la casa."

"Necesito hablar con Sophie. Parece que habrá más revelaciones, si ella es honesta conmigo."

"¿No cree que es prudente dejarlo estar?"

"No. Quiero saber la verdad. Las cosas han sido un poco extrañas entre Sophie y yo desde que regresé. Me sorprendió y confundió, parecía que no era la misma mujer que recordaba. Quizás tenga algo que ver con lo que insinuó el señor Boyd. Necesito descubrir la verdad a cualquier costo."

Samuel temía que le costara mucho escuchar todo lo que debía revelarse, si lo que había dicho el señor Boyd era cierto. Tenía la sospecha de que Sophie y Esther no serían las mismas antes de que terminara el día.

Capítulo 19

Sophie estaba sentada en el salón, pero se levantó en cuanto Esther y Samuel entraron en la habitación. "¿Qué ocurre?"

"Por favor, déjenos," dijo Esther a Samuel, ignorando la pregunta de Sophie por el momento.

"Me gustaría quedarme. Por su bien."

"Gracias, pero esta tiene que ser una conversación entre nosotras dos, o quizás no seamos completamente honestas."

"Como desee, pero estaré cerca." Samuel nunca se había sentido tan impotente en su vida. Quería envolverla en un abrazo y besarle las preocupaciones, pero entendía que ella tenía su pasado que resolver.

"Aprecio lo que hizo hoy. Significó mucho," dijo Esther. Volviéndose hacia Sophie, se sentó en un asiento frente a ella. "Vi al señor Boyd en el cementerio. Me contó su versión de los hechos, y ahora quiero escuchar la verdad, y me refiero a la verdad, de ti."

Si alguna de ellas esperaba que Sophie se viera abatida, se decepcionaron. En lugar de parecer ansiosa o arrepentida, su expresión se tornó en enojo.

"Me quedo," dijo Samuel.

"No. Por favor, váyase," dijo Esther. Ya había escuchado mucho; ella no podía enfrentarse a que él escuchara cualquier otro secreto que tuviera que descubrir.

"Como desee," dijo Samuel antes de inclinarse rígidamente y salir de la habitación. Cruzó hacia el comedor y se sirvió un gran vaso de brandy. Sería tortuoso hasta que pudiera regresar al lado de Esther. Odiaba no poder aliviar su dolor.

Sophie esperó hasta que la puerta se cerró tras Samuel antes de hablar. "Sabía que el tonto no podría mantener la boca cerrada si te veía, pero me rogó que le hiciera saber si alguna vez regresabas."

"Le dijiste que había vuelto." Esther se sentía enferma. Sophie sabía perfectamente cómo el señor Boyd había sido un monstruo en sus recuerdos, y ella había permitido deliberadamente que supiera que Esther estaba en el pueblo.

"Ha sido un amigo útil a lo largo de los años. Le debía una."

"Me animaste a salir. Sabías que lo encontraría."

Sophie se encogió de hombros. "Hice la pregunta de manera que no despertara tus sospechas sobre por qué la hacía. Era inevitable que fueras al cementerio regularmente. No habría podido verte de otra manera."

Esther estaba asombrada de que no pareciera haber ninguna preocupación o perturbación en el comportamiento de la mujer mayor. "¿Es verdad lo que dijo?"

"Supongo que depende de lo que dijo."

"Oh, que tú y mi madre dirigían un salón de juegos, me habían prometido a él, y estaban dispuestas a permitir mi ruina para mantenerlo contento," dijo Esther. Su tono era frío y desapasionado, en completo contraste con lo que sentía por dentro.

"Eso lo resume bastante bien."

"¿Mi madre aceptó el plan?" Esther estaba incrédula. Todos sus recuerdos parecían estar en desacuerdo con lo que le habían contado hoy.

"Estaba un poco reacia al principio, pero si no se hubiera metido en tal lío en primer

lugar, no habría tenido que hacerlo."

"¿Cómo conociste a mi madre?"

"A través de tu padre."

"¿Conocías a mi padre?" Los ojos de Esther se abrieron de par en par. Nunca había pensado que Sophie supiera con quién había huido su madre. Su mente estaba girando al pensar que podría averiguar más sobre un padre que no conocía en absoluto.

"Sí. Era un joven tonto que pensaba que podía hacer lo que quisiera sin consecuencias."

"¿Qué le pasó?"

"Se murió cuando más lo necesitábamos para ganar algo de dinero y mantenernos a todos."

"No entiendo." Esther tenía un dolor de cabeza punzante. Parecía que cuanto más preguntaba, más confundida se volvía.

"A veces puedes ser especialmente cansina, Esther. ¿No has hecho ninguna conexión? Tu padre era mi hijo."

Esther sintió que le nublaban la vista. Intentó parpadear para despejarla. Ahora no era el momento de desmayarse, aunque la oscuridad ofreciera algo de alivio a la pesadilla en la que se encontraba. "¿Eres mi abuela?"

"Por supuesto que sí. Aunque tus padres nunca se casaron realmente. Tu madre creyó las promesas y mentiras de mi hijo y dio la espalda a su familia. Llegaron a mi puerta – por supuesto, para entonces ya estaba embarazada. La tonta que era, quedó devastada cuando Tom desapareció después de unas semanas. Así solía ser él. Por lo general, regresaba en algún momento, excepto cuando realmente lo necesitábamos. Recibí una carta diciendo que se había ahogado. Se cayó de un barco, borracho, cuando debía estar cargando mercancía. Fue un final apropiado para un hijo decepcionante," dijo Sophie.

"Era tu sangre. ¿Cómo puedes ser tan fría?"

"Siempre tenía la cabeza en las nubes. Esperaba el mundo y, sin embargo, no quería trabajar por ello. Habría sido un buen caballero, con el aire de derecho que siempre lo rodeaba. Desafortunadamente, no nació para ser uno. Logró cargarme con él en la muerte como lo hizo en la vida, pues me dejó con tu madre y luego contigo. Dos bocas adicionales para cuidar y alimentar."

La mente de Esther estaba dando vueltas, sin ayuda por la frialdad que sentía de Sophie. ¿Por qué nunca había notado esta frialdad? Era como si estuviera tratando con alguien que nunca había conocido, aunque ya había empezado a sospechar que los recuerdos de una niña habían estado equivocados.

"¿Entonces es verdad que dirigías un salón de juegos?"

"Te pareces a tu padre en muchos aspectos. Con la cabeza en las nubes, sin notar lo que tienes bajo la nariz. Por supuesto que sí. Era lo único de lo que podía ganar suficiente para vivir. Una pena que las cosas empezaran a ir mal cuando dos establecimientos más grandes abrieron a unas pocas calles de los muelles. Fue la sentencia de muerte para nosotros."

Esther intentó recordar. Solo había bajado cuando el negocio estaba cerrado. Podía recordar las mesas y el olor a alcohol rancio y humo. Tenía catorce años cuando murió su madre, lo suficientemente mayor como para haber notado más, y sin embargo no lo había hecho. ¿Había sido tan inocente y tonta como parecía haber sido su padre? "Madre intentó protegerme de ello."

"Sí. Ella tenía ideas por encima de su condición, realmente risible. Perdió la oportunidad de seguir siendo la hija de un caballero en el momento en que se fugó con mi hijo, pero no podía dejar del todo su pasado. Siempre actuando como una dama," Sophie despreció. "Insistió en que

tú también fuiste educada como una dama, a pesar de que ella había dado la espalda a su posición. Es curioso que tu educación se pagara con dinero ganado en las mesas de juego.”

“Entonces, ¿por qué iba yo a ser ofrecida al Sr. Boyd?”

“Tu madre se quejó mucho por eso, pero Boyd era lo más cercano a un caballero que ibas a conocer. Con tu educación, ningún hombre decente te aceptaría como esposa. Boyd estaba dispuesto a pasar por alto tu comienzo en la vida.”

“Quería una niña como esposa. ¿No sugería eso que había algo fuera de lugar?” preguntó Esther. No parecía haber fin a lo que estaba descubriendo. Si hubiera tenido malas pesadillas antes de esto, no serían nada comparado con lo que ocurriría de ahora en adelante.

“Él estaba dispuesto a pagar bien y cuidarte en el proceso. Incluso tenía la esperanza de que eventualmente aceptaría llevarse a tu madre a su casa contigo. Así podría deshacerme de ambas.”

“Me enferma que puedas ser tan objetiva sobre todo esto.”

“No sé por qué,” dijo Sophie. “Mira cómo terminó todo. Mejor para las dos.”

“Hubiera preferido tener a mi madre viva, gracias.”

“Cosas sentimentales y tonterías de alguien que nunca ha pasado hambre. Con la forma en que el negocio estaba fracasando, tú y tu madre habrían tenido que trabajar de una manera mucho menos saludable de lo que lo habían hecho hasta ese momento, así que ten cuidado con lo que deseas,” dijo Sophie. “Hay hombres peores que Boyd, te lo puedo decir, pero cuando tu estómago está vacío y no sabes cuándo recibirás el próximo centavo, es sorprendente qué principios puedes superar. Le dije a tu madre que, si no aceptaba que Boyd te recibiera pronto, te vendería al mejor postor de todos modos, y entonces ella tendría que empezar a traer dinero.”

Esther sintió bilis subiendo por su garganta. Se levantó, necesitando irse. “No puedo quedarme aquí ni un momento más. No eres quien pensé que eras.”

“Estoy segura de que lo superarás cuando regreses a tu gran casa y vida cómoda.”

“Esa misma vida cómoda que te ha dado un techo sobre tu cabeza durante los últimos años,” replicó Esther.

“La diferencia entre nosotras es que yo soy una sobreviviente. Tú eres una soñadora que no tiene sentido de la realidad. Quita esta casa. Sobreviviré. Lo hice antes de que nacieras; lo haré de nuevo.”

“Una cosa me intriga: ¿por qué te acercaste a mi tío? Parece algo desinteresado de hacer, y por lo que has dicho, tú eres todo menos eso.”

“Fue puramente para quitarte de mis manos. Él era el único pariente con el que tu madre había mantenido comunicación. No sabía que ustedes dos eran sus únicos parientes vivos cuando ella murió. Te recibió con los brazos abiertos, y me alegro de haberte hecho desaparecer. Eras una carga e inútil. Boyd se estaba distanciando de lo que había sucedido, así que sabía que no iba a estar a la altura, y era un gran problema tratar de encontrar a alguien más dispuesto a comprarte. Una muerte y una investigación hacen que los hombres sean cautelosos. De todos modos, nos estaban dando un amplio margen. Era una forma de deshacerme de ti rápidamente.”

“No volveré a verte,” dijo Esther, abriendo la puerta.

“Estoy segura de que me las arreglaré.”

Tambaleándose hacia el pasillo, Esther fue sostenida por Samuel, quien parecía aparecer de la nada para rodearla con sus brazos en apoyo.

“Dios mío, ¿qué ha pasado?” Estaba horrorizado por la expresión de desesperación en el rostro de Esther.

Volviéndose hacia Samuel, Esther le agarró el cuello del abrigo. “Necesito salir de esta

casa. Ahora.”

Samuel habló con el sirviente. “Trae los caballos de inmediato y arregla para que nuestro equipaje sea entregado en Corless House hoy. Trae el abrigo de la señorita Hardy. Nos vamos de inmediato. ¡Muévete!” Sosteniéndola, la llevó al comedor.

Mantuvo un brazo alrededor de ella mientras servía un vaso de brandy. “Bebe esto,” dijo suavemente.

Esther tomó un trago y se estremeció mientras el líquido quemaba su garganta. “Necesito irme.”

“Nos iremos pronto. ¿Puedes cambiarte aquí? Necesitas tu traje de montar, pero no quiero que subas y bajes las escaleras en este estado.”

“Sí. Lo haré,” dijo Esther.

“Buena chica. Esto pronto se acabará. Prometo que nos iremos lo más rápido posible.”

Por primera vez, Esther miró a los ojos de Samuel. Sacudió la cabeza con tristeza. “Nunca se acabará. He estado viviendo una mentira. No podré enfrentar a nadie nunca más, y no sé qué hacer al respecto. He perdido todo en lo que alguna vez creí. Todo ha sido una mentira. Toda mi vida ha sido una farsa.”

Samuel casi se consumía con el deseo de hacer que la situación fuera mejor para Esther, pero podía hacer poco. No tenía idea de lo que había pasado en esa habitación, pero Esther estaba tambaleándose por lo que había descubierto. Quería aliviar su dolor más que cualquier cosa en el mundo. Si hubiera podido cambiar lugares con ella, lo habría hecho, pero por ahora, llevarla a casa era su prioridad. Era un experto en tratar con lo práctico. El cuidado emocional vendría después, y aunque no tenía experiencia en eso, estaba decidido a dar lo mejor de sí.

Tenía que hacerlo. Porque si algo le pasaba a ella, no sabía qué haría.

Capítulo 20

Esther apenas pronunció una palabra durante todo el viaje de Exeter a Corless House. Samuel no se relajó ni un momento mientras viajaban; Esther mantenía un ritmo rápido, y él temía que cualquier descuido la hiciera caer o ser arrojada de su caballo. Cuando vieron la puerta de entrada varias horas después, Samuel podía decir honestamente que nunca había estado tan feliz de ver un lugar en su vida.

El portero los recibió calurosamente, pero su sonrisa pronto se convirtió en un ceño fruncido al notar a su ama. Dirigiendo una mirada inquisitiva a Samuel, pero recibiendo solo una expresión de impaciencia, abrió la puerta rápidamente y los dejó pasar.

Samuel pensó al principio que Esther no había notado que habían llegado a casa, pero luego observó que su postura en el carruaje no era tan rígida como había sido. Eso era algo, al menos.

Dawson estuvo en la puerta principal en el momento en que los caballos se detuvieron.

“¡Señorita Hardy! No esperábamos que llegara tan pronto.” El mayordomo se detuvo, pero luego se dirigió al lado de su ama. “¡Señorita Esther! ¿Qué ocurre?”

“Ella ha recibido unas noticias que la han conmocionado,” dijo Samuel en voz baja. “Insistió en dejar Exeter, pero creo que sería mejor llamar al médico.”

“No. No quiero un médico,” dijo Esther, permitiendo que Samuel la ayudara a bajar. “Él solo puede adormecer el presente, no el pasado ni el futuro.”

“Adormecer el presente puede no ser una mala idea,” dijo Samuel. Sus brazos seguían alrededor de su cintura, sosteniéndola.

“No. Dawson, necesito hablar contigo y con la cocinera. ¿Podrías unirte a mí en el salón?”

“Por supuesto, señorita Esther,” dijo Dawson, usando el nombre que habían utilizado cuando ella se unió a ellos por primera vez.

Samuel llevó a Esther al salón y le sirvió nuevamente un vaso de brandy.

Esther aceptó la bebida, pero sonrió un poco. “¿Está tratando de emborracharme, Capitán Jones?”

“Si no me permites buscar un sedante para ayudarte, la única opción que tengo es dejar que el brandy alivie tu dolor.”

“No estoy en dolor,” dijo Esther, mirándolo. Era una tortura mirar al hombre del que finalmente había admitido estar enamorada pero ahora sabía que nunca podría tener un futuro con él. Se había considerado indigno de un matrimonio respetable al saber que sus padres habían huido y sido desheredados. Eso era bastante malo, pero ahora – ahora era de nacimiento bastardo. La hija ilegítima de una dama, ciertamente, pero una que había abandonado a su familia por un hombre inútil. Además, había tenido un casino. Esther nunca sería aceptada en la sociedad educada si se llegara a conocer. Era un milagro que aún no lo fuera, ya que Sophie ciertamente no tenía lealtad familiar.

“Quizás no físicamente, pero aun así hay dolor,” dijo Samuel. Su habitual frivolidad había desaparecido por completo. Esther habría encontrado el cambio divertido si hubiera podido reconocerlo.

Dawson y la Cocinera entraron en la sala y cerraron la puerta detrás de ellos. Ambos parecían cautelosos y preocupados.

La Cocinera fue la primera en hablar. “¿Qué ha pasado?”

“¿Cuánto sabes de mi pasado?” preguntó Esther. “Necesito saber la verdad.”

Cruzando la sala, la Cocinera abrazó a Esther. “Lo suficiente para agradecer a los cielos todos los días que te enviaron a nosotros antes de que pudiera llegarte algún daño.”

Sus palabras hicieron que la represa se rompiera. Esther se aferró a la Cocinera, sollozando en su hombro, su cuerpo temblando con la fuerza del desahogo.

La Cocinera se quedó de pie, acariciando la espalda de Esther y dejándola llorar. Dawson y Samuel se miraron con impotencia, cada uno queriendo ayudar, pero sin saber qué hacer.

Parecieron pasar diez largos minutos para aquellos que tuvieron que presenciar la agitación, pero eventualmente Esther se calmó. Acariciando y disculpándose, aceptó un pañuelo y se limpió la cara. La Cocinera la sentó en uno de los sofás y se sentó a su lado.

“Ahora, entiendo por qué necesitabas eso, pero es hora de dejar el pasado atrás y mantenerlo firmemente donde debe estar. Un recuerdo, nada más.”

“¿Cómo puedo? Ahora sé lo que soy, de dónde vengo. Todo ha cambiado,” dijo Esther.

“Oh no, no lo harás, señorita. No asumirás la responsabilidad de decisiones que otros tomaron o de lo que no podías controlar. No eres tan tonta como para hacer eso, pero siempre has estado mirando por encima de tu hombro como si temieras lo que venía a alcanzarte, y eso te ha llevado a tomar decisiones que no debieron tomarse.”

“Y ahora sé exactamente por qué estaba preocupada. Parece que debí haber sospechado algo para estar tan preocupada.”

“¿Cómo cambia eso las cosas?”

“Cambia todo.” Esther estaba frustrada porque nadie más parecía pensar que era un problema. Bueno, lo diría en voz alta y vería a Samuel alejarse de ella. “Soy ilegítima. No puedo reclamar un lugar en la sociedad civilizada.”

Oyó una respiración fuerte y cerró los ojos. Parecía que no deseaba ver su expresión después de todo; escuchar una reacción era suficiente tortura.

“¡Mentiras!” dijo el Sr. Dawson, dando un paso adelante por primera vez. “Su tío era un hombre de buena posición, señorita Esther. Estuve allí cuando leyó la carta de su abuela. Su única preocupación era llevarla a Corless House y darle la educación que merecía. Si él no tuvo problemas con su pasado, no hay razón para que usted los tenga ahora. Créame, no era un tonto. La hizo su heredera porque era digna de ese derecho.”

Era probablemente la vez más enérgica que el mayordomo había estado delante de Esther, y sus palabras causaron una sonrisa acuosa. “Gracias. Lo que dices significa mucho, de verdad. Mi cabeza se siente como si alguien la estuviera golpeando. Realmente no sé qué pensar. Aún estoy tambaleándome por el cambio en Sophie – mi abuela – ¡Oh! No creo que pueda llamarla así. No después de hoy.”

“No merece el título y nunca lo mereció,” dijo la Cocinera. “Vamos a llevarte a la cama. Te enviaré una bandeja con algo agradable.”

Esther fue ayudada a levantarse, tratada como si fuera una especie de inválida. Se detuvo al pasar por Samuel, quien había permanecido de pie durante toda la conversación.

“Gracias por toda tu ayuda hoy. Te lo agradezco mucho. Entenderé si ahora deseas alejarte de aquí. Estuviste bastante en lo cierto al ser reacio a venir con nosotros. Me temo que no somos tan respetables como un hombre como tú necesitaría estar en compañía,” dijo Esther.

“Yo...” Samuel empezó.

“Ahora, basta de esto. Comentarios como esos no ayudan a nadie.” la Cocinera empujó a su ama fuera de la sala antes de que se pudiera decir algo más.

Samuel se dirigió a la chimenea y miró el fogón sin encender, con las manos en las caderas. “Un hombre como él.” Podría haber rugido de frustración. La persona que había construido era incontrovertible. Había convencido a todos, especialmente a la mujer que le importaba más que cualquier otra cosa que hubiera tenido cerca antes. Ahora ella era inalcanzable. Se había retirado de él y no tenía idea de qué hacer, porque ella difícilmente creería la verdad sobre él si se lo contara ahora.

Su primer instinto era montar su caballo y galopar hasta que la bestia no pudiera dar otro paso. Suspiró. ¿No era eso precisamente lo que había hecho durante toda su vida hasta ahora? Por primera vez no deseaba huir. Quería quedarse y tratar de pensar en una forma de salir de este lío.

Tenía que hacerlo. Su felicidad futura dependía de ello.

*

Esther despertó con un dolor sordo detrás de las sienes. Frotándose la zona para aliviar la presión, se incorporó. Una noche de sueño interrumpido y demasiadas lágrimas habían sido suficientes para hundirse en la autocompasión. No podía hacer nada sobre el pasado, pero podía tomar el control de su futuro, y eso implicaba tomar algunas decisiones dolorosas.

Llamando a su doncella, se levantó de la cama. No podía dictar todo lo que sucedería, pero no había sentido en retrasar lo que no se podía arreglar. Lo que significaba que sus sentimientos por Samuel debían ser guardados y olvidados.

Lo había desagradado a primera vista por su manera, pero probablemente fue desde el momento en que se disculpó por su comportamiento poco acogedor que él comenzó a interesarle. Habían discutido a lo largo de las semanas, demasiadas veces para recordar, pero era como si hubiera habido una reunión de mentes – siempre había sentido que era de alguna manera una pareja equitativa – con opiniones similares. Sonriéndose a sí misma en el espejo, reflexionó sobre lo extraño que era que se hubiera enamorado de un hombre que la frustraría tanto como la atraería más que cualquier otro hombre lo había hecho.

Ser la directora de una escuela no significaba que llevara la vida de una reclusa. Sidmouth podía ser pequeña, pero tenía una vida social animada para los miembros de la sociedad que residían allí durante todo el año. Su número se incrementaba durante los meses de verano por aquellos que deseaban pasar un tiempo junto al mar en una elegante ciudad costera pero no tenían los fondos para una temporada en lugares más populares como Brighton.

Hubo conocidos que habían querido convertirse en algo más, pero Esther nunca había sentido nada más allá de una amistad agradable hacia ninguno de ellos. Hubo dos propuestas cuando su tío aún vivía, pero su tío no alentó sus propuestas una vez que buscó la opinión de su sobrina.

Parecía irónico que cuando finalmente conoció al hombre con el que podía verse feliz, su vida personal se hubiera desplomado de tal manera que él nunca desearía vincularse con ella. Había oído su reacción a sus palabras. Que solo hubiera habido una inhalación de aire era un reflejo de su educación caballerosa. Podría haberse ido en ese momento y nunca mirar atrás. Algunos hombres ciertamente lo habrían hecho.

Es de su crédito que no lo hizo, pero ahora tenía que tomar control de su futuro tal como era y dejar atrás el pensamiento de lo que podría haber sido.

Entrando en el comedor, sonrió tímidamente a Samuel, quien ya estaba sentado. Él se levantó al verla entrar.

“Señorita Hardy, ¿cómo se siente esta mañana?”

“Prometo que no habrá más muestras de histeria, así que puedes relajarte,” dijo Esther.

Samuel se sentó, cruzando las piernas a los tobillos. “Me alegra verlo. Estaba tan decepcionado al descubrir que eras una llorona.”

“Yo también.” Esther no se ofendió en lo más mínimo por sus palabras. De hecho, apreciaba la forma en que estaba manejando la incómoda situación de encontrarse después de un día emocional.

“¿Y cuáles son tus planes ahora, señorita Hardy? ¿Vas a hacer que tu abuela se quede sin hogar?”

“No. Nunca quiero volver a hablar con ella – eso es algo de lo que estoy segura,” respondió Esther. “Pero no soy una persona maliciosa. Si quitara la casa, la haría desamparada, y no puedo ser tan cruel.”

“Eres más magnánima que la mayoría. Ella autorizó tu ruina cuando solo eras una niña. Eso por sí solo la condenaría ante mis ojos.”

“Sí. Tienes razón, y esa es la parte que nunca podré perdonarle. Mi madre tiene que llevar algo de culpa, aunque pagó muy caro por haber accedido inicialmente al plan de Sophie,” dijo Esther. Había pasado gran parte de la noche dando vueltas y tratando de aclarar las cosas en su mente. Era la única manera de dejar toda la situación atrás. “Debo reconocer que, al escribirle a mi tío, me salvó de una vida de Dios sabe qué.”

“¿Y qué vas a hacer ahora?” Samuel la observaba de cerca. También había pasado la noche dando vueltas, repitiendo una y otra vez las implicaciones del nacimiento de Esther y lo que necesitaba como resultado.

“Continuar como lo he hecho, mientras pueda. No está en el interés de Sophie revelar mi nacimiento a nadie, así que, con suerte, habrá algunos estudiantes que regresen a la escuela después de las vacaciones, y solo tendré que concentrarme en enseñarles. Quizás es fortuito que tenga tres maestras menos que pagar. Me concentraré en mantener mi respetabilidad a toda costa.”

“Es muy importante para ti, ¿verdad?”

“¿Qué es?”

“Ser respetable.”

“¿No lo es para todos? Sin ello, ¿qué soy? Una solterona al margen de la sociedad. Un lugar muy solitario para estar.” Esther se preguntó por qué la expresión de Samuel se endureció, pero él no respondió a sus palabras. Pasaron unos momentos antes de que hablara.

“Creo que no hay nada más que hacer aquí. A menos que necesites mis servicios, comenzaré mi viaje a Londres esta mañana.” La realidad era que estaba conmocionado por su conversación. Nunca había sentido nada parecido a lo que sentía cuando estaba con Esther, pero no estaba manejando bien esos sentimientos y, como siempre, se volvió defensivo y se alejó de una situación incómoda. Así es como manejaba su propia vida – manteniendo todo y a todos a distancia. Le había servido bien, hasta ahora, cuando deseaba cruzar un abismo, pero no sabía cómo hacerlo.

“Gracias por todo lo que has hecho, pero no creo que haya nada aquí que te retrase, ¿verdad?” La mente de Esther gritaba por pensar en una razón para retrasarlo, pero se mantuvo en silencio.

“No. No supongo que lo haya.” Samuel sintió un nudo de plomo en el estómago ante sus palabras. Tenía la sensación de que no iba a desaparecer pronto.

Capítulo 21

Matthew entró en el salón de su casa en Half Moon Street. Estaban quedándose con su familia hasta que él estuviera lo suficientemente bien para asumir su puesto en el extranjero.

Lydia estaba sentada, leyendo una carta, que puso a un lado al ver entrar a Matthew. Su nuevo esposo se acercó de inmediato y la besó suavemente. “¿Noticias interesantes?” preguntó.

“De Esther. Ha pasado por momentos difíciles, pero ya está en casa y adaptándose a tener unas semanas sin niñas alrededor. Debe ser la primera vez desde que abrió la escuela que no hay ninguna niña alojada durante las vacaciones. Me imagino que debe sentirse muy extraño.”

“Hablando de cosas extrañas, acabo de ver a Jones en Hyde Park.”

“Eres un muy mal amigo. Puede tomar un poco de tiempo acostumbrarse al capitán Jones, pero no lo llamaría extraño.”

“En este caso, te aseguro que es una etiqueta adecuada. Estaba aún más grosero y mordaz de lo habitual. Estoy convencido de que algo lo ha molestado mucho.”

“Me imagino que estar lejos de Esther es la causa,” dijo Lydia.

“¿Qué? ¡No! Nunca sería tan tonto como para enamorarse.”

“Tú lo hiciste.”

Matthew se rio. “Mis palabras fueron mal expresadas. Me refería a Jones. No a mí. Estoy más que feliz con lo que tengo.”

“Hmm. Esperas que creas tus floridas palabras después de tus anteriores comentarios escandalosos.”

“Espero que sí. Si no, podríamos ir a discutirlo en algún lugar más privado.”

“Eres incorregible.”

“Estoy enamorado.”

“Yo también, pero estábamos hablando del capitán Jones.”

“¿Lo hacíamos? Honestamente, no lo recuerdo. Tengo pensamientos mucho más placenteros en mi mente en este momento.”

Lydia sacudió la cabeza hacia su esposo. “Eres un mal amigo. Invitémoslo para una noche. Ambos podríamos tratar de averiguar qué está pasando.”

“Buena idea.” Matthew se levantó y le extendió la mano a su esposa. “Enviaré una misiva para mañana, pero mientras tanto, creo que deberíamos retirarnos.”

Lydia tomó su mano y, riendo, siguió a su esposo escaleras arriba.

*

Samuel se unió a los recién casados la noche siguiente. Había estado en Londres una semana y se negaba a admitir que se sentía indispuerto. El hecho de que había tenido más discusiones de lo habitual desde su regreso era algo que ignoraba, al igual que el hecho de que estaba ansioso por visitar a un par de tortolitos con la esperanza de escuchar algo sobre Esther.

Solo estaban los tres cenando; la familia de Matthew había salido al teatro.

“Me sorprende que la hayan persuadido de quedarte en casa, señora Dunn. ¿Se están volviendo agotadores los sitios de Londres tan pronto?” preguntó Samuel, mientras se reunían en el salón antes de la comida.

“Para nada, pero soy consciente de que Matthew aún es propenso a la fatiga, así que tendemos a alternar entre salir y pasar una noche de descanso,” respondió Lydia amablemente. Se sorprendió al ver que Samuel parecía demacrado y como si hubiera perdido peso. Parecía que

las preocupaciones de Matthew podrían tener algún fundamento después de todo.

“¿La herida sigue preocupándote?” preguntó Samuel.

“No tanto, superar los efectos de la fiebre parece ser más difícil. Estoy constantemente cansado. Honestamente, a veces me siento como un anciano inválido,”

“¿Cuándo viajas?”

“El próximo mes, sin importar cómo me sienta para entonces. Si se demora más, creo que habrían considerado ofrecer mi puesto a otra persona.”

“No después del servicio que has dado a la Corona,” dijo Samuel.

“Oí de Esther el otro día,” dijo Lydia. Se sonrojó cuando recibió una mirada risueña de Matthew por su falta de sutileza.

“¿Oh?”

“Sí, parece estar fuera de sí.”

Samuel tuvo la impresión de que Lydia estaba entrometiéndose, pero maldijo el hecho de que deseaba saber, incluso leer la carta. “Tuvo algunos sobresaltos después de tu boda.”

“Sí. Explicó todo lo que había sucedido con respecto a Sophie en la carta. Una terrible sucesión de eventos,” dijo Lydia.

“Supongo que ahora sabes la verdad. Los secretos pueden ser igualmente dañinos.”

“Sí.” Lydia estaba desorientada. No sabía cómo continuar la conversación y miró con desesperación a Matthew.

Suspirando por la maldición que sabía que recibiría, miró a Samuel. “Lo que mi querida esposa está intentando decir, de manera torpe, es por qué demonios no le diste a Miss Hardy el respeto que anhela al casarte con ella.”

“¡Matthew!” exclamó Lydia horrorizada. “Capitán Jones, lo siento mucho...”

“Si Miss Hardy espera respeto, soy la última persona que podría ofrecérselo,” dijo Samuel, con un tono áspero. Lanzó dagas hacia Matthew, quien parecía divertido, complacido de saber que, aunque estaba siendo maldecido por pronunciar las palabras, su amigo no desataría su ira frente a su esposa.

Afortunadamente para Samuel, el mayordomo anunció que la comida estaba lista para ser servida, y los tres se trasladaron al comedor. Continuaron hablando de temas triviales mientras estaban frente a los sirvientes, pero Samuel sabía con certeza que una vez que regresaran al salón cuando sirvieran el té, estarían a solas y la tortura comenzaría de nuevo. Era solo lo que habría hecho con Matthew, pero le resultaba más molesto de lo que su amigo habría imaginado.

Como se esperaba, en cuanto la puerta se cerró tras el último sirviente, Matthew se volvió hacia Samuel. “Tus palabras fueron un poco desconcertantes. Sé que has tenido amantes...lo siento, querida,” dijo, dirigiéndose a su esposa, “pero no hay sentido en rodear el tema; él ha tenido algunas a lo largo de los años...pero eso no es algo que afecte tu respeto. Estoy seguro de que no le preocuparía a Miss Hardy.”

“Acabo de darme cuenta de cuán poco sutil eres, Matthew,” dijo Lydia entre gemidos y risas. “¿No podrías ser un poco más circunspecto? ¿O un poco menos obvio?”

“Jones no esperaría nada menos, ¿verdad, amigo mío?”

“No. Siempre has sido un tonto torpe,” dijo Samuel. “Me disculpo, señora Dunn, porque mi historia se haya convertido en un tema de chismes en una de las revistas menos distinguidas. Estoy seguro de que no desea saber de mis hazañas pasadas.”

“Debo admitir que insinuaba una vida muy interesante,” dijo Lydia. Estalló en carcajadas al ver la sorpresa en el rostro de Samuel. “Lo siento. He llevado una vida muy protegida hasta mi matrimonio...o eso o creo que he pasado demasiado tiempo alrededor de mi esposo.”

“Estoy de acuerdo. Creo que sí.”

Matthew decidió que era momento de intervenir. “La conclusión es que estás claramente enamorado de Miss Hardy. Por tu apariencia, estás completamente enamorado. Entonces, ¿por qué no te casas con ella?”

Samuel suspiró. No había forma de que pudiera inventar una excusa que Matthew creyera; habían pasado demasiado tiempo juntos a lo largo de los años. “No puedo darle el respeto que desea. Y no, no tiene nada que ver con las relaciones que pueda o no haber tenido.”

“No entiendo,” dijo Matthew. “Provienes de una buena familia.”

“Soy mitad de una buena familia.”

“¿Pero...?” comenzó Matthew.

“Oh, Dios,” dijo Lydia. Se dio cuenta más rápido que Matthew de las implicaciones de las palabras de Samuel.

“Exactamente,” interrumpió Samuel. “Mi padre decidió que estaba cansado de su esposa y tuvo un affaire, una mésalliance, como quieras llamarlo. Por lo tanto, fui el menor pero enviado a vivir con parientes. Mi padre podría tener un buen pedigrí, pero mi madre es una ama de llaves.”

“¡Querido Señor! Nunca sospeché nada,” exclamó Matthew.

“¿Crees que debería verme diferente debido a mi mal comienzo en la vida?” preguntó Samuel con algo de diversión.

“Bueno, no, pero nunca hubo un indicio de que no fueras del todo lo correcto,” dijo Matthew.

“Mi padre es adverso al escándalo, y parece que su esposa también lo es. Aceptó que el ama de llaves fuera despedida, y por alguna razón mi padre presionó para criarme dentro de la familia. Ella no pudo aceptar eso, pero pudo aceptar que fuera criado por parientes,” explicó Samuel. “Esta es la primera vez que hablo de ello, y no hace falta decir que agradecería tu discreción sobre el asunto.”

“Por supuesto,” dijo Lydia. “Capitán Jones, solo puedo disculparme por ser tan insensible y forzarlo a revelar lo que claramente preferiría mantener en secreto.”

“Sí, lo habría hecho, pero la verdad era lo único que su tonto esposo habría aceptado.”

“Pero no tiene sentido. De hecho, es perfecto,” intervino Matthew. “Ambos tienen historias que no son las mejores, así que ninguno tendría ventaja sobre el otro. Es un comienzo perfecto para un matrimonio.”

“Oh, Matthew, realmente andas con los ojos cerrados, ¿no?” dijo Lydia.

Riéndose de la expresión sorprendida en el rostro de su amigo, Samuel se volvió hacia Lydia. “Veo que conoce bien a su amiga y entiende mi dilema.”

“Sí. Es tan injusto, pero puedo comprender completamente por qué no desearía seguir nada con Esther,” dijo Lydia. Su corazón se sentía pesado, tanto por su amiga como por Samuel. Parecía que estaban destinados a no estar juntos.

“Bueno, no tengo ni idea de lo que están hablando, así que si uno de ustedes fuera tan amable de revelarme el secreto, lo agradecería.”

“Te dejaré explicar, señora Dunn,” dijo Samuel.

“Esther siempre ha anhelado respeto. Ha tenido una necesidad casi abrumadora de ser vista como una joven recta, de buena reputación. Su nuevo conocimiento de su historia solo habrá aumentado esa necesidad,” dijo Lydia.

“Ah. Y el nacimiento de Samuel solo amenazaría eso aún más.”

“Exactamente,” dijo Samuel. “Así que, ¿podemos dejar el tema ahora?”

“Lo siento, realmente lo siento,” dijo Matthew. Toda la alegría se había ido. Sentía una tristeza real de que su amigo no experimentara la alegría del matrimonio como él lo había hecho. “No lo sabía.”

“No. Pero no hay nada que podamos hacer al respecto, así que olvidémoslo.”

Eso podría haber sido el final de la conversación, pero no resolvió nada para Samuel. Más tarde, en la cama, no pensaba que podría tener una buena noche de sueño nuevamente, ya que los pensamientos de Esther lo mantenían mirando al techo de su cama con dosel hasta bien entrada la noche. Nunca había conocido a alguien como ella, y por mucho que lo intentara, no podía olvidarla.

Capítulo 22

Lydia paseaba por el salón. Había luchado con su decisión y, aunque ya la había tomado, todavía no estaba tranquila. No siendo una persona que solía interferir, había estado debatiéndose durante dos días enteros antes de enviar la nota pidiendo a Samuel que la visitara después de las visitas matutinas.

Probablemente había sido la invitada más desatenta durante las visitas a las que había acompañado a su suegra, y ahora estaba hecha un manojo de nervios. Con la esperanza de estar tomando el curso de acción correcto, alisó la parte delantera de su vestido cuando el mayordomo entró en la habitación. Después de anunciar a Samuel, el mayordomo salió de la habitación para ordenar los refrescos que Lydia había solicitado.

“¿Hoy no está Dunn?” preguntó Samuel. La ausencia de su amigo hizo que la petición de Lydia fuera aún más curiosa y misteriosa que el contenido de la nota.

“Lo convencí de que su presencia no sería productiva. Por favor, tome asiento, Capitán Jones.” Lydia se sentó, esperando que el té llegara pronto para tener algo que hacer con las manos. Colocándolas en su regazo, sonrió a su invitado. “Estoy segura de que se sorprendió al recibir mi mensaje.”

“Admito que me sorprendió un poco, pero eso no quiere decir que fuera desagradable,” dijo Samuel.

“Gracias. Fue solo después de pensarlo mucho que me di cuenta de que usted era la única persona con quien podía hablar sobre mis preocupaciones.” Lydia hizo una pausa cuando la puerta se abrió y una sirvienta entró con una bandeja de té. “¿Le gustaría té, Capitán Jones?”

Samuel empezaba a sentir que algo más fuerte que el té podría ser necesario, pero asintió. “Sería encantador, gracias. ¿Hay algún problema con Dunn?”

“Oh no. Matthew está perfectamente bien. Estoy siendo tonta con esto, ¿no es así? Iré al grano. Vine a usted como resultado de recibir una carta de Esther hace dos días. Al principio no sabía qué hacer, pero llegué a la conclusión de que solo usted podría ayudar.”

“¿Está enferma?” Samuel resistió la urgencia de montar su caballo y dirigirse inmediatamente a Corless House.

“Ella está bien. Bueno, en la medida de lo posible considerando lo que ha sucedido,” continuó Lydia. “Parece que su abuela ha revelado la dirección de Esther al señor Boyd.”

“¡Maldita mujer!” exclamó Samuel. “Le ruego me disculpe, señora Dunn. Perdón por mi exabrupto, pero decir que la abuela de Esther es la pariente más antinatural que una persona podría tener no sería una exageración.”

“Estoy de acuerdo,” dijo Lydia. “Afortunadamente, el señor Boyd aún no ha llegado a Corless House, pero le ha escrito a Esther. Ha renovado su oferta de matrimonio y ha insinuado que, si ella se niega, la noticia de su nacimiento podría hacerse más comúnmente conocida. Está tratando de chantajearla, y me preocupa que esté muy vulnerable en este momento.”

Samuel se levantó y comenzó a pasearse por la habitación. “¡El canalla! Ha adivinado su estado debilitado una vez que descubrió la realidad de su pasado y está usando la situación para tratar de obtener ventaja.”

“Sí. Puede imaginarse el estado mental de Esther si siquiera considerara casarse con él. No sé toda su relación original con él, pero sé que estuvo en verdadero peligro de ser atacada”.

“Sí”. Samuel no iba a darle a Lydia más información, aunque sabía que podía confiar en

ella. No todos necesitaban saber lo cerca que Esther estuvo de la ruina. El pensamiento de que el Sr. Boyd pudiera haberla tocado inapropiadamente era suficiente para hacerlo hervir de rabia. "¿Ha respondido?".

"No. Él ha dicho que vendrá en una semana por su respuesta. Tengo miedo de lo que pueda pasar. Sé que la cocinera y Dawson harán todo lo posible por protegerla, pero al fin y al cabo, solo son sirvientes", dijo Lydia.

"¿Cuándo recibió la señorita Hardy la carta?".

"Hace cuatro días".

"Eso significa que estará en Corless House en tres días".

"Sé que queda poco tiempo...".

"Olvida, señora Dunn, que soy un oficial de caballería que viajó a gran velocidad por la península. Me retiraré. Tengo un viaje que preparar. Un viaje rápido".

"Por supuesto. Capitán Jones, por favor, cuídela. Es muy preciada para mí". Lydia estaba tan aliviada de que él hubiera reaccionado como esperaba. Había una gran posibilidad de que, con Samuel allí, Esther no se viera obligada a casarse con un hombre que despreciaba y temía, si había interpretado correctamente el tono de la carta. Aunque no quería especular sobre si algo más podría suceder, esperaba que hubiera un final feliz para dos personas que parecían necesitarlo más que la mayoría.

"Y lo es para mí", dijo Samuel. Inmediatamente salió de la habitación, olvidándose por completo del té.

*

Esther estaba como un gato en un tejado caliente. No podía tranquilizarse, temiendo el día en que el Sr. Boyd iba a llegar. Podría negarse a verlo, pero ¿qué lograría con eso? Si él cumplía su amenaza de difundir rumores en Sidmouth, estaría acabada para siempre.

Desde su regreso, había habido algunas preguntas y comentarios sobre lo que había pasado. Aunque insistía en que había habido una enfermedad que requería el cierre inmediato de la escuela, había cejas levantadas y algunos murmullos cada vez que salía al pueblo. Haría falta muy poco para que su reputación quedara irremediabilmente dañada.

Era como si los eventos estuvieran en una espiral descendente y no podía pensar en una forma de detenerlo.

Casi no había comido, hasta el punto en que la cocinera había irrumpido en su estudio y, con las manos en las caderas, le exigió a Esther que comiera algo o renunciara.

"Por favor, no lo hagas", dijo Esther en voz baja. "Lo siento, pero no puedo enfrentarme a la comida en este momento".

"Y por el aspecto de esos ojos, tampoco has estado durmiendo bien".

"No". No tenía sentido mentirle a la mujer que la había conocido tan bien durante años.

La expresión de la cocinera se suavizó y se acercó al escritorio. "¿Qué puede ganar él revelando algo? Está tratando de asustarte para que cedas a sus deseos. Una forma malvada de hacer las cosas".

"Pero no puedo correr el riesgo, ¿verdad?".

"Por favor, dime que no vas a aceptar su propuesta".

Esther se llevó las manos a la cabeza. "No sé qué hacer. La idea de estar en su compañía de nuevo me hace estremecer, así que pensar en casarme con él me hace sentir físicamente enferma, pero no puedo pensar en una solución".

"Puedes hacer que esa mujer que se supone es tu abuela se quede sin hogar, para empezar", dijo la cocinera.

"¿Cómo puedo hacer eso?".

"Muy fácilmente, querida", dijo la voz profunda de Samuel. "Y te aconsejaría que el desalojo se lleve a cabo lo antes posible".

La cocinera se giró, con una sonrisa en los labios. "¡Bienvenido a casa, Capitán Jones! Iré a preparar algo de cenar para ambos. Es muy bueno verlo".

Samuel sonrió ante la referencia de estar en casa. "Gracias. Sería encantador".

Esther levantó la vista, sorprendida. Podría haber llorado al pensar en que él la viera en su estado actual, pues él le parecía espléndido. Su abrigo había sido removido y su chaqueta azul resaltaba el color de sus ojos. Se veía un poco cansado y más delgado que la última vez que lo había visto, pero aún parecía más fino que cualquier hombre que ella hubiera conocido. Y ella estaba desaliñada. Entonces se maldijo a sí misma; la vanidad era lo menos de sus preocupaciones en ese momento.

"¿No se alegra de verme?", preguntó Samuel. Había notado sus ojos cansados y sus rasgos demacrados. Prometiéndose a sí mismo que golpearía al Sr. Boyd hasta que se arrepintiera de haber mostrado su rostro, se recompuso. Ella necesitaba ayuda, y estar enojado no iba a ayudar a nadie. "Ahora, ¿qué es todo esto de que está en un lío? ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?".

"Yo... usted... no sé qué decir", tartamudeó Esther.

"¿Qué tal '¿cómo está?', y empezamos desde ahí?".

"No es un buen momento, Capitán Jones", dijo Esther. Se levantó como para sacarlo de la habitación.

"Creo que es el momento perfecto para librarla de una plaga, animarla a dejar de apoyar a esa mujer que es una amenaza, y devolverle la sonrisa, aunque sea a costa de abusar de mí. Sabemos que es experta en eso".

"Por favor, no sea amable conmigo, porque podría convertirme en una gallina mojada, y ya tuvo suficiente de eso la última vez que estuvo aquí".

"Eso ciertamente lo tuve. Sus palabras son suficientes para hacerme temblar. Vamos, retiremos al salón, donde puedo disfrutar de su oporto y podemos hacer un plan", dijo Samuel. Abrió la puerta y se quedó en el umbral de la habitación, claramente sin aceptar discusión.

Esther cumplió, pero le lanzó una mirada de reproche. "Me gusta mi estudio".

"Es perfectamente adecuado si uno tiene la intención de estar melancólico. Es una habitación bastante oscura, ¿no cree?".

"Cuando haya terminado de criticar mi casa...".

"Ofrezco una crítica solo cuando algo ofende mis sensibilidades, querida. En cualquier otro momento, y eso sugeriría interesarme en cosas que no pueden ser de preocupación para ninguna persona sensata".

"Y no soy su querida. Me hace sonar como si tuviera cien años".

"Oh, creo que los tiene, y si no recuperamos algo de color en esas mejillas, podría empezar a pasar por una edad avanzada. Las damas que se descuidan no envejecen bien, se lo puedo asegurar. Una vez que la flor de la juventud se ha ido, se ha ido para siempre, o eso me han dicho. No lo arriesgaría si fuera usted".

"¡Bruto!" Esther se detuvo en el pasillo y golpeó a Samuel en el brazo.

Riendo, Samuel se frotó el lugar donde ella lo había golpeado. "Usted, querida, es una mujer aguerrida, y es encantador verla de nuevo. Por favor, deje de abrir y cerrar la boca. No es algo atractivo".

Esther rio y se adelantó al salón, delante de Samuel. "Ahí, he hecho lo que deseaba. ¿Y

ahora qué?".

"Tomo un vaso de oporto, luego comemos, y luego formamos un plan de acción". Samuel se dirigió al decantador y se sirvió una medida generosa. Había tomado toda su contención no abrazarla en cuanto la vio. Le dolía darse cuenta de cuánto debía haber sufrido en los días desde que la había visto por última vez. Estaba decidido a que Boyd y Sophie pagarían por la ansiedad que le habían causado, incluso si tenía que visitarlos personalmente.

Esther se sentó pesadamente. "No puedo pensar en una solución. He pensado en todos los resultados posibles".

"Qué tedioso es, pero como insiste, tendremos la conversación seria antes de que nuestros estómagos se llenen con las deliciosas creaciones de la cocinera. Preferiría planear la caída de una plaga con el estómago lleno, pero estoy aquí para servir, así que dejaré de lado mis propias necesidades. Solo esta vez. No me gustaría hacer un hábito de ello".

"Es ridículo. Se da cuenta de eso, ¿no?".

Samuel sonrió y se sentó a su lado. "Nunca he tenido un pensamiento sensato en mi cabeza desde que la conocí, y esa es la verdad, pero esa es una conversación para otro día. No insultaré su inteligencia y fingiré que su amiga no reveló el contenido de su carta".

"Lo supuse en cuanto entró en el estudio sin ser anunciado".

"Dawson me ve como parte de la familia", dijo Samuel. "Estar en una batalla, aunque breve, hace eso con un grupo de personas".

"Se supone que es mi sirviente".

Tomando su mano, Samuel la besó suavemente. "Y es del mejor tipo, porque él, como el resto de ellos, y me incluyo en el grupo, solo tienen sus mejores intereses en el corazón".

"No merezco tanta amabilidad".

"Ciertamente no cuando empieza a sentir lástima de sí misma. No es un rasgo atractivo, querida".

"Tampoco lo es ser condescendiente conmigo".

"Entonces sabe qué hacer para poner todo en equilibrio. Está en sus manos, señorita Hardy. ¿Eso es mejor?".

"Es un comienzo". Esther sonrió a Samuel. Apreciaba lo que él estaba tratando de hacer, y estaba funcionando. Ella tenía la tendencia a preocuparse demasiado, y él estaba impidiéndole hacer eso.

"Vamos a pensar sensatamente sobre esto", dijo Samuel. "¿Qué tiene él que ganar al revelar las realidades de su nacimiento? Especialmente en un pueblo donde está bien establecida y pertenece a una de las familias más ricas. La gente podría chismear entre ellos, pero usted es su rareza. No me sorprendería descubrir que un extraño que intente causar problemas sería rápidamente rechazado. De hecho, me atrevería a decir que sería una certeza".

"¿Por qué haría una amenaza así si no pensara cumplirla?".

"Para él, usted está en una posición vulnerable. Sin familia que le ofrezca protección. Perfecta para aprovecharse, igual que cuando era una niña. Más que entonces, en algunos aspectos, porque parecería que su madre tenía límites en cuanto a lo que permitiría".

Esther se estremeció. "Todavía me da pesadillas".

"Un día esos recuerdos se desvanecerán", dijo Samuel en voz baja. "Le aseguro que hablo por experiencia personal. La experiencia que tuvo explica en parte por qué está tan interesada en ayudar a otras jóvenes vulnerables".

"Me sentí tan impotente cuando todo sucedió", trató de explicar Esther. "Acepto que mucho de lo que estaba pasando a mi alrededor no lo sospechaba, o quizás lo ignoraba, pero

realmente no tenía idea de que se suponía que debía casarme con el Sr. Boyd. Esa noche..."

"Se acabó, y nunca volverá a estar en esa posición. Ahora, sobre su abuela..."

"Sé que piensa que soy una tonta, pero realmente no puedo echarla de su casa".

"No. Podría hacerlo en un instante, pero acepto que es más razonable que yo", dijo Samuel. "Creo que debería hacerle una oferta alternativa, sin embargo. Claramente se va a convertir en una plaga, más de lo que ya ha sido. Está viviendo demasiado cerca de ella. Ofrézcale alojamiento, pero en un pueblo lejano, preferiblemente en el norte".

Esther se levantó y caminó hacia la mesa de bebidas. Se sirvió una copa pequeña de vino y tomó un sorbo. "¿Cree que aceptaría? Admito que me inclino a estar a mayor distancia de ella de lo que estoy en la actualidad, y no puedo dejar la zona. No quiero dejar la zona, si soy honesta. Sidmouth es mi hogar, y amo mi pueblo. Creo que es más probable que me busque en el futuro ahora que sé la verdad. Hasta ahora ha tenido cuidado de mantener la ilusión de ser una amiga considerada".

"Sí, tiene poco en cuanto a razonamiento ético. Creo que, si hace alguna sugerencia, debería ser a través de un abogado y de manera más enérgica. Amenace con que, si no acepta su nueva oferta, se verá obligada a dejar de financiar su forma de vida actual. No querrá estar mirando por encima del hombro el resto de sus días en caso de que decida que necesita algo que usted pueda suministrar, o envíe a alguien más en su camino".

"Tiene razón. Instruiré a mi abogado".

"¿Podría decir eso de nuevo, por favor?"

"¿Qué parte?" Esther entrecerró los ojos ante el sonriente Samuel.

"Oh, la parte sobre que tengo razón. Me gustaría escucharla de nuevo".

"Usted..."

Capítulo 23

Esther despertó con una mezcla de sentimientos revoloteando en su interior. Hoy era el día en que el Sr. Boyd había dicho que la visitaría, algo que había temido desde que recibió la carta, pero también era otro día que pasaría en compañía de Samuel, una situación que atesoraba.

Él la irritaba, la provocaba sin piedad y la hacía poner los ojos en blanco unas seis veces por hora, y ella estaba completamente enamorada de él.

Cómo iba a manejarse sin su compañía después de que él decidiera que ya no había amenaza alguna del Sr. Boyd, no tenía idea. No esperaba enamorarse nunca, pero se había enamorado por completo y sin remedio, y era una experiencia agridulce.

Vestida con uno de sus mejores vestidos de día, se preparó para cualquier confrontación que tuviera que enfrentar. Saber que Samuel estaría cerca hacía todo mucho más fácil. No había dependido de nadie en los últimos cuatro años, y aunque en algunos aspectos era difícil depender de otra persona, también era reconfortante. Tenía que seguir recordándose a sí misma que era una medida temporal. No podía depender de él para siempre, por muy mucho que su corazón susurrara que lo amaba.

Al entrar en el comedor para el desayuno, sonrió al ver a Samuel ya allí e indicó que no necesitaba levantarse. “Por favor, quédese sentado. No me gustaría separarlo de sus gachas.” Caminó hacia la mesa lateral y empezó a llenar su plato con pan, mermelada y huevos.

“¿Has oído cómo me habla, Dawson?” preguntó Samuel al mayordomo, que estaba sacando la silla para Esther. “Ella le niega a un hombre un desayuno abundante.”

“Ignóralo, Dawson. He notado que su estado de ánimo no es agradable hasta que ha vaciado al menos dos teteras de té,” respondió Esther.

“Algunos dirían que nunca soy agradable.”

“¿Aquellos cercanos a usted, supongo?”

Dawson tosió discretamente, y Samuel sonrió en agradecimiento al mayordomo. “Ella es una diabla, ¿verdad? Con el acuerdo de su señora, te sugiero que nos abandones aquí y te posiciones en la puerta principal. Quiero que este tipo Boyd experimente toda la ira de un mayordomo descontento. Tengo plena confianza en que no dudará de tu opinión sobre él.”

Esther asintió a Dawson para mostrar su acuerdo.

El mayordomo hizo una ligera reverencia. “No la defraudaré, señorita Esther.”

“Gracias.”

El mayordomo los dejó solos, y un silencio, aunque cómodo, descendió sobre la habitación.

Eventualmente, cuando Samuel terminó con las cremosas gachas, una especialidad de la cocinera, se reclinó con un suspiro. “Un hombre podría aumentar su volumen solo comiendo gachas.”

“¿Es eso lo que deberían esperar sus amigos? ¿Una expansión del Capitán Jones a medida que pasan los años?”

“Creo que depende de cuánto tiempo pueda pasar con su cocinera,” dijo Samuel.

Esther se sonrojó. Le gustaría que él pasara todos los días en Corless House, pero sabía que era imposible. Ocupándose en esparcir mermelada sobre el pan recién horneado, mantuvo la mirada baja.

Samuel frunció el ceño. Estaba actuando como un joven inmaduro con sus comentarios

torpes. Si esperaba asegurarse su amor, sabía que tendría que pisar con mucho cuidado. Ella tenía tantas barreras a su alrededor, pero la más grande tal vez no pudiera superarla. Había decidido, ya sea en su viaje hacia ella o en algún momento mientras miraba la oscura noche, que tenía que intentarlo, o lo lamentaría por el resto de su vida.

No estaba seguro de cómo afrontaría su rechazo si ese obstáculo no pudiera superarse, sentía mariposas en el estómago que casi le hicieron perder el apetito. Los próximos días decidirían su futuro, y no estaba convencido de que habría un final feliz.

Después de su comida, se dirigieron a la sala de estar para esperar al visitante esperado.

Solo una hora después del desayuno, Dawson les trajo la noticia de que el Sr. Boyd había llegado. Samuel se levantó.

“Escucharé desde el comedor.” Caminó hacia la puerta que conectaba las dos habitaciones. “Entraré cuando considere que es apropiado. No deje que la intimide para hacerla sentir que no tiene opción. Siempre hay una alternativa.”

Esther se levantó, nerviosa, y se arregló el cabello.

“Se ve hermosa. Déjelo así,” llegó una instrucción susurrada desde el comedor.

Sonriendo y tratando de no lanzar una maldición en respuesta, Esther se mostró tranquila y segura de sí misma cuando el Sr. Boyd entró en la habitación. Parecía impresionado por su comportamiento y le sonrió.

“Señorita Hardy, es un placer volver a verla.”

“¿Lo es? Por favor, siéntese.” El tono de Esther era poco acogedor. Al sentarse, no ofreció refrescos ni estímulo para hablar.

“Voy al grano. Espero haber dejado claros mis sentimientos en mi carta.”

“¿Su oferta de casarse conmigo o enfrentar la ruina si lo rechazo?” preguntó Esther.

“No lo pondría en términos tan brutales.” El Sr. Boyd estaba algo perturbado al notar que Esther parecía diferente de cuando la vio en la tumba. Ella estaba más segura de sí misma. No era como la había descrito Sophie. “Cuando la vi de nuevo, me hizo comprender de manera espectacular lo que había perdido al no poder casarme contigo. Tenía que hacer este acercamiento.”

“Un acercamiento que quizás podría haber comprendido,” admitió Esther. “Pero lo que ofreció no fue más que una amenaza.”

“Lo lamento. No estaba pensado de esa manera.”

“Entonces, si digo no a su propuesta renovada, aceptará mi decisión y no hablará de mi ascendencia a la sociedad de Sidmouth?”

“Ah, bueno, espero que no lleguemos a eso.”

“Tomaré eso como un sí, entonces.” Esther estaba furiosa por dentro. La arrogancia del hombre era increíble. “¿Cómo consiguió que Sophie aceptara darle mi dirección?”

“Desde que la vi, Sophie y yo nos hemos hecho aún más cercanos. Siempre he estado en comunicación con ella, pero ambos vemos la ventaja de una unión entre nosotros.”

Esther se levantó de repente y se movió detrás del sofá en el que había estado sentada. Necesitaba poner algo de distancia entre ellos. Nunca había sentido tanta ira en su vida. “Ha llegado a algún acuerdo sobre verme casada, otra vez, ¿verdad? Dígame, ¿se mudaría Sophie aquí si nos casáramos?”

“Como es su única pariente viva, no creo que sea una suposición poco razonable. ¿No? Siempre se llevó bien con su abuela.”

“¡Hasta que descubrí que intentaba venderme al mejor postor!” dijo Esther. Se agarró del respaldo del sofá, con los nudillos palideciendo. “¡No puedo creer que haya estado reacia a

hacerla quedarse sin hogar por alguna lealtad familiar mal entendida de mi parte, y ella me recompensa de esta manera!”

“¿Hacerla quedarse sin hogar?” Por primera vez, el Sr. Boyd no parecía tan seguro de sí mismo.

“Sí, iba a hacerlo después de rechazar su amable oferta de matrimonio.” Las palabras estaban llenas de sarcasmo.

El Sr. Boyd se levantó. “Pensaría muy bien antes de rechazar mi propuesta. ¿Está segura de que puede permitirse rechazarme?”

“Me temo que no tiene otra opción que rechazarlo,” dijo Samuel, entrando con desdén en la habitación. Se acercó a Esther y le dio un beso en la mejilla, tomando una de sus manos y envolviendo su otro brazo alrededor de su cintura. “Verá, Sr. Boyd, lo que falló en todo esto fue preguntar si ella estaba libre para aceptar una oferta de matrimonio. Me temo que llegó demasiado tarde. Conozca a mi futura esposa.”

Esther había estado esperando esas palabras. Samuel había dicho que probablemente anunciarían que ya estaban comprometidos, pero aun así quería llorar al darse cuenta de que no significaba las palabras que había anhelado escuchar.

“Perdone mi incredulidad, pero no recuerdo haber visto un anuncio en ninguno de los periódicos.”

“¿Y por qué querría anunciarle al mundo que voy a casarme, cuando mi prometida tiene familiares como su abuela esperando cualquier oportunidad para aprovecharse? Cuanto menos sepa esa mujer, mejor,” dijo Samuel.

“¿Va a ser el director de una escuela para chicas? Creo que estás intentando convencerme de esta farsa demasiado.”

“Para nada. Los eventos han hecho que mi Esther reconsidere lo que hará en el futuro, y hemos decidido abrir nuestro hogar a huérfanos para tener un impacto real en sus vidas.”

Esther se ahogó en una exclamación de sorpresa. ¡Eso no había sido algo de lo que habían hablado!

“¿Y cuándo será la boda de estos filántropos?”

“Dentro de un mes. ¿Por qué?”

“No estoy seguro de que tenga muchos invitados en la boda de una bastarda.”

“Por favor, déjame matarlo, querida,” dijo Samuel. Su tono era afable, pero la apretó un poco más fuerte, una indicación para ella de que estaba tratando de mantener el control de su temperamento. “Prometo que el magistrado entenderá las circunstancias atenuantes cuando le entregue el cuerpo sin vida del Sr. Boyd.”

“Si vamos a tener un matrimonio feliz, por favor abstente de usar el término ‘querida’, o podría tener que matarte,” dijo Esther. “Con respecto al Sr. Boyd, me gustaría que te deshicieras de él de cualquier manera que consideres adecuada.”

“Por eso es exactamente por lo que te amo,” dijo Samuel. Sabía que era un sinvergüenza por aprovecharse de la situación, pero besó brevemente a Esther en los labios. Liberándola, miró al Sr. Boyd. “Tenemos algunos asuntos que atender, pero lo haremos afuera.”

El Sr. Boyd había dado un paso atrás hacia la puerta, pero le dirigió una mueca a Esther. “Ella es una ramera que merece terminar en la cuneta.”

“Esas palabras pueden haberle costado la vida,” dijo Samuel, y con un movimiento fluido, saltó sobre el respaldo del sofá y persiguió al Sr. Boyd, que ahora corría fuera de la habitación.

Capítulo 24

Esther se movió hacia el frente del sofá y se hundió en el asiento. Podía oír un alboroto en el pasillo, pero no sentía la urgencia de ir a ver qué estaba pasando. El resultado era una conclusión inevitable: Samuel le daría a Mr. Boyd una paliza que no olvidaría pronto, hasta que Dawson lograra arrastrar a Samuel lejos de él. Esther estaba convencida de que Dawson evitaría que Samuel matara a Mr. Boyd, una circunstancia que ya no le preocupaba tanto como antes de que comenzara la reunión.

Después de unos quince minutos, Samuel entró en la sala, estirando los nudillos y con una sonrisa en la cara. “Debería sentir remordimiento por golpear a un hombre mucho mayor, pero me temo que no lo siento. Se merecía cada golpe.”

“¿Está herido?” preguntó Esther.

Recibiendo una mirada de incredulidad por siquiera sugerir tal cosa, Samuel se acercó y se sentó junto a ella. “Lo hizo muy bien. Fue divertido oírlo en la defensiva. Creo que esperaba encontrarse con una chica joven y asustada, no con una magnífica tigresa.”

“Estoy tan enojada con ambos. Nunca me había sentido tan furiosa.”

“Bien. Si eso la hace defenderse, espero que suceda más a menudo.”

“¿Cómo pudo seguir trabajando en mi contra? Incluso considerar que desearía casarme con él es una locura después de todo lo que ha pasado.”

“No la consideró en absoluto. Son dos personas muy egoístas estaban trabajando juntas para su propio beneficio. Deberían casarse entre ellos. Sospecho que son la pareja perfecta.”

“Aunque tengo que decir, mi credibilidad se perderá un poco cuando resulte que no abriré un orfanato después de todo,” dijo Esther. Muchas de sus palabras la habían afectado profundamente, pero tenía que concentrarse en lo que se descubriría fácilmente.

“Oh, ¿no lo va a hacer? Pensé que era una idea espléndida, especialmente después de que no estaba segura de que todas sus alumnas regresarían. ¿No cree que le daría aún más sentido de logro cuando se envíen al mundo como ciudadanos ejemplares? Niños que han tenido el peor comienzo posible en la vida, y aun así pueden tener la esperanza de un futuro feliz.”

“Tiene sus méritos, pero no sabría por dónde empezar.”

“Ahí es donde entro yo.”

“No le gustan los niños. ¡No hizo más que mirarla mal a Isabella!”

Samuel se levantó y se alejó de Esther. Ella había notado que cuando él estaba experimentando una emoción fuerte, solía descargarla en el fuego. Conteniendo una sonrisa, observó cómo las pobres brasas eran pinchadas y removidas con vigor.

Eventualmente se volvió para enfrentar a Esther, con una expresión tan seria como ella la había visto. “¿Qué tan importante es la respetabilidad para usted?”

“No entiendo,” dijo Esther.

“¿Cuánto le importa la respetabilidad?”

El estómago de Esther se hundió. “¿Me está ofreciendo algún tipo de carta blanca, Capitán Jones? Porque si lo hace, puedes volver a Londres en este instante.”

“¿Qué? ¡No! ¡Le estoy pidiendo que se case conmigo!”

La sala quedó en silencio.

La mano de Esther fue como si intentara cubrir su boca, pero cayó en su regazo, sin alcanzar su destino previsto.

“Esto no es una buena señal.” Samuel trató de sonar desinhibido, pero sus ojos mostraban tristeza por su reacción.

“No... nunca pensé... nunca me pareció del tipo de persona que se casa,” logró decir finalmente Esther.

“No lo era hasta que la conocí. Necesito ser honesto con usted antes de que tome una decisión final, pero por la forma en que reacciona, no creo que haga ninguna diferencia. No es que haya caído en mis brazos gritando sí a mi propuesta.”

Esther se rio a pesar de la seriedad de la conversación. “¿Y qué lo haga huir a las colinas? Vamos, vamos, Capitán Jones. Le he causado suficientes histerias estas últimas semanas como para toda una vida. No le gustaría si lo hubiera hecho.”

“Le juro que sí me gustaría.” La sonrisa irónica devolvió algo del humor habitual, pero Esther pudo ver que había algo que lo inquietaba.

“Dígame qué es lo que podría cambiar mi opinión,” dijo ella.

Samuel se enderezó y miró a Esther directamente a los ojos. “Soy ilegítimo.”

“¿Qué? ¡No! Me ha hablado de su familia,” dijo Esther.

Samuel se sentó frente a ella, necesitando algo de distancia entre ellos. Tenía que ser honesto. No había sido tan sincero con nadie en su círculo — hasta que se lo contó a Matthew y Lydia, era un secreto muy bien guardado — pero no podía casarse con ella sin que conociera la verdad. Dependiendo de cuánto anhelara ella la respetabilidad, podría haber arruinado su única oportunidad de ser feliz con la mujer de la que estaba enamorado. Y la amaba tanto que le dolía con anhelo.

“Dije que era el menor. Suelo decir que soy el hijo menor, que es cierto. Tengo cuatro medios hermanos. Todos compartimos el mismo padre,” dijo él.

“Dijo que no vivía con su familia, pero no es tan inusual que los niños vivan con parientes, especialmente con aquellos que no tienen hijos propios.”

“Eso es lo que pasó conmigo. Mi tía y mi tío pudieron pasar por alto mi inicio en la vida, lo cual fue bueno porque la esposa de mi padre se negó a tenerme en la casa. Supongo que debería estar agradecido de no haber sido completamente excluido de la familia, pero mi padre insistió en que aún debería pertenecer a alguna forma.”

Esther sintió pena por él. Cuánto debió haber sufrido. “¿Quién era su madre?”

“La ama de llaves.”

“¿Tiene contacto con ella? Supongo que ya no trabaja en la casa de su padre.”

“No, no trabaja allí. Recibió una referencia, lo cual fue afortunado para ella. El acuerdo era que debía mudarse. Trabaja en Norwich. Aparentemente tiene una hermana no muy lejos, así que era natural que fuera allí cuando salió todo a la luz.”

“¿Tiene algo que ver con ella?”

“Sí. Nos escribimos. La he visto un par de veces desde que llegué a la edad adulta. De hecho, me gusta, lo cual no pensé que sucedería cuando todo salió a la luz en la familia. Nunca le he contado a nadie sobre mi inicio en la vida, excepto que se lo admití a Matthew y a la Sra. Dunn cuando me vieron en Londres. Mi padre insistió en que nunca hablara de ello, pero tuve que explicarles mis razones para no pedirle que se casara conmigo cuando regresamos de Exeter.”

Moviéndose del sofá, Esther se sentó junto a Samuel. Tomó sus manos en las suyas. “¿Tuvo una infancia feliz?”

“Siempre me sentí al margen de las cosas. Quizás sea injusto con mi tía y mi tío, ya que hicieron todo lo posible para darme un buen hogar.”

“Pero no era su hogar, ¿verdad?”

“No.”

“Pobrecito.”

“Si le doy lástima, podría convertirme en un sentimental,” dijo él.

“Eso, *mi* querido, no podré soportarlo.”

Samuel se rio. “Por usted me contendré, pero solo por usted.”

Deteniéndose, Esther se quedó pensando en las acciones de Samuel. “No tenía nada en contra de Isabella, ¿verdad? Fue su situación la que lo afectó, más que ella como niña.”

“Sus padres no tienen excusa. Me enojé mucho cuando Dunn me contó sobre nuestra asignación. Parecía tan incorrecto haberla empujado tan lejos de su familia. Nunca sabrá quiénes eran sus padres. No sabíamos entonces que encontraría una familia propia. Han eludido la responsabilidad de sus acciones, y parece injusto. Siempre son los niños los que sufren.”

“Sí. Ella será más feliz con Lydia y Matthew de lo que jamás habría sido con sus propios padres, sean quienes sean. ¿Recuerda lo que dije cuando estábamos hablando de familias? Dije que todo lo que necesita un niño para ser feliz es ser amado. Espero que le hayan dado eso.”

“Sí lo hicieron. No creo que lo haya apreciado durante mucho tiempo,” dijo Samuel.

Esther acarició su mejilla con la mano. Se había revelado tanto; sabía lo crudo que debía sentirse. Él se inclinó hacia la caricia. “Creo que mereces mucho amor,” dijo ella.

Los ojos de Samuel se calentaron. “¿Significa esto que su reputación no es tan importante como pensaba? Entiendo si siente que no podría casarse conmigo... no me gustaría y haría todo lo posible para molestarla hasta que cambiara de opinión, pero intentaría apreciar su decisión.” Las últimas palabras se dijeron en un susurro, como si temiera darle la opción de decirle que no.

“Parece que anhelaba lo incorrecto después de todo,” dijo Esther. “Cuando miro hacia atrás en mi infancia, fue feliz. Sí, todo salió mal justo antes de que muriera mi madre, y luego después hasta que llegué aquí, pero hasta entonces mis recuerdos están llenos de amor y risa, y ciertamente no éramos respetables. Solo pretendíamos serlo.”

“Yo he estado pretendiendo toda mi vida. Longdon probablemente se desvincularía de mí si lo supiera. Solo se lo he contado a Dunn, cuando me ridiculizaba por no casarme con usted. Creo que el shock hizo que las palabras no calaran. Podría recibir una respuesta fría la próxima vez que nos veamos.”

“No creo que les de crédito por ser los verdaderos amigos que son. Puedes ser ocasionalmente irritante y muy a menudo molesto, pero sé sin duda que le tienen cariño.”

Samuel se rio. “Por favor, diga que va a estar molestándome el resto de mis días.”

“Creo que es mejor, porque necesita mejorar, y yo necesito ayuda para dirigir nuestro orfanato.”

“Me encanta esa palabra. Nuestro. Tiene un sonido tan encantador, ¿no cree?” dijo Samuel, inclinándose para besar a Esther.

Deteniéndose antes de que sus labios se encontraran, Esther sonrió. “¿Encantador? Creo que se está convirtiendo en un sentimental, querido mío.”

“Recuerde no volver a usar esa frase molesta nunca más.”

“Oh, lo haré, no se preocupe,” dijo Esther, envolviendo sus brazos alrededor de Samuel y siendo besada a fondo de la manera más desvergonzada.

Epílogo

No había más complots contra Isabella. Los hombres que habían intentado atacarla lo habían hecho en un intento de alcanzar un “punto débil” de la familia real. Iban a recibir los castigos más severos, e Isabella estaba segura y feliz con su nueva familia.

El hogar de huérfanos en Corless House siempre tenía una mezcla de al menos veinte niñas y niños viviendo allí en cualquier momento. Esther había insistido en que los niños necesitaban amor tanto como las niñas, y Samuel no pudo rebatir el hecho, principalmente debido al nudo en su garganta ante las palabras de su esposa.

Ellos fueron bendecidos con seis hijos propios, quienes crecieron aceptando a la gran multitud como su propia familia, sin distinguir nunca entre quienes eran sus parientes de sangre y quienes no lo eran.

La cocinera y Dawson se convirtieron en abuelos honorarios, y aunque aquellos de una naturaleza más particular comentaban sobre la laxitud permitida en Corless House, un flujo constante de niños y adultos en la cocina hacía que la vida estuviera aún más llena de amor.

Los visitantes eran una vista regular, los Longdon y los Dunn visitaban a menudo con sus propios hijos, alojándose en la casa de campo, ya que las habitaciones de la casa siempre estaban llenas. Isabella siempre fue una favorita y eventualmente se convirtió en maestra, regresando a la casa que le había dado una familia. Lydia y Matthew, habiendo tenido tres hijos propios además de Isabella, viajaron por el mundo durante algunos años antes de establecerse en Sidmouth para estar más cerca de Isabella. Matthew juraba que era para mantener entretenido a Samuel, pero ambos sabían que era una mentira; Samuel estaba más inclinado a colapsar en la cama exhausto cada noche que a buscar entretenimientos.

Pero nunca estaba demasiado cansado para envolver a su esposa en un abrazo, y allí se acostaban, hablando sobre su día e intercambiando besos, antes de hacer el amor y quedarse dormidos en los brazos del otro.

Nunca una sola vez Samuel se lamentó por haber renunciado a su comisión o por haberse mudado de Londres. Esther se preocupaba en los primeros meses de que él se aburriera o se arrepintiera de su decisión, pero él siempre la ridiculizaba para sacar sus dudas hasta que ella respondía de la misma manera, y él levantaba las manos en señal de derrota, o la besaba sin sentido, generalmente lo último.

Un extraño, al ver el ir y venir de uno de sus intercambios, se preguntaría por el afecto que se tenían, sin entender cómo estas personas afines disfrutaban desafiándose mutuamente. Aquellos que los conocían, especialmente quienes conocían a Samuel, se maravillaban en privado de cómo un hombre lacónico y cínico podía convertirse en un esposo divertido, de risa rápida y abiertamente afectuoso.

Si alguien hubiera tenido la curiosidad de preguntar a Samuel por qué había cambiado tanto, él les habría dado una respuesta sencilla. Era por su Esther. Ella era hermosa por dentro y por fuera y era la única mujer que podía hacerlo reír, hacer que su sangre hirviera y hacer que quisiera besarla. Todo al mismo tiempo.

Solo hay una cosa que un hombre puede hacer con una mujer así. Amarla por el resto de sus días, y eso era exactamente lo que él tenía la intención de hacer.

Fin

Sobre este libro

Las familias son complicadas, y no importa en qué época mires, siempre hay secretos escondidos justo debajo de la superficie.

Cuando empecé a escribir *"El rescate de la señorita King"*, me enamoré de Dunn y Jones, especialmente de Jones. He llegado a la conclusión de que me encantan los chicos malos. No me casé con uno, pero siempre me atraen cuando estoy escribiendo. Jones necesitaba una heroína especial, alguien que pudiera mantenerlo alerta y de quien nunca se aburriría. Pensé que Esther era perfecta, pero su viaje nunca iba a ser fácil.

Con respecto a los hijos ilegítimos reales, había montones. Para una sociedad que despreciaba tanto todo lo relacionado con la respetabilidad de las mujeres, aceptaban las aventuras de un hombre con mucha más tolerancia. ¡No ha cambiado mucho en los últimos cientos de años en ese aspecto! Esta historia es puramente ficticia, pero un día empecé a preguntarme qué pasaría si algunos anti-monárquicos decidieran atacar a la monarquía, pero no de una manera directa. Esto me dio la base para juntar a Esther y Samuel, y así nació su historia.

Espero que hayas disfrutado de esta trilogía. He amado a mis "Corazones Solitarios" y espero que hayas disfrutado de sus viajes. Si te han gustado y pudieras dejar una reseña, sería maravilloso.

Gracias, como siempre, por tu apoyo. Realmente lo aprecio mucho.

Audrey

Sobre la Autora

He tenido la fortuna de vivir un sueño. Siempre he querido escribir, pero la vida se interpuso en el camino, como suele suceder, hasta hace unos años. Luego, un cambio en las circunstancias me permitió hacer lo que amaba: sentarme a escribir. Ahora, escribir ha tomado control de mi vida, y las vacaciones giran en torno a la investigación, tanto que, sin importar a dónde vayamos, mi esposo, que tiene una paciencia infinita, dice: "¿Y qué conexión con el período de la Regencia tiene este edificio/ciudad/jardín?"

Ese sueño se volvió un poco más surrealista cuando en 2018 me convertí en finalista del concurso Amazon StorytellerUK con "Lord Livesey's Bluestocking". ¡Una novela romántica ambientada en la Regencia en el top cinco de un concurso de todos los géneros! Fue una experiencia verdaderamente maravillosa; no esperaba ganar, pero me divertí muchísimo en la ceremonia de premios.

Aprecio mucho cuando los lectores se ponen en contacto, especialmente si aman a los personajes tanto como yo. Esas primeras semanas después del lanzamiento son un tiempo difícil; deseo desesperadamente que todos amen a mis personajes, que llevan meses y meses de trabajo para cobrar vida.

Si disfrutas de los libros, ¿podrías tomarte el tiempo para escribir una reseña en Amazon? Las reseñas son vitales para un autor que está comenzando, aunque admito que las malas son devastadoras. Egoístamente, quiero que los lectores amen mis historias.

Puedes contactarme para cualquier comentario que tengas a través de mi sitio web:

www.audreyharrison.co.uk

o

www.facebook.com/AudreyHarrisonAuthor

Por favor suscríbete para email/newsletter – ¡que sólo envío cuando ha algo que comunicar!

www.audreyharrison.co.uk

¡Recibirás una copia gratuita de El Conde Reticente en formato mobi como agradecimiento por registrarte!